

ANGEL ACOSTA

ANTOLOGIA

EDICIONES DEL EXCELENTISIMO
CABILDO INSULAR DE
GRAN CANARIA

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

* * *

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.

★ ★ ★

EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO
INSULAR DE GRAN CANARIA
Casa-Museo de Colón
Colón, 1 - Las Palmas

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: *Poemas*. (Publicado).
2. Luis Benítez: *Poemas del mundo interior*. (Publicado).
3. Fernando González: *Poesías elegidas*. (Publicado).

Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
(*Comisión de Cultura*)



I

LENGUA Y LITERATURA

Depósito Legal: SE-325-1973 — I.S.B.N.: 84-500-5977-1

ESC. GRÁF. SALESIANA - SEVILLA

s. 1.667

Angel Acosta

ANTOLOGIA

1973

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>52015</u>
N.º Copia <u>52028</u>



«Ah, Señor, ya sé, cualquier momento basta...
(Para morir, para enmudecer, para secar la vida de
este pequeño árbol que uno es...)

Y yo te pido mi tiempo para que el amor me
vuelva, antes que llegues tú, acabador tajante, y me
dejes igual que los millares de millares que dieran,
acaso, su nueva vida, por pronunciar sólo una pala-
bra cualquiera, ahora imposible, como «madre», «ama-
da», «cine», «mi trabajo», «mi pañuelo»...

Más tiempo, ya que no pude completar todo lo
proyectado y lo bullente ahora..., ahora que sigue
siendo tan común el sol, la fresca noche, nuestra que-
rida y cálida primavera.»

ANGEL ACOSTA.



INTRODUCCION

Angel Acosta fue mi padre. Quizá no sea muy académico ni frecuente el que una hija prologue directamente la obra antológica de un autor que, además, es su progenitor pero, si, como dice Quevedo, los hijos son la única perpetuación auténtica de un hombre, no es desatinado que sean sus propias ramas físicas las que, amorosamente, reúnan, seleccionen y presenten sus otros hijos espirituales: los poemas, los cuentos, las crónicas que constituyen la gavilla literaria que nos habla de la acendrada vocación de un hombre por las letras, de un insobornable amor por las islas, del culto a una ética profesional jamás violada.

Posiblemente un crítico prestigioso hiciera un estudio más exhaustivo de la obra, casi inédita, de Angel Acosta Hernández, tal vez nos revelaría más claves y más fuentes literarias, pero, de ninguna manera podría atisbar y relacionar las motivaciones personales que produjeron tal cuento, tal comentario periodístico, o aquella composición poética como nosotros, sus hijos, que supimos su sentir, conocimos su hermético quehacer, convivimos con él y observamos su complicada y nada común personalidad.

Angel Acosta Hernández nace el 25 de noviembre con el primer año del siglo: 1900. En la isla de Fuerteventura, la antigua Majorata, donde su padre, maestro nacional, Guillermo Acosta, había sido destinado y donde había formado hogar con Francisca Hernández Velázquez. Allí transcurren los primeros años de su infancia, en un pequeño pueblo, Casillas del Angel; años infantiles que marcan, como el contorno seco y árido, de una especial sobriedad, de una humilde altanería el ánimo del futuro adolescente. La familia se traslada luego a Las Palmas y más tarde a Tenerife. Y es curiosa la ambiva-

lencia ambiental que regirá para siempre en sus escritos. De su isla natal guarda el recuerdo y dice: "¡Qué manera de apretar el sol! La tierra calcinada también sufre. Ensueñan los insectos en sus polvorones y huecos. Todo aprende a morir" (De "Elogio del surco"). De su isla adoptiva dirá: "Vienes con zumo de herbazal, de parra y rastrojo. Los corazones van de yunta, salen a la fuente, suben los caminejos del monte, tiéndense a dormir" (De "Copla tinerfeña").

Y, aunque, por motivos profesionales, ya vivirá para siempre en Tenerife, los viajes que realiza a Fuerteventura, a Lanzarote, le sirven como un redescubrimiento de su paisaje peculiar. Y es en Fuerteventura donde se desarrolla su novela corta (publicada en "Blanco y Negro" en 1931) "El paisaje iluminado" —una evocación magnífica de sus años infantiles— y es entre las dos islas orientales, Lanzarote y Fuerteventura, donde centra el meollo de su cuento "Viaje nupcial": "...entrevimos en la sombra gruesa de la Bocaina la soledad ascética del islote de Lobos, como a media distancia de la lanzaroteña Playa Blanca (sal, costeros, molinetes de los salinares, estampidos de la pleamar creciente) y del lejano coto de caza de Corralejos en Fuerteventura".

En una visita de diez días por Lanzarote comenta en un reportaje que publica en el diario "La Tarde": "Encontramos a Arrieta, antiguo puerto y playa, y al anochecer, en un crepúsculo anaranjado, a Haría, y en sus puertas, como guardianes, las palmeras, rodeándolo y metiéndose en su corazón".

Las primeras letras las estudia en Fuerteventura y Las Palmas, y testigo soy de su conmovida ternura recorriendo los barrios de Vegueta y San Juan, cuando, ya abuelo, venía a visitar nuestro hogar y sus nietos, rememorando los años de su infancia.

Luego, en Tenerife, estudia bachillerato, oposita al Cuerpo Técnico de Correos en 1921, hace brillantemente seis ejercicios y no le es posible terminar por anticiparse su llamamiento a filas a causa de los sucesos de Annual. Fue expedicionario a Larache casi un año, entre 1922 y 1923. De esa época datan sus poemas "Quinina" y "Africa" que incluyo en esta selección.

La afición a la literatura es temprana. Desde muy joven escribe, publicando poemas en "La Gaceta de Tenerife", en su sección del "Parnaso Canario", y vemos composiciones suyas

aparecidas a lo largo de casi todos los meses del año 25. Así, "Sueño", en abril de 1925; "Mi codicia", en junio; "Despedida", en julio; "Hermandad espiritual", en octubre; "Al mar de Europa y América", asimismo en octubre. Y continúa las publicaciones durante los años 26, 27, 28 y 29.

¿Cuál es el estilo poético de este joven escritor? Como todos los de su generación, sus inicios están marcados por el Modernismo. Rubén Darío había ejercido una influencia intensa y extensa en todos los poetas nacionales. Mi padre, ávido lector, tenía también la impronta del Romanticismo. Y al duque de Rivas, a Bécquer, evocan los versos juveniles:

«De una ojiva iluminada
una mano abrió el cristal
y escuchóse la algazara
de un convite medieval»

(De «Sueño»).

O este otro:

«Envidio al nubarrón, que en marcha deja
caer su negra sombra en la campiña».

Y a Rubén o Tomás Morales, con su orgía colorista musical:

«Voluble Atlántico, coloso azul.
¡Siempre oprimiendo tu mole tantos abismos!
¡Siempre bebiendo en tu espejo toda la luz!»
(De "Al mar de Europa y...").

Y palabras modernistas salpicando todas sus primeras composiciones: "frondas, matinal, linfas, violado, azul, umbrío..."; estas influencias son explicables. El mismo nos dice en unas declaraciones posteriores: "lo poético surgía a compás de las lecturas de esa primera etapa formativa que todos realizamos sin mucho orden, sin selección estudiada".

Por estos años colabora también en "Hespérides" y "Mensaje", recibe un primer premio en un concurso de novelas organizado por la Asociación de Escritores y Artistas, dirigida por Eduardo Díez del Corral; publica cuentos en prestigiosas revistas nacionales; "Blanco y Negro", tras un concurso de novelas, le selecciona y publica, con ilustraciones de Souto, su novela corta "El paisaje iluminado", y más tarde el cuento

"Nocturnos del pueblecito". La Caja General de Ahorros da a conocer su cuento "¿Quiere usted?", primer premio del Concurso "Rivas Moreno" del año 30.

Trabaja en unión de músicos, como Francisco Delgado y Juan Alvarez, en libretos de varias creaciones, así "Madrigales", el poema lírico "Alma de cuento", y una deliciosa obrita infantil, "La muñeca de París", estrenada y repuesta varias veces en Tenerife.

Es un momento de gran producción y en el que se plantea el dilema eterno: dedicarse por completo a su vocación, marchar de nuevo a Madrid, vincularse al mundo literario definitivamente, o, simplemente, subsistir, salir adelante en estos años, que no son precisamente fáciles, ni histórica ni políticamente. Desde 1931 pertenece a la redacción de "La Tarde", el diario vespertino. Ingresado en el periodismo por la vía vocacional es, ya en el periódico, donde vuelca todos sus afanes ininterrumpidamente durante cuarenta años ejerciendo (más tarde como redactor-jefe) una labor silenciosa, de una profesionalidad extrema, donde, con una sintaxis rigurosa corregía sueltos, colocaba títulos, supervisaba todo el complicado engranaje que supone una publicación de ese tipo. Con su dilatada experiencia ayudaba a los nuevos periodistas y alentaba a los aficionados. Dedicado a ellos organizó un Concurso de Cuentos de Navidad, para dar a conocer nuevos talentos literarios.

Es en el propio diario donde Angel Acosta va a desarrollar casi toda su labor literaria, pues en él publica todos sus trabajos poéticos, cuentos, crónicas, comentarios de libros, reportajes. Jamás se preocupó de recopilar y publicar su obra dispersa.

Simultanea el periodismo con la dirección de la revista "Mirador", en 1939. Funda más tarde la revista "Tenerife Gráfico". Sus únicos libros publicados son "Mujerío", novela poética, de ambiente majorero, y "Vaho en el cristal", que obtiene el premio de poesía "Antonio de Viana", en su primera edición de 1949.

Pero la gran afición, el eterno anhelo de mi padre fue el teatro; el género dramático le atraía desde que era un espectador puro. El mismo nos dice: "el embrujo de las figuras en la escena, de sus problemas, de sus diálogos, penetraba sensiblemente en mi ánimo". Hacia esta nueva faceta se volcó por

los años 50. Estrenó en Tenerife, con notable éxito, varias obras en un acto, como "Suicidio", "La otra vertiente", "Tenemos más amor", "Ronda el peligro", por las Compañías Martín-Sabatini y la de la malograda Pepita Serrador. En 1958 se le estrena por una Compañía Popular, y se le repone varias veces, la obra "Traje de noche", en dos actos y un prólogo. En esta selección recogida en volumen de Ediciones del Cabildo Insular, dejamos a un lado su labor teatral para centrarnos en la obra poética y en algunas narraciones.

En 1962 realiza un viaje por Francia e Italia, que le sugiere numerosos comentarios en "La Tarde". Florencia deja en su espíritu una huella imborrable; proyecta otros viajes pero, insensiblemente, esta década de 1960 lo encuentra más agostado, más desengañado, "con poca capacidad para el asombro", confiesa en una entrevista realizada por su amigo y compañero Luis Álvarez Cruz, en el periódico "El Día". No obstante, continúa escribiendo, por ejemplo, en una sección fija del periódico denominada "Atalaya", donde comenta problemas turísticos, sociales, portuarios y de variada índole. E igualmente escribe "Cartas", que, con el nombre de diferentes estaciones (muchas por cada una de ellas) publica en una especie de soliloquio público, oteando actos culturales y relacionándolos con el pasado, o, simplemente, recuerda a un amigo que se ha ido en el tránsito de todos los mortales. Y esa "ida" le toca a él también, inexorablemente, el 20 de noviembre de 1971.

LA OBRA

Después de las naturales influencias juveniles, podemos asegurar que las modas literarias que se fueron sucediendo a lo largo de su vida le influyeron muy ligeramente. Siguió un camino totalmente personal, propio y característico, que es el que hace manifestar al crítico Domingo Pérez Minik: "Ángel Acosta es, por excelencia, uno de nuestros poetas más puros, escuetos, desnudos, que necesita en todo momento un lector atento y refinado. Personal hasta lo indecible, escapando a toda clase de modas y maneras, pasea su soledad auténtica con toda dignidad. Una soledad terriblemente significativa, pues está llena de múltiples resonancias objetivas...". Sus principios estéticos eran muy personales y definidos: extraer de las palabras, del pensamiento escrito toda la densidad posible,

esbozar con pocas y sugerentes palabras una idea prieta. Esta desnudez poética la podemos observar, por ejemplo, en su poema "Gañanía":

Gañanía
Los arados
rectos, muertos,
boca abajo.
Cien correas
junto al asno
con su paja.
Canta el bajo
moscardón
su rosario.

....

De todas maneras esta senda, luego tan personal, como dice el mismo crítico en "Antología de la Poesía Canaria", estuvo situada en sus comienzos en un momento difícil de nuestras letras, de tránsito y meditación hacia las formas subversivas de lo contemporáneo. En esta época, como ya lo hará a lo largo de toda su vida, mi padre lee ávidamente (no he conocido lector más empedernido y asiduo: todas las noches, después de su primer sueño, se veía encendida la luz de su habitación y allí, entre volutas de humo —también, por desgracia, incansable fumador—, transcurrían horas y horas leyendo los innumerables libros y revistas que se apilaban en su mesilla de noche), y en plena etapa de juventud creadora —años 20 al 28— presenció el resurgimiento y predominio de la poesía pura, que en Francia había postulado Paul Valéry. Es precisamente en 1925 cuando el Abate Bremond lee en París su famoso discurso sobre la poesía pura. En 1925 publica Ortega "La deshumanización del arte", y asimismo en 1925 aparecen en la Revista de Occidente composiciones de los miembros de la generación que se llamará posteriormente del 27: Salinas, Diego, Cernuda, Alberti... En el mismo año 27 estos poetas celebran, ostentosamente, el tercer centenario de la muerte del poeta Luis de Góngora, exaltando las bellezas de sus versos barrocos.

Mi padre, repito, en plena juventud y siempre lector incansable, debió encontrar una gran adecuación temperamental con esa línea de poesía pura. Conociendo bien el francés, de Valéry

admiraría su perfección técnica. Del gran poeta reencontrado de "Las Soledades", aquilataría su lenguaje bello pero oscuro, se identificaría con sus atrevidas metáforas, y el afán de desnudez y pureza poética de esta época le perseguiría para siempre. Que después se llamara a esta corriente "deshumanizada", encontraría ya sin cuidado a este poeta solitario que, grabado por estas tremendas forjas juveniles, seguiría su camino propio ostentando estas improntas mezcladas con su personal sentir de lo que era la poesía.

Una lírica que permaneció ajena a la "poesía sin pureza", preconizada después por Neruda con su especial "poesía penetrada por el sudor y el humo, impura"; que permaneció distante, por razones geográficas o de ambiente, de la poesía social y que emprendió su propia senda hacia una obra más humana, guiado, no por las modas estéticas del momento, sino por los grandes imperativos de la vida: el tiempo que transcurre implacable, el temor a la muerte, la nostalgia de las cosas pretéritas, la tristeza y el desánimo de las desilusiones existenciales.

Citando de nuevo al crítico Pérez Minik, insertamos aquí su opinión sobre esta poesía personal: "Lo vemos poseído de un ánimo descriptivo de insólita calidad, que se manifiesta en una como alquimia matemática a lo Guillén —esta expresión vale sólo como referencia, pues no hay posibilidad de rastrear ninguna influencia en nuestro poeta— y que se despliega sobre el aire del tiempo, una, la más relevante, de las preocupaciones del autor de "Vaho en el cristal".

La crisis de su poesía está marcada por su desnudez lírica, de raíz extratemporal, naturalmente, y por su obsesiva meditación, a lo Azorín, sobre el tiempo vivido u objetivo".

Efectivamente, el tiempo es un motivo constante, presente, en la temática de mi padre, en su vida personal, en su quehacer. Cuántas veces le oí decir, quejarse: "si tuviera tiempo..." Y muchos proyectos, ilusiones, propósitos, fueron arrasados por ese devanar vertiginoso del tiempo mientras minucias materiales, perentorias e insoslayables se erguían en su vida diaria. El tiempo..., muchos versos suyos son clarividentes respecto a esta fija idea que lo atormentaba:

«..... Anulando

la engañifa del Tiempo, que es mentira piadosa».

«Ya se ve. ¡Cuánta espesa caravana de nombres,

situaciones, estados, influjos, consecuencias,
se te derivan, Tiempo, se te adhieren parásitos
a la nada en que faltan todos los asideros!»
«El Tiempo ruge en el portal de la memoria».

Fijémonos en algunas de sus metáforas, de expresiones densas, casi conceptuales, en muchas de sus composiciones:

«La mano hablaba el idioma
correcto del sentimiento.

.....

La voz no sonaba, andaba
corredores de un castillo
que era yo mismo por dentro».

(De "Aquella mano".)

«La boca del verano
respira sobre el puerto».

(De "Contemplación".)

«Cuántos hilos en el cielo
le han salido a la mañana».

(De "Lluvia".)

«He encomendado al sol mis novedades
de amor para tu frente nueva».

De entre sus temas, el amoroso sobresale, no como un sentimiento gozado, sino esperado, distante, atrayente por esa misma lejanía:

«¡Cómo me sobrecoge tu presencia!
Yo quiero que me des una ancha risa
que recordar en horas taciturnas».

(De "Recuerdo".)

«Dejadme recordar. Los tengo
tan atrocamente arrinconados.
Sé que eran anchos como almendras
dulces de un árbol de alabastro,
bebiendo a ratos en la altura
color de nubes y de prados».

(De "Sus ojos".)

Un tema que le provoca múltiples resonancias es el anuncio del primer hijo. Primero, anhelado:

«Esta pequeña mía
que yo he soñado anoche
no está...»

(De "Y si de improviso".)

Luego trémulamente esperado:

«Antes una difusa maravilla
cintura larga para el mundo entero.
Prodigio entre prodigios. El primero.
Desconocida faz, lejana orilla».

(De "Nacimiento".)

O jubilosamente presentado:

«Cuando cantas ahora, corazón de mi alma,
cuando cantas tan pronto, careciendo de todo,
¡cómo lo harás después!»

(De "La espera".)

El tema religioso, tan presente siempre en nuestras letras, es para mi padre la idea obsesionante de la vida fugaz, de la muerte, del más allá. Este pensamiento, que atormentó tanto a Unamuno, de "la otra orilla", de la incógnita del Rostro de Dios, lo fue también para él. Un escepticismo intenso de hombre maduro se mezclaba, batallador, con su acendrada y practicada religiosidad juvenil. Y si a veces exclama:

«Negación, fábula rasa,
vacío entero, nada».

(De "Ceniza".)

en otras ocasiones se trasluce una esperanza cristiana —sobre todo en la figura de Dios hecho Hombre:

«¡Pero el Cristo dormido sobre el campo de plata!
Tú, Señor, sin derrotas ni términos.

Estupefactos vamos imaginando apenas
que tu sueño es la toma de posesión del cielo».

(De "Al Cristo dormido".)

«Y está tu Cristo. El Cristo para todos,
no de un exiguo o cómodo estamento».

(De "Alabanza".)

*La Naturaleza se presenta, para este poeta, como una visión
sugereute; se despliega llena de gracia. A ella dedica muchas
composiciones y en ellas vuelca toda su técnica. La piropea
por medio de metáforas, personificaciones, imágenes, anti-
tesis...*

«Vereda. (Serpiente de polvo
cabeza a vanguardia de peñas.
La cola dormida en los valles
dejados en lomas traseras...)».

(De "La vereda".)

«La torrentera de día
está limpiando la espalda
que no enseña la montaña».

(De "Al crepúsculo".)

«Cruza por ti el candor de los rosales
y la ácida punzada del espliego».

(De "Arbol".)

*Hablando de la pitera, planta tan característica de nuestros
paisajes, la ve, poéticamente, trasmutada en un navío, propi-
cio para la soledad:*

.....
«El ser silencioso acordonado
tirantemente en las alturas
y hallar el mástil elegante
palo mayor de nave lúcida
que hace, de noche, inverosímiles
y conmovidas singladuras».

(De "La pitera".)

La luna, tremenda inspiradora de abundante lírica, hoy

conquistada para la ciencia espacial, es abordada con una serie de imprecaciones:

«Guarda el secreto, por Dios,
amiga temprana...»

O metafóricamente convertida:

«Unas dagas de luna
quietas, oblicuamente hincadas en madera
de la ventana muda.

.....
Yo traía en los hombros
luna de algunas horas».

(De "Noche".)

El agua, líquido elemento, trocado por unas personificaciones en un ser vivo, diligente:

«Agua sin descanso, cumplidora
de la tarea de hoy, de ayer, de adviento».

(De "Agua".)

Otro tema, otro sentimiento, presto para la receptividad poética de Angel Acosta, es el familiar. Cualquier onomástica —meditación para el tiempo ido—, la visión de su hijo menor, compañía de su vejez, ya hombre, la contemplación de sus nietos, le hacían vibrar su íntimo lirismo:

Morosamente, calmosamente, medita y le dice al hijo:

«Bendiga el cielo, amor, genio y ternura
que cuando casi tu vivir empieza
sobre mis hombros me ennoblecen tanto».

La contemplación enternecida de los primeros nietos:

«Sus nombres son Javier y Estefanía
entre los dos un lustró solidario.
Ellos del Parque han hecho su escenario,
su propiedad de patos y de umbría».

(De "La parejita".)

La tristeza, la nostalgia, la muerte de un compañero, el paso del tiempo están presentes en muchísimas composiciones. El anhelo de salir de la prisión suave de las islas:

«No presenciar toda la vida
ni avizorar a un tiempo todas las ciudades...»
«Del mundo largo y ancho
¡sólo este agujerito pueblerino!»
(De "Frustración".)

«Ver que se van los nuestros uno a uno...

En las poesías se observa gran variedad de versos y estrofas. Utiliza versos octosílabos, endecasílabos, sueltos. Las estrofas más clásicas: pareados, tercetos, romances, romances heroicos, sonetos, hasta las agrupaciones más libres. Su postura es evidente y clara respecto a las formas obligadas, en un soneto que publica en "La Prensa" en el año 1927:

«Mas lo que yo no puedo creer...
.....
es en la poesía que necesite jaulas,
la aprendida en retóricas y en ataúdes de aulas,
la que hace «artificiosos» en vez de hacer artistas».

Por eso no debe extrañarnos que use los versos sueltos con gran profusión. Alterna versos largos, lentos, mesurados, con versos cortos, clásicos. En ocasiones utiliza estribillo. Como en una composición en que repite:

«Anda, anda, súbete al lucero».

O esta otra en que se muestra una gran libertad:

«Sin llegar, viaje infinito
así, así.
Positiva
Isla
Inabordada
Virgínea».

LA NARRATIVA

En una encuesta efectuada en 1961, por el diario "El Día", se le preguntó con qué actitud filosófica comenzaba el año, y contestó: "¿Filosofía? Si acaso la del hombre de la calle. Viendo todo lo que se ponga por delante y enjuiciando cosas, actitudes, afanes, peripecias. En la calle hay una enorme fuente de vigor, de impulsos muy válidos". Y esta fuente de vivencias la traslada a lo que escribe en prosa. Si deambulando por la calle observa la gente presurosa, afanada en las compras navideñas, se aparta un poco, se interna por una plazuela más alejada y escribe comentando cómo las mismas losas se alegran con el ritmo de los transeúntes. Otro día se lanza hacia la calle para detectar un anunciado eclipse de sol al aire libre, limpiamente, y sus impresiones las recoge en una Carta de Otoño. En otra ocasión es el guardia municipal, entrevistado en su tarima, el que le sugiere otro comentario.

En otro momento escribe la vivacidad de un perrillo que precediendo a su amo invidente le abre camino para que venda los cupones "de ciegos".

O dedica otra Carta a una niña viajera incógnita, rubia, a quien observa que camina al lado de su padre contemplando la ciudad con ojos hechizados por la novedad. En definitiva, se dirá: un periodista. Mejor, un poeta. No, simplemente un hombre "que miraba", que a lo mejor no saludaba a un conocido que se le cruzaba porque "no lo veía", abstraído en ese mirar interno de las cosas, los objetos, las personas que habían cruzado la frontera de su sensibilidad. Superaba con esa su abstracción el ruido, el tráfico, las prisas. En un homenaje celebrado por sus compañeros en 1970, Francisco Pimentel dijo de él que "era el hombre de los atardeceres en las esquinas", del lírico contemplador de la vida desde la calle. Y es verdad: él saboreaba con fruición la vista del puerto, las soleadas mañanas de su bienamada Santa Cruz, el incesante trajín de la vida diaria.

Como hombre de ciudad, profesaba una gran veneración por el contraste: el campo. Y lo observaba, no como hombre práctico —que no lo era—, sino con ojos de poeta. Por eso la mayoría de sus cuentos los centró en ambientes rurales, quizá como reminiscencia de sus años infantiles y mozos.

Su narrativa está inmersa en una observación minuciosa de

la Naturaleza y de las personas. Refleja ambientes humildes, sencillos; personajes gratos, humanos. Algunos ostentan unas gotas de tenebrosidad. Paisajes líricamente esbozados, diálogo con el propio lector en una simbiosis que debe ser atenta. Empleo particularmente enfático del "tú" y el "yo", en el ocurrir de la acción explicando las motivaciones de los protagonistas. En ocasiones da vida a objetos inanimados, una palmera, una hucha, para que nos cuenten las incidencias y proceder de los seres racionales.

Entre las predilecciones de mi padre en materia de lectura estuvieron siempre los clásicos, los novelistas decimonónicos; Proust, Giradoux, Ibsen, Casona, Aleixandre, y, en un lugar de honor, su admirado Gabriel Miró. Esta admiración estaba acorde con su espíritu y su prosa. Un léxico cuidado, pulido, una sugerencia en cada página, una sorpresa al final, pero sin estridencias, con una forma narrativa íntima, queda. Originalidad en el enfoque y desarrollo, acción pausada que nos lleva imperceptiblemente al giro inesperado del epílogo.

Concluyo esta ojeada antológica de la obra de Angel Acosta Hernández. Un escritor que bajo su aspecto personal pulcro, hermético y distanciado escondía como una joya su palpitante amor al buen decir, al buen quehacer y a la vida, que no fue óptima, precisamente, para él.

MARÍA DE LOS ANGELES ACOSTA.

RESTOS DE SOL

SEMILLA

Al sepelio acudió el jilguero.
El vientecillo le hiló un responso.
La vaca vieja perdió su paso.
(En el fondo,
la cabezuela se burló de todos
y al alba fina del silencio
dormía, bajo tierra, sonriendo.)

ESTRELLA

Al charco del monte, esta noche
descendió la estrella
para no temblar.
Corona de agua se encuentra en el charco.
Pero el loco frío,
se mete en la entraña del frío diamante.
Estrella aterida...
Las ranas corean su pena
y la pena se va publicada
por mil senderillos de cielo y de noche.
Estrella en la tierra sufriendo dolores.
¿No será la hora
de que, desde arriba,
tire de tu cuerda la mano del alba?

ARBOL

No sé qué te dirán. Cruza la noche
sin violáceos tintes montañosos.
Cruza por ti el candor de los rosales
y la ácida punzada del espliego,
y te encuentra y te deja atrás, raudando
pedazos del gran ámbito atmosférico,
ese halcón de mirada apuñalante,
pirata de la mar llamada cielo.
¿Qué cosas hablan esos tus vecinos
de la heredad lomada y los recuestos
cuando las horas cantan paz agrícola
y salen todas a buscar tu encuentro?
¡Ay, árbol solo, el estatuario árbol
recogido en un templo de silencios!

CAMPANA ENTRE LA LLUVIA

Dos mundos en la aldea:
el del sol, el del agua.
En el del sol, un río
que batalla
con muertes inmovibles.
Duras peñas, hondas caras,
tras de la cortina desplegada.

En el del agua, voces
remojadas.
El bronce que no se ve
chorrea un agua lejana,
de angustias,
y lágrimas.
Una víctima escondida
se refugió en la campana
tras de la cortina rayada.

Cuando se seque la lluvia
redoblante
temo mirar a la cuerda
campanaria.
Más vale no verla.
Pasarla, olvidarla,
por si alguna persona
pendiera ahorcada.
Subirán la cortina elevada.

¡Cómo hacer que calle
la campana,
tan dolida,
tan cercana!
¡Esta imperturbable cortina despiadada!

LA CIUDAD

Me has de oír una vez, gigante y muda
reunión de las piedras y los hierros,
cantar sobre fervores
que alimentaron los abuelos.

Sabes que siempre herida
y siempre parturienta
te obligan a ofrecerte bravas manos
del obrero que ahinca su piqueta.

Como si el vehemente intento fuera
descubrirte los pies ensepulcrados
o darte el palem y el misterio
determinantes de tus bellos partos.

Tú, la firme y variada,
con novísimos muros,
con arcaicos escombros,
me darías ejemplos muy profundos
de la continua planta de los tiempos
que a un lado alza y más allá destruye.
Es un crear mil cimas necesarias
y es un borrar las desgastadas cumbres.
Inmutable verás correr los años
crecer tus músculos de arena y roca
y obtener estaturas imposibles
para los viejos cráneos de las fosas,
para los que te hicieron
infantil y ariscada y chiquitina
como si no pudieras esforzarte
rompiendo la cintura primitiva.

VEREDA

Vereda. (Serpiente de polvo.
Cabeza a vanguardia de peñas.
La cola dormida en los valles
dejados en lomas traseras.
El pie es un camarada. El lomo
no sabe sacudir fiereza.
Las vivas calaveras suben
preocupaciones por la cuesta.
Mil gracias al peral de sombra.
Dios pague a la colina fresca.
El asno llega redoblando
sus cuatro palos de miseria.
Se teme que el reptil reseco
un día vuele en polvareda.)

AGUA

Agua sin un descanso, cumplidora
de la tarea de hoy, de ayer, de adviento
copiar la seda nueva de la aurora,
dar a la playa un ritmo soñoliento,
dormir a la gaviota escrutadora
sobre la cama y el cojín del viento
y, adivinando el trazo del navío,
llegarlo y darle honor y señorío.

Agua del amargor, agua salada
que en la restinga es lenguaraz soltura,
y hace la tempestad desorbitada
como hace otrora el beso y la ternura.

Tú cantas, lloras, das tu carcajada,
y eres tu propia y fiel cabalgadura
cuando, muy visto el roquedal de enfrente,
te vas a conquistar el continente.

PLENILUNIO

El paisaje lunar
le ha dejado pintar
con el frío y el blanco.

Seda la cordillera.
Raso la selva entera.
Cascadón de la luz el barranco.

Pureza. Como el alba adelantada.
Los ángeles patinan
sobre la serenada.

El chiquillo en la manta
soñando al paje azul,
cerrada la mirada y la garganta.

Ecos del perro en la otra orilla
del blanco desnudado
por la piedra y el hoyo y la astilla.

Enmedio del pacífico tendido inocentón
un solo negro punto
sin par, mi corazón.

AL CREPUSCULO

Tarde muy tarde. Los hombres
pasajeros van sin cara.
La campana hace el sermón
filosófico a las parras
desde su púlpito viejo,
metido en lenguas de rama.

Si Dick levanta los ojos,
su estrella se los atrapa
con su cinta azuldorada.

Niña Concha, (¿es niña Concha?)
es, dos sombras que no andan.
Saltan tres avemarías
la cuerda de la distancia
que han cogido por las puntas
el Señor y la campana.

La torrentera de día
está limpiando la espalda
que no enseña la montaña.



NOCTURNO

No hay el salto del mar. Hay la luna
sobre él bien volcada.
La hora es la mejor para cosas
bienaventuradas.

Por una senda del pensamiento
va transitando entera la amada
de ayer tarde, la que ya no es
más que remembranza.

Pero bien. Con la luna delante,
la silueta se encanta
y en el cielo de mi corazón
se ha oído el hosanna.

Muy distinta ha de ser el mirar
para ella mañana.

El manchón de la luna de ahora
endulza el recuerdo, lo enmascara
y no sé qué hará el sol con nosotros,
con mi alma y su alma.

LUNA

Guarda el secreto; por Dios!
amiga mía temprana,
primera... Que está el Ridículo
paseando la calzada
y me puede descubrir
la vuelta a la añeja falta.

Yo vuelvo, porque es el punto
de reanudar la escalinata
que olvidó el paso nervioso
de aquel que fui yo y su franca
joyería de renuevos,
pedazos de las mañanas.

Vuelvo... Mas no soy el mismo,
ya que, en exceso alumbradas
las veredas misteriosas,
perdió embrujo el panorama
y hay en el viejo terreno
sal y ceniza sembradas.

Pero estás tú. ¡Todavía!
No tan íntima ni blanca
como parece decir
en la teatral rielada
aunque sí con un profundo
latir de augustas palabras.

Oye: De las confidencias
que recogiste a las almas,
vengo a revisar la mía
que de muerte peligraba
por tanto hielo impiadoso
caído en la contornada.

Acaso tú la retengas
tibia y virgen. Como un ala
recién terminado el vuelo.
Como un tic-tac que no acaba.
Reloj de cuerda perpetua
y en hora con horas mágicas.

En nuestro encuentro, lunera,
ni alegre ni triste, se alzan
cadáveres de emociones
perfectamente enfriadas,
como si el alma se hubiera
calado otras antiparras.

Aún ahora en que tengo
mi mano sobre esta pálida
frente dormida, la frente
que fue nítida alborada
y con cuya luz tranquila
mis rutas se iluminaban;

a pesar de que el latido
inaugural de la nostalgia
comenzó a golpes profundos
mi soledad remolcada,
no sé por qué, Luna amiga,
te abrí un poco mi ventana.

La sorna no duerme nunca
ni en esta tregua de calma
que tiñó tu plenilunio
del ficticio y viejo nácar.
Guarda el secreto. Es que temo
turbias y ajenas miradas.

NIDO EMPEZADO

Toda la vega suspensa
de cima a cima azulada.
Los vientres curvos de lomas
atendiendo a la mudanza.

¿Una brizna, rastrojera?
¿Una hojita, camarada
naranja? ¿Un trozo de crin
mula tapada en la granja?

Cien siringes, mil siringes
despeñadas.
Todas enhebrando el viento
para unas bodas de ramas.

¿Una pluma...? El albañil
maniobra con su plumada.
Vuelta y revuelta. La ausencia
regresa llena en las alas.

La novia (¿de dónde atisba?)
ni duerma ni se distraiga
que la casa va subiendo
su muralla.

¡Esta vivienda redonda,
compañera, no se acaba!
Amigos, ténganme al viento,
que el otoño se me marcha.

(La casita sube,
la pájara canta).

AMOR DISTINTO

Tierra de abuelos. Tierra sobre la cual cantaron sus coplas las gargantas antiguamente nuevas y otras muchas que ahora, en rumor de los bosques, en ensayo de mirlos, su melodiar refrenan. Tan actual la planicie, la cárcava, el montículo, como tenaz el tronco, repeinada la huerta, volante la campana joven de los bautizos como aletazo ingenuo de una paloma suelta. Tacorontero suelo que sin el aire amigo, la camarada lluvia o la inyección secreta descendida, del fuego, juntándose a los soplos de divinos carrillos, tan pastoral no fuera. Suelo de los milagros vegetales de un día y sobre el cual la musa del tiempo se enmadeja, de modo que la viva rotación de molino pulveriza las gracias de tanta primavera. ¡Ah si no fuera eterna la magnitud guardiana de esa Cumbre invisible entre alturas inmensas, la que vigila arriba la flor y la ceniza, las savias recatadas, la pobretona leña! ¡Esa vigilia enorme repitiendo el cuidado por cuanto en tus lomadas a diario se solea! ¡Esa infinita mano con piedad a lo ido y piedad hacia cuanto trajina, vive y sueña!

Yo no sé qué caminos, tierra como las otras, me han captado los ojos y el corazón a ciegas, rumbo a un amor constante, rumbo a un amor distinto para tus gentes, surcos, cepas, trojes y piedras...

NOCHE

Por mirar la ventana,
volví sobre mis pasos.
Unas dagas de luna
quietas, oblicuamente hincadas en madera
de la ventana muda.
La calle estaba muerta
hasta por la mañana.
Yo traía en los hombros
luna de algunas horas.
Al entrar en la casa,
se la bebió la sombra,
se la bebió el silencio.

VENTANAL

El día.

Sopló en la nube y la metió en los rumbos
para abatir palomas
y rebotar su inflón por las laderas.

La mañana, esta rosa abierta,
cabezuela de oro, estambre azul,
se encoge para entrar decapitada
bajo las guillotinas de cristal.
A mi carpeta fue la rosa
fresca, al amor de las páginas,
para entonar futuros duelos
cuando se pulse su instrumento.

Cuando acude el monstruo del nocturno,
se queda fuera haciendo filmes
dirigidos por el viento,
que toca en la guitarra de la lluvia.

Amanece. Y en el cuadro
violeta se ha quedado el pentagrama.
Retratos de la luna, superpuestos,
mochuelo boca arriba,
cruzando de guadañas
y unos cientos de estrellas claveteadas.

Ni con derroches loquinarios
ni con brutales despilfarros,
las despensas de la noche se me acaban.
Ni los días cortan su bobina de sábanas.

LA PITERA DENTRO DE LA NOCHE

En cuanto a ti, la soledad,
en cuanto a ti, que te desnudas
ya en el recinto o la intemperie,
como mujer de amplia hermosura
que hace la entrega de sí misma
sin meditar quien la descubra...
en cuanto a ti, ya tienes hoy
gentil hostal para tus túnicas,
para que cuelguen sus jirones
frente a los cielos y a sus brumas.

Te vas al campo, al campo ardiente
por la más fiel de las ternuras
—el ser silencio acordonado
tirantemente en las alturas—
y hallas el mástil elegante,
palo mayor de nave lúcida
que hace, de noche, inverosímiles
y conmovidas singladuras.
Embarca en ellas, soledad.
Toma pasaje en la nocturna
zarpada al libre mar, carente
de olas con agua y con espumas,
y te sabrás la pasajera
de una fantástica aventura.
Aferra el brazo a ese cilindro
de erecto bronce y hondas cuñas
y cuida el pie, no le acometan
esas cuchillas que le apuntan.

Irás al reino de la niebla,
irás al reino de las tumbas,
irás al lar de las colinas
y al domicilio de las brujas.
La agraria barca que te ofrezco

lleva con brava arboladura,
que, si quisieras, llegarías
a las estrellas más profundas.
¡Oh, soledad, llena de noche,
de ranas, grillos y casucas,
plena de un mágico horizonte
que la aurora a tientas busca.

Si al alba estás navegadora
por la verde mar oscura
y ves que el reino celestial
casi a tu alcance se dibuja,
no desconsueles si es forzosa
la pronta vuelta a la llanura.

Sí que se acaba el viaje inmenso
y el barco vuelve a su laguna,
pero mañana, cualquier noche,
tendrás a bordo igual holgura
para emprender navegaciones
que no precisen de la brújula:
hasta el alcázar de los vientos,
hasta la casa de la lluvia,
hasta el País de donde llega
la Primavera y sus pinturas.
Este es un barco poderoso,
y un mástil firme a toda furia,
que en las cubiertas vegetales
abrió sus cien fogonaduras.
Consignatarios, los luceros.
Piloto, el mismo de la Luna.

LA ESPERA DEL BUEN TIEMPO

Reventando en la huerta cercana, de pronto,
los gorriones llegados su cántico típico,
la arroyada argentina pasó a los rincones
y el salón tuvo un trémulo otoño encendido...

Pero no era otoñal el deseado sonido.

Sí vendrá. Por los campos se pierde, en cañadas,
en los verdes castaños del soto, su silbo.
Muy posible que tome una voz de hontanares
cantantes en lo alto del reino del pino.

Sí vendrá. Primavera, sabemos, prosigue el camino.

INVOCACION

Tú, la enclavada sucursal del tiempo
que sueña; tú, sobre la insigne hamaca
del código, en perpetuo movimiento,
por las viejas palabras empujada...
tú gritas vivamente y me aprisionas
con el rebato pleno de la alarma,
hasta que caigo hincado a pesar mío,
reo de una justicia insospechada.
Me obligas a poner en ti los ojos
fijos y me concentras tu haz de llamas,
convirtiéndome en mísera falena
por tu fanal obsesa y conquistada.
Protesto. El poderoso imperativo
que en tu renombre puso su palanca,
no debiera forzar los territorios
privativos y libres de las almas,
dejando a éstas delirantemente
dueñas de su heredada aristocracia.
Mas no, que un día, y otro, y otro, y siempre,
de gloria justa y de poder te embriagas,
como ciudad que todo ha conseguido
y a nadie envidia ni le falta nada,
pero tiene el capricho irresistible
de sumar más adeptos a su fama...
Terminaré ¡quién sabe! por quererte
de una manera totalmente esclava,
por cuanto este presente victorioso
te transforma en la joya extraordinaria,
pedazo de una historia sorprendente
que al hoy destella como ayer brillaba.
Mas déjale al espíritu su rumbo
propio, y al que elija la alta mar más ancha.
Culpa tuya será, tétrico oprobio,
si en tu playa sonora no embarranca.

SOLEDAD

Ni una ventana abierta.
Ni un chico en la calle.
En la calle gritan
el agua y el viento
que quedaron solos.
Campanadas altas
que casi no llegan. Algunas
parece que suenan a un paso.
La torre está lejos
con su capa hecha
de hilaza de agua.

Un viajero encuentra
que todas las camas
están ocupadas.
Brilla la acera,
se mueven mucho
las cuatro palmas
salientes del huerto sombrío vecino.
En el cielo viento.
En el cielo agua.
Agua y viento en la calle cerrada.

SOMBRA

Por este mismo mar que nos satura,
por este mar que azul y blanco impone
no sólo a peñas semisumergidas
sino al meollo de los corazones;
por ese mar de júbilo infinito
que el gozo fuerza y nos lo entrega intacto,
por ese mismo rumbo de alegría
saldrá la pena a su hogar lejano.

Del mar, que tantos dones nos regala,
recibimos ahora esa tristeza.
Se porta mal, se porta mal Atlántico,
por hoy, con estas peñas tinerfeñas.
Mas si en los días venideros quiere
con olas, brisas, barcas, caracolas,
inundarnos de gozo olvidadizo,
recubrirnos de azul, de luz y gloria,
quede en nosotros esa vocecita
leve, pero tenaz y celadora,
que a las aguas saladas les recuerde
la marcha de esa pena por sus ondas,
diciéndoles: «Sois bellas y triunfales,
sois perennemente jubilosas.
Mas... cierto día, Atlántico, ¿recuerdas?,
tu sonrisa fue falsa y fue traidora.
Una pena... el maestro entre la bruma.
Desde entonces, tu azul tiene una sombra».

VIENTO

Corren en tumbos los papeles rotos,
chirriando sobre las aceras.
La ropa blanca de las niñas
no se está quieta.
Todos los árboles no acaban
su aplanadora reverencia
a los barrancos,
a las ermitas, a las cancelas.
Polvo que cruza de orilla a orilla
los caminejos, las carreteras,
y se lo traga, allá, la verde
manta de ramas de una selva.

Este viento ciega el ojo.
Este viento nos enfada.
Ya, a cubierto, me parece
que este viento se ha metido
más adentro de costumbre...
Lo he sentido retozando
por las calles de mi alma.

ARRASTRE

Arando vamos peinetas,
cordobeses.
Este arado no duerme
ni inviernos ni septiembres.

¿Qué semilla sembramos
al surco, presidente?
—Peinetas, cordobeses,
y corazones calientes.

ESTE ES EL MAR

Este es el mar del día,
corta edad de cinco horas
para componer una mañana.

Pulimentado pavimento
por donde arrastra el sol su cola
de pavo real, desmesurada.

El golfo joven, el grumete,
no han desayunado sino vistas
de olas, velas, chimeneas, luz y playa.

Los latidos del barco, nublado
todavía de polvo de cielo
y de millas ahumadas,
los conoce este mar peñascoso.
En la arena es sismógrafo fijo.
Los montículos. Cruce de máquinas.

La señal. He encontrado la huella.
Vedme alegre ante el signo indudable.
Algo mío que llega. Su carta.



NEBLINA

(A Constantino Aznar)

Del aire montañoso, rey de la comarca,
rezagóse la fina, la envolvente espuma,
y entre el ramaje fresco y resinoso ahuma
de acuoso firmamento el bosque patriarca.

Resina intensa, abierta, destapada el arca.
Aroma desleído en la flecosa bruma.
Más tarde olerá a monte la ciudad que esfuma
por un rato su humana y naufragada barca.

Bendigamos ahora esta cortada niebla
que en pinos y laureles y aceviños puebla
de múltiples pañales las boscosas liñas.

Mientras el sol no seque la blanqueada obra,
mientras la tarde en torno su dosel recobra
vigilarán los vuelos de las andoriñas.

ISLA

Se pinta en verde obscuro
de umbría
y la tenemos sugerente:
isla.

Tirlarla acá o allá
sobre la Mancha
o las salinas
de Santa María.

Siempre, mar y cortezas.
Corona espumosa
y sólida selva.

¿Campanarios? ¿Telegrafía?
¿Petímetros y temistas?
¡Fuera!
Mentira.

Barquitos de papel
hacia la esmeralda lejanía,
cargados de un amable
soplo de conquista.

Sin llegar, viaje infinito.
Así, sí.
Positiva
isla.
Inabordada,
virgínea.

ARIA DEL NUEVO MUNDO

En tierra firme o tierra tembleada,
con una ardiente Cruz sureña arriba,
tú, la extensión, un polo y otro polo,
el ambidextro Océano apartando.
Nombres y nombres de la geografía,
figuras, armas, nautas, singladuras,
indianado y frailuno trajinado,
espada y fe tajándose un imperio,
y luego, y siempre, el alma en llama viva:
un primer emigrante, el Caballero
de la Triste y Escualida figura...

Sí, que mojado en un rizar de nieve
todo el contorno, espuma cadenciosa
encollarando morsas y delfines,
plasmada una moderna oceanía
y hecho el reino mayor de los velámenes,
hete aquí, tras de sueño, posadero,
después del sueño, corazón en marcha
comenzando a latir sobre la Historia,
tictac que el orbe atentamente escucha.
Tú, la presencia, un alboreal testigo
del hombre que a la espalda su petate,
dejando atrás alcoba, granja, fuego
y horizontes de arcaicos campanarios,
pasó surcando el suelo indolorido
y la andina y dentada crestería.

Sabido que a copiosos auditorios
tú discurseas un milagro prieto,
un germinal acontecer virgíneo,
castrense acento en frases y palabras,
cancionero de triunfos permanentes,
himno español flameando en tu tribuna.

Y ese orador azul, tronante Atlántico,
¿de qué modo hablando colabora
con una eterna estrofa concluyente,
en tanto oyendo e hinchándose de orgullos
resucita el concurso de los siglos!
¡Y mira tú qué extensa algarabía
llena por todo el mundo los estantes
del sinfonismo arpal bibliotecario,
cuando eres tú quien cruza por la ruta
de páginas y páginas henchidas!

Desde una isleña geología, en hombros
de titanes y mitos y vaivenes,
desde este eterno fruto de manzanas
para sirenas, héroes y dragones,
sueño tu anatomía de otras eras,
pienso tu libertad indefinida,
canto la majestad aún sin corte
y digo sólo el predio de la Mancha
al otro lado de la hispana puente,
y a la herradura rocinante canto.
Te invento selva no descrita entonces
la maga luz que no encontró unos ojos,
las aventuras edénicas nativas.
¿Cómo olvidar los tiempos sin un nombre,
cuando eras niño columpiado en mares
y eras vedado y pleno paraíso?

Nuevo Mundo... Nacieron otros días
de ultracostana espiga fecundada.
Habló en tu voz la reciedumbre heroica,
retoñó la oración bajo otros soles
y el ritmo fue donoso y castellano
y el eco, una novísima ufanía.
Salto de orilla a orilla en magna curva
que tocaba a los cóndores y estrellas...
Y esta isla, a tu ingente imán, tan dócil,
tan ofrecida, firme, enamorada,
europea, española plataforma,
para cruzar los galgos corredores,
la mente en claro, la manchega adarga
y el trigo que la reina del Toboso
ahechando prosigue en tus auroras.

JUNIO SIN PRIMAVERA

No llegaste, Señora, todavía.
Detenido tu andar, ese lindero
rayado en junio como un mal agüero
ve tus milagros por la lejanía.

Cada cual con su mundo. Bien vacía
lleva su bolsa el hombre verdadero,
pues le falta a la cita tu dinero
dormido acaso en no sé qué alcancía.

Igual el labrador. El se maneja
con su trigo, sus bestias y su reja.
Te ignora. Ignora ondear llamas convulsas.

Y yo, frío invernal. Ven. ¡Que te instales!
Espero ver, pasados mis umbrales,
que tú lo desarraigas y lo expulsas.

CANCION DE SIEMPRE

(A *Bonnin*)

La tan leve entelequia, amigo mío,
ahora mucho menos enclaustrada,
vive rozando apenas con el viento
y apenas dibujando su fantasma.
Mírala, rubia, con la cabellera
suelta a la luz sin verjas y sin tapias.

Y acodada en risueños ventanucos...
Por la tersa corriente, por el agua,
se asoma. El agua bien la quiere encima,
con ella juguetea y se entrelaza.
Mas cuando en breve tregua de ternuras
no se ejerce discreta vigilancia,
la divina entelequia ya ha subido
al balconcillo de la nueva rama.

No es otra cosa que el soñar de siempre
con más entonación, más fina flauta.
Sueño de carrillones nunca oídos
como repique en estelar campana.
Sueño constante de un arder de hoguera
jamás quemante, sino arrimo y brasa.

Si hoy tú la miras con humanos ojos
y en la retina queda imaginada,
será que hay vuelo circular extenso,
bien desplegada la infinita falda...

ROMPIENTE

HEBRAS DE SOLEDAD

Yo quiero que me des una ancha risa
que recordar en horas taciturnas.
Te pido una fijeza de tus ojos
para guardarla en la sedosa funda
de mi esperanza
vacía y muda.
Eso es bastante.
Después, ya puedes tijeretear pasados
recuerdos fríos.
Después, ya puedes extender distancias
de mares, horas y caminos.
Guardo un silencio.
Retengo prendas inmarchitables
que están conmigo.



DICTAME TU EL AMOR

(A Natividad)

Mi semejante escribe pesadumbres
y duelos comentando un amor suyo.
Hace cruzar al desengaño
por la vereda de su verso oscuro
y aquí pone unas lágrimas
y más allá una ira.

Yo he de escribir, también, Amada clara.
Díctame tú mi amor y el comentario.
Si un minuto es tristeza cierta
otro viene tal vez a borrarlo.
Y lo que reste de la vida,
minutos, horas, años,
tendrá que definirse en el futuro
desconocido de unos actos.

Díctame tú el amor. ¿He de decirte
que no sé todo el contenido
pasional ni siquiera de este instante?
Y luego, ¡cuánto aumento hacemos
de nuestras alegrías y desventuras!
Lo iluso está en el espejismo
de las verdades inexactas.
¿Y la verdad? ¿Quién pierde el tiempo
en el fracaso de buscarla?

VISION FUGAZ

¡Cómo me sobrecoge tu presencia!
Paso que das, el corazón se aloca.
Miras bajo los ojos. De tu boca
no sé ni el premio ni la penitencia.

Eres la esfinge que el dolor silencia,
impasibilidad tallada en roca.
Desde ella llega el viento que trastoca
mi sangre en servidumbre y reverencia.

Y no fue nada. Una mujer que he visto,
la hallada y la perdida en un segundo
un cualquier día que he mirado al mundo.

¿Cuál es tu fortaleza, ese algo mixto
de materia y de alma que embelesa
y desmorona toda mi entereza?

HUERTO CERRADO

Mis guapas señoras,
no hay permiso.
Dijo el jardinero:
«Nadie entre, aunque lo quieran
nuevas margaritas».
La campana habla de muertos.
El jardinero ya no anima.
Tiene millones de alfileres
en el lugar de las sonrisas,
y se fueron en nube las avispas.

ROGATIVA AL MAR

Anímame, mujer. Me basta
poco. Retenme unos minutos,
tu más vacío cuarto de hora.
Que también hay un tiempo sobre el mundo
dolido de los mares viejos,
como en el ocre terregal absurdo
con pies y con neumáticos creándonos,
como gran voz, la hez de los tumultos.

Y nada más que quince. Lejos
tú, por la casa, por la calle,
por el cinema que elegiste,
por un paseo de la tarde.
Y no importe distraigas diez momentos
tuyos, para ser nosotros un instante.

Solo y de pie. Muy solo. Enfermo
de ti, de este «sin ti» redondo
nunca aliviado de preteles
ni rizos de aguazal. Tan solo
como la cruz de un pobre muerto
siglos atrás. Como un mendigo sórdido.
Mi soledad es mía, entera,
mas puede serlo por tu frente un poco.
Basta que pienses y que cierres
algo el prodigio de tus ojos.

Novia. Te ansío. Al navegante
—cubierta, jarcias y neblinas—
le vuelve a restallar la angustia,
le aprieta el corazón tu huida,
se acaba. Desde la distancia,
peso de azul y estrella encima,

réstale un tajo de lumbreras
muy suavemente vespertinas
volviéndose a tapados panoramas.
Tu paciente suplica. Te suplica
y aguarda un poco le mantengas
el alma, y no la empujes a la sima.

Ya atardece, mujer, enfrente
donde naufraga el horizonte,
donde la meta de arribada,
canta un raconto de borrones.
Y tú a mi espalda, en tierra yendo
por las orillas de otros bosques.
¡Cómo anochece el agua inquieta,
esta agua totalmente insomne!
Donde ponga la vista, el luto luce.
Conmigo cuelgan los crespones
de los minutos no gozados,
de tu mudez que no responde.

Mujer, anímame. El nocturno
con sus augurios no se salga.
Que lo venzamos uno y otro
tirando fuerte de distancias.
Que mis recuerdos, tus recuerdos
abracen. Que el portento se haga
de desdeñar opuestos rumbos.
Sea el encuentro quien se ponga en marcha.

AQUELLA MANO

Aquella mano de dama.
Aquella dama sin cuerpo.
Aquel sueño de una mano
que hacía bien los amores
sin más cosa que sus dedos.

El corazón, bien suplido.
El alma sin ser, riendo
a carcajadas la música
de un contacto de las yemas
conmigo, que era un recuerdo.

La mano hablaba el idioma
correcto del sentimiento.
La voz no sonaba, andaba
corredores de un castillo
que era yo mismo por dentro.

¡Oh! Yo sentía mis cosas
sentimentales. Me acuerdo
de que al despertar he alzado
mi brazo por ver si estaba
ella aún en mis cabellos.

Y, despierto, me reí
de que desperté riendo.

PRIMER BESO

Tarda en llegar la estrella. A veces
recorre oscura el vuelo largo
como un cohete de infinito
perfectamente disfrazado.
Pero al fin cae. Y la pelea
de luz y noche ha comenzado.
Con la primera estrella tuya,
loca, incendiaria, ¿desde cuándo?,
la lucha fue de vida entera
con incremento perpetuado.
Toda la vida... El resplandor
se acusa aún sobre mis labios.

ELLA

Como poseo sus manos
con diez alhajas uñeras
no me pregunten qué tal
es el rostro de mi bella.
Pesán mucho en sentimientos
estas manos soñolientas.
¿Quién aguarda más ventura
si con ésta que me ciega
tengo para cuatro siglos
de una vida verdadera?
A una distancia infinita
me encuentro de su cabeza.
No, no tengo ni nociones
de su joven cabellera.

PUNTO HONDO

Un pensamiento, larva, apenas, del espíritu
me da la orden de cantar.
Yo lo hago mi instrumento y canto
la complacencia que en su promesa está.

Lástima de armonía que no ha de oirse fuera...!
Lástima del lenguaje, nada más que esqueleto,
nada más que visión espectral
de la emoción!
El pensamiento larva
se iluminó un momento.
Entre palabras era:
«Tu amada va a llegar...»
En sentimientos, sigue
siendo en el alma vibración...

A DISTANCIA

¡Dichoso yo, que sueño al contemplarte
y no sé ni cómo hablas ni quién eres!
Hoy te hago mi ideal de Amor y de Arte,
y he de verte ¡tan linda! en cualquier parte
sin que de mis afectos tú te enteres.

Alguna vez tropiezan por azar
nuestros ojos... y ¡oh, Dios, cómo te beso!
Entiende que no es otro el buen besar.
¡Ninguno de los dos ha de pensar
lo mismo en el instante del tropiezo!

¡Dichoso yo, que en tu silueta esbelta
puedo colgar mi corazón de niño
sin que te hayas de ver, por eso, envuelta
por la ironía ajena que se suelta
tras la desproporción de algún cariño!

Nadie, fuera de mí, sabe el secreto.
Ni aún tú misma que le has dado vida.
Confórmate con ser el bello objeto
de esta pasión distante a que someto
mi alma, plena de tu efigie erguida.

No creas; la verdad también me acosa
y mucho embate tentador recibo.
Pero, ¿a qué conocerte? ¡Es tan graciosa
la verdad que yo he hecho esplendorosa
poniendo tu exterior como motivo!

¡Dichoso yo, que en mi cerrada ermita
soy el único fiel y el sacerdote!
¿No te agrada, mi digna Princesita,
ser la real Dulcinea que permita
la locura de un nuevo Don Quijote?

TROZOS DE MEDITACION

Tú, lejos. Yo, conmigo,
con muchos sentimientos preparados,
con mi montón de palabras
impacientes por sonar.

Tú, regalo de otros ojos, de gente
que no he de conocer.
La sonrisa amistada con el paisaje.
El azul alargado sobre ti.

¿Cómo será tu casa?
¿Cuáles serán tus flores?
¿Dónde se van tus pasos
y tus manos infantiles?

Tú. El Tiempo y la Distancia. Yo.
¡Lo que hoy significan y alcanzan
las horas, las leguas
de tierra y de agua!

MUÑECO DE ILUSION

Voy a manchar la nieve
de una cuartilla muda,
para pensar un poco con tu imagen,
claro reflejo de una sombra. Escucha.
Pongo unos ojos, los que dulces quiero.
Pongo una risa de infantil ternura.
Y asomo un rostro con el pensamiento
y hago una larga cabellera rubia.
Esculpo un cuerpo de vestal con ondas
luminosas de luna
y recojo armonías distanciadas
para que el soplo de la vida surja.
Ya está la vida. Un corazón golpea
bajo los pliegues de la blanca túnica.
Ya está la vida. El respirar pausado
alza el seno de espuma.
Pero esta obra mía,
esta bella escultura
tiene una vida que descansa siempre
bajo mi eterna ensoñación profunda.
Si ríe, es que la obligo
a estar de acuerdo con mi sueño. Y nunca
me propondrá dolores que yo sienta,
ni ha de afiliarse con herida alguna.
La mirada ha de ser como yo quiera,
una caricia suma,
y haré que en ella palpitando el ansia
de obrar en mi alma adoraciones únicas,
se abraze mi mirada
con la luz de la suya.

¿Es esto lo que quise?
¿Es este simulacro, por ventura,
lo que el amor me ordena que yo adore?

La maravilla de este ser es mucha.
Yo me he olvidado del cariño extraño
que le tengo a mi angustia.
Si en este sueño no he de hallar la viva
laceración que acusa
mi espíritu, imposible la mentira,
inútil esta mi ficción absurda.
Si es una desdeñosa
mujer de carne quien me da tortura,
si es para ella, como es, humana,
mi pasión absoluta,
¡muñeco de ilusiones,
vuélvete a la penumbra!
Borro los ojos que no dicen pena.
Borro la risa virginal sin burla.
Alejo el rostro y le devuelvo a Febo
la cabellera rubia.
Deformo el cuerpo de vestal, entrego
la luz argéntea que tomé a la luna
y doy la libertad a la armonía
para que el frío de la muerte acuda.
Ya está la nada en la ilusión. Ahora
vuelta al amor y a la verdad, con una
desesperanza envuelta
por el cariño que entregué a mi angustia.

INFIEL

Cuando salió, la puerta quedó abierta
batiendo contra el viento y los frutales.
Toda rama ondeando. Tan iguales
su cerebro, las horas y la huerta.

Un árbol más a la intemperie. Oferta
de carne a las batallas invernales.
No hay mirada, ni intento, ni señales
de que funcione la pupila abierta.

Y sabe andar. Y marcha hacia el oeste,
sobre el hombro la bóveda celeste,
rápido, vibrante el paso franco.

¿Detrás? El lobo, su asaltada gruta.
¿Dentro? El veneno actuando, la cicuta.
Se estrellan orbe y él contra el barranco.

DICEN...

Dicen que te vas, dicen que te vas, pero eso es mentira.
El aura de amor que nos rodeó jamás se retira.

Mayor o menor, aquí o más allá todo fue distancia.
Pero puede más ese penetrar de cualquier fragancia

que sabe vencer la saudade de la lejanía
y tu aroma es tal, que triunfa del mar, Purita García.

Ya puedes subirte sobre la viajera comba de la ola.
Clavado en la isla se queda el extremo de la larga cola

que sobre marinos rizos azules largaría su ovillo.
En fin. Que te quedas. Quieras o no tendremos el brillo,
las fulguraciones de tus ojos moros, simeros, profundos,
verdadera clave que sostiene el magno ritmo de los mundos.

Cuando a Tenerife vuelva tu figura de carne habanera
será que el ovillo se arrolló de nuevo la madeja entera.

Por eso discrepo. Ni esto es despedida ni hay lágrima vana.
Muy sencillamente, se trata tan sólo de un «hasta mañana».

DESENCANTO

Volvió... Y escondía
la risa en un pliegue del alma.
¡Lo que trajo en los ojos rojizos!
¡Lo que dijo callando y mirando!
La tarde, mirándola mucho también,
se puso cetrina y amarga...
y volvió de repente la espalda
para sollozar.
Ya llegaba a su meta la noche.
Me traía una danza de estrellas
y le alcé y derramé por sus ámbitos
toda mi mirada desesperadora.
¡Oh, mis soledades revoloteando!

El rumor interno marchaba a los labios
dando un clamoreo de fatalidad.
Y por fin salieron
las melancolías y los pensamientos:
«El era joven y bello y moreno».
«El era entero mi corazón».
«Vino riendo. Se fue riendo».
«No vio unos brazos abiertos».
«El verdadero gozo nacía
con la nueva vida mostrada».
«En los miembros del joven
creí que venía rondando el amor».
«Ya me supuse en los fuertes brazos».
«Era inminente...»
«Pero no dijo nada ni bebió mi emoción».
A través de este cuerpo temblante
como pasa la luz por el seno
de las aguas, al fondo del mar,
cruzó aquel fantasma mancebo

sin un roce en la carne sumisa
que tapaba el paso de su caminar.
«Y siguió a lo lejos. Y no volvió más.
¡Yo escuché romperse dentro de mí misma las ánforas tristes!»
Todo el desconsuelo
se subió a los ojos.
«Y corrí a los altos y traspuse vallas
sin saber del día».

MUJER DE NUESTRAS ISLAS

DESFILE el tiempo en mí, que soy instante,
mientras tú seguirás siendo testigo
del siempre monte, el siempre sol y el trigo,
de no nacida espuma circundante.

¡TRISTEZA mía! No durar bastante
junto a la eterna edad que está contigo
y saber que tan pronto me deslizo
de tu endiosado e imperturbable aguante.

DESDE la gracia actual, a la futura
gracia caminas. Todo añadidura
te serán nuevas rosas y azucenas.

¿Y por qué esta esperanza engañadora
de continuarme en tu perpetua aurora
sólo por versos darte a manos llenas?

COSAS, COSAS



LA NUEVA COLEGIALA

La Hermana Genoveva
habla —santa— a sus chicuelas:

—A esta hijita del milagro
tratadla bien, id con cuidado.

Ella no tiene un alma
como la vuestra. Tiene un suspiro.

Palabras como de niños
sean las que oiga de vuestros labios.

Así, ella cree que nada es malo.
Y así el suspiro veréis cantando.

CANTALETA

Anda, anda, súbete al lucero.
Tráeme el sonido de las campanitas,
el que se ha marchado a los techos altos
de las Nochebuenas.

Tráeme el humillo niño del incienso
para que esta noche mojada de octubre
hagan en mi alegría una pantomima
de la Navidad.

Anda, anda, anda, cógeme unos gritos
claros de los niños de mil setecientos.
Unos romancillos de la casa blanca
que habita el lucero.

Sube, sube, ven muy pronto,
quiero un árbol, el que usó
cualquier niña de Polonia
en los años de Chopin.

NOCHE DE SAN JUAN

Arbolitos, arbolitos.
Las hogueras florecieron.
Las mozuelas dan la pierna
para el salto y los revuelos.

Tráiganme la niña negra
que se ha quemado las crenchas.

Los mastines ven la llama
rojiza a media distancia
y aprenden la nocturnada.
Nadie en las casas oscuras
abiertas a los errantes,
nadie en los barrios floridos.

San Juan ha entrado en la alcoba
pasito a pasito y pierde
corderillo y banderola.
Pero sé vuelve a la ronda.
Es el que canta más alto.
El solo, tras de la loma,
escondido en el barranco.
El fuego sigue arbolado.

Tráiganme a la niña blanca
que se ha quemado las trenzas.

Yo, con los años del hombre,
con los hieráticos años,
todo el nocturno abrasado
con nostalgia contemplando.

PAREJAS

BARBERÁN - COLLAR

Atlántico, Atlántico
zanjado,
tumbada la maleza
para entregar la senda
abierta.

Giralda
vuelta de espaldas
para que el río,
sólo el río, beba
tus lágrimas.

Los pasajeros cuentan
que en Veracruz se pisan
todas las sonrisas
de las mejicanas.
Que ya no hay cóndores
que salgan
a saltar vientos y montañas.

Giralda
de espaldas,
¡oh, Atlántico,
terreno de España!

PAREJAS

GALÁN - GARCÍA HERNÁNDEZ

¿Cómo aguantarán tus tierras,
Huesca,
esa montaña de leyenda?

¿Cómo?
¿Y las pisadas
heroicas
apretadas por el alba?

¿Cómo por ese extremo pirenaico
puede dormirse en las cabañas
si el peso que yo sé amenaza
volcar por ese lado a España?

¿Dónde vives,
capital del Presidente,
dónde paras,
Jaca?

¿Cómo vivir, oídos,
de la eterna descarga,
interminada,
retumbando en Sariñena
y en Canarias?

Soldadito que va a casa,
alpargatas por veredas,
¿no te pesa
el canuto de la licencia?

CREPUSCULO

Sólo hay que mirar a «Dick»
y a sus ojos papanatas.
Retiene dos soles muertos
y dos paisajes de cañas.
Si se fijara en lo alto
vería tres dulces avemarías,
cuarenta estrellas cazadas
que voltean la distancia
turno a turno, vez a vez,
el Señor y la campana.

¡Alerta, «Dick», que es tu dueño
éste que llega sin cara!
(Mi perro fiel, que solía
echarse junto a su falda
y mirar del suelto pelo
la femenina cascada,
no volvió de su paseo
hace siete mil mañanas).

RELOJ

Esta, también, una esfera de estrellas,
ordenaditas constelaciones.
Mirando bien, es la misma
que en tremebundas altitudes
mueve su péndulo orquestal
bajando soles, remontando lunas.

Cielo de bolsillo,
redondel de las batallas,
con nubarrones y con aguas.
Señal de derrumbados ponientes,
círculo pintado de amaneceres lívidos,
campo para el caballo del frío.

En un pulso. En un rincón de tela,
toda la vida registrada,
punto por punto,
desde la amarga cerrazón de espíritu
hasta la zona de los sueños inmensos.

Una cajita de caudales
lozanos, amustiados y secos.
Más que un cerebro.

Las cosas y los hombres que desaparecieron
todos se refugiaron dentro
contra las estaciones tormentosas
y el fuego del Infierno.

Acurrucados unos contra otros
y escuchando el zumbido del tiempo.

VUELVE

Corazón de montañaeta
se tornó tu corazón.

Te ven las piedras del campo
y las vertientes del sol
y te da la bienvenida
el montero cigarrón.

Pero se te olvida el pueblo
donde dejaste tu voz.
No hay para ti campanario,
ni campanas, no oración.
La casa de tus parientes
con tu andar se te olvidó.

Mira que está loco el perro
que pide de ti razón,
callejeando y ladrando
en busca de su señor.

Vuelve, Juan, de tu alta tierra
y baja al pueblo, al amor.
No busques frutal el día
que acabe la provisión.
Ven a comer a la mesa
con tu madre, que quedó,
la santa, tan santa y triste
como la madre de Dios.

Te dolerá, si vinieras,
mucho más el corazón.
Pero ¿y la madre, y el perro,
y el amigo? Todos no
se ríen cuando te piensan.
Eso lo hacen sólo dos.
Dos que nunca acabarán
de partir tu maldición.

TURISTA

Su mirada fija,
su mirada enigmática
entrecruzada de horizontes,
—niña, ensueño, nostalgia—
se enredó por los muelles y calzadas.

Dentro de poco, mil kilómetros
entre sus ojos y mi casa.
¿Quién la recoge?
¿Qué ciudad la reclama?

Bien que la soñaremos
medio loca entre abrazos de infamia,
y desnuda
entre un terror y una carcajada,
al suelo los guiñapos de infancia.

El barco aguantará la marejada,
ondas contra estrellas
pálidas.

GALLINITA

El hombre de la casa, enfermo.
No hay dinero.
Pero el corral
recuerda sus cacareos
bajo el alba y el viento seco.

Niñita de cuatro años,
descalza, como abandonada.
El susto, todo su pecho.
Sus ojos, toda la cara
madrugada.

El mercado. Multitud.
No decía «quién la compra».
No decía «me han mandado
a venderla». Ronda sola,
al brazo la gallinita roja.
Sin hablar, sin ofrecer,
dale y dale, ronda y ronda.

El mercado de las once
la tiene en el corredor.
Todavía andando muda.
Muy negro su corazón.
Y sus ojos un dolor.

ROMANCILLO

¿Ya no tiene amante
la niña? La niña
contesta que no
y ríe una risa
que le sienta mal.
¡Chiquilla, chiquilla!

La niña refiere
cómo está de linda
la rosa en su vaso,
la rosa cogida ayer día.
La niña pregunta
cosas a la amiga
y le dice «guapa»,
«tonta», «presumida».

¿Esto es lo que tiene
que decir la niña?
¿Esto es lo importante?
No hagas caso, amiga,
de lo que ella cuente,
de lo que te diga.

Déjala que charle
cosas ya sabidas
y entretenga el tiempo
con historias nimias.

Y si no insinúas
nada de la espina
que tiene (tú sabes
en donde) escondida,
te daré una estrella
o lo que me pidas.

¿Sabes? Es preciso
para que no ría...

FOTOGRAFIA

Le tomamos las piernas azules,
y la chica del haz de leña
que iba a enterrarse al valle oculto
abandonó unos fríos sobre la vereda.

Como un lagarto tiritante,
por la pared de carne henchida,
el frío (al valle, por el monte)
marchó en la brava pantorrilla.

Pues asesinamos a la moza
con un disparo del diafragma.
Yerta en la cámara mortuoria
dentro del fuelle de la máquina.

La que reía
con nueva leña hacia el recodo
no sé quién es y qué desea
por estos altos montuosos.

Tenemos el cadáver, compañero.
Está bien muerta. No hay remedio.

HOJA MECIDA

Esa línea. Suspensa la tuvimos,
elegancia en el aire, curva suave.
Sopló una nube, una montaña, un ave.
Ella rozó su extremo con los limos.

Al paso, pendularon los racimos
maduros, osciló algún tronco grave.
Nave en el mar. Se apresuró la nave.
De yodo y de fragancia nos henchimos.

Pero el dibujo, ese dibujo breve,
bosquejo en el espacio, el lienzo enorme,
¿por qué dejar que corra o se lo lleve
de la hoja movida el movimiento?
Antes que el abandono lo deforme,
colgadlo en la pared como ornamento.
Ese será el mejor
cuadro, sin firma, de ignorado autor,
el viento.

EL ARRIERO

Por el sol y por el polvo
caliente de la llanada
vamos, imaginación,
tras nuestra cosecha santa.

El arriero, que no es viejo,
cruza. ¿Ves en sus espaldas
algo? ¿No notas que lleva
montones de horas cansadas?

Es el hombre que han lanzado
los pueblos hacia la andanza.
Es el que camina siempre
la tierra desarbolada.

El trae y lleva cansino
rubrica la ruta blanca.
No importa el pico del sol
que le clava y no le cansa.

Imaginación, si fueras
un hombre con mucha alma,
¿no te harías una vida
de arriero que anda llanadas?

¿No vestirías de pardo
soñando castillas anchas
y pensando que eres sólo
quien vive la tierra larga?

LOS GATOS ENAMORADOS

En enero, señor. Y en los tejados
plenos de luna, hollín y humos menguados.
Sale del tragaluz de una despensa
la gata Maya, coquetuela inmensa.

Ya tenemos la una, que es lo mismo
decir que ha comenzado el donjuanismo
gatuno, pues de hogares y mesones
llegan gatos por todas direcciones.

Los más, viendo de Maya la elegancia,
con timidez se quedan a distancia.
Sólo dos (Felimén y Bigotino),
la flor y nata del amor minino,
terror de las guardillas y desvanes
donde plantaran fama de donjuanes,
hasta Maya gentil prendida en lazos
llegan sus firmes y callados pasos.

FUELLE

¡Este templo de rojizos altares,
casa del hierro,
del campanazo y los luceros!

Soplan encarcelados
vientos domésticos
del pulmón y los bronquios de cuero.

¡Cuánta iracundia inútil
estrellada en el techo,
batallando por un amplio firmamento!

¡No haber infinitud
de duelo y fuego
sino en los torsos hirviendo,

untados, líquidos,
calurosos espejos
para el mariposón interno!

Dad a la fragua un camino,
largo, lejano, revuelto,
y veréis cómo ovilla al mundo muerto.

VIAJE

(Tú, en la cerrada concha
de la noche en el mar.
Tú, corriendo al recuerdo
del dejado lugar.)

—Ay, qué baja la bruma,
qué pequeño el peñón.
Qué chiquitín recuerdo
de las niñas en corro
y en canción...

El corro. El sol jugando
a hacer sombras de niñas
y a buscar en las sombras corazón.
¡Qué mínimo recuerdo ahora, el sol!

(La luna, ahora en las nubes.
La luna, en muchas ventanas.
La luna, un rayo tendido
sobre el agua.
Cuántas horas de otras lunas
pasadas van en tu espalda.)

VASO DE AGUA

Serrín, hollín, cemento,
lubrificantes, harapos.
Por gradas y terrados.

La voz ronca del campo
manda un diluvio proletario,
disolviendo teorías.
¡Qué terrible camino a la justicia!
(Pálida el agua cristalina.)

Se entibian los cerebros,
témplanse los párpados,
recalienta su hornilla la entraña.
(Rojiza el agua.)

«Unión, unión». La multitud
se hace una pieza de carne.
Bebe el camarada.
(El agua, sangre.)

¡Quién hermanará a los ríos
con lo que ahora bebe el campesino!
Nadie lo piensa espíritu
apenas roza el tubo digestivo.

El mitin es incendio.
Nada en el cristal seco.

CIGARRILLO

Extranjera
cabellera,
tapa de una teoría
convivente
moderna y ardiente.

¿Vendrá a ser
la mujer
casi masculina
con cada poro
un altavoz sonoro,

contrapeso
cada beso
clavado en las mejillas
bosquejadas
con el pincel de las chupadas?

Espejismo
de ti mismo.
Un tú en el aire muerto
del bar de las afueras,
tropezando sonidos y escaleras.

La bonita
señorita,
pierna airosa, desnuda,
única marca eterna
que no destrozarán en la taberna,

tiene atadas
las miradas
a la prieta pierna rosa.
Tú, fumando,
lejos, se las vas una a una arrancando.

LLANTO

Había un sol, había ricas
coloraciones en la calle.
Yo recordaba en esta hora
frangas pintadas de la tarde,
tan pronto en las colinas próximas,
tan pronto en el pulsar del aire.
Pues no era cierto. Está apagada
la luz que se animaba en los paisajes.
Si acaso, un turbio penumbreo
y como un tumbar cielos y ciudades.

Cuando retire mi pañuelo
espero hallarlo tinto en sangre.

DE CONTEMPLACION

La boca del verano
respira sobre el puerto
y las barcas de la noche
de día cargan al sueño.

Dos marineros niños
piensan algo de su pueblo,
el uno extraviado en montes,
el otro con playa lejos.

Están, los dos pensativos,
sobre el falucho costero.

El ancla en el fondo verde
hinca una uña de hierro.

Da en los costados el agua
chasquidos breves de besos.
Los besos de las hermanas
están sin sus marineros.

El rumbo largo descansa
su raya azul en el puerto.

BARCO ANCLADO

Arbol y ramas otoñales.
Plantado firme en esta tierra
que alumbra un seno de cristales
y un espejeo de la sierra.
¿Que no es terreno, sino nido
donde relamen ondas cautas
y fue trillado y corcusido
por la cuchilla de los nautas?
¿Que es agua turbia, quieta y grave,
que es agua albañalada en puerto?
¿Que al árbol se le llame nave
y se ha dormido en un mar muerto?
Veréis, veréis... ¿Qué es la verdad?
El árbol vive y es feliz
mientras la hundida soledad
mantenga activa su raíz.
Raíz de hierros y eslabones
profundizada en tierra blanda.
Si se le extraen a tirones,
muerte y caída a cualquier banda,
cadáver móvil y misterio
por la redonda falda pina,
donde está abierto el cementerio
del horizonte y la neblina...

Haced, gaviotas, añoranza
de los varaes de reposo,
hinchad el llanto y la esperanza
de un resurrexit prodigioso.

OCTAVA AGRARIA

(A Fernando González Delgado)

Otoño ya contigo, Tacoronte.
A un veinticinco de septiembre llegas
cumplidas las vendimias y las siegas,
oros tumbados entre mar y monte.

Pon hoy, de nuevo, a andar al Cristo. Ponte
tan bella cruz, de un duelo en que despliegas
costados y pupilas andariegas
por quienes goza y llora tu horizonte.

Agro en suspenso. Alguna hojuela, al paso
de mirar tan agudo, cae al raso
del rastrojo, la plaza, los caminos.

Agrario, ese marcharse, ese morirse.
Agrario El, que nunca arrepentirse
podrá de oír los otoñales trinos.

LEJANIA

Nos acordonan, suave niña,
las letanías de las leguas
marinas.

Tensa y afloja el oleaje
la comba sobre las mareas
sempiternas.

Agua salada, rizos blancos.
De tu punta a mi punta fija,
lejanía.

Guardo bien tus estuches frágiles
en éste de mi corazón
aguardador.

Si los destapo, la fragancia.
Cierro, y hay un pueblo de tensas
antenas.

Tenme una imagen de mí mismo
aunque no sea verdadera.
Págame así.
Recuerda.

AFRICA
QUININA

¿Cuántas cabezas
locas?
¿Cuántas horas?

¿Cuántos fuelles de frío
y cuántas procesiones
de delirio?

El tahalí colgado
chamusca al clavo.
Las mantas
por las puertas se marchan
huyendo de la quema
en las tiendas.

¿No veis, sargentos, nada?
¿La aérea cabalgata
sobre las orejas de los caballos?

Esto es soñar, hermanos.

AFRICA

SABADO

Ya bajó el soldado
acicalado.

Del campamento
a los arcos.
No hacer caso
de los pañuelos hacia tras
atados.

Pero sí a los cabellos
dorados,
en agua de azafrán ablucionados.

Esther blanca y morena
con Sara en la sinagoga.
Las velas se doblan.
Y las llamas giran
a la redonda.
En su escondite
rechinan las 7 horas.

Un soldado a la puerta
con su guerrera cazadora.

Pero las cien doncellas
frías
un Jerusalem grandioso reedifican
con los cimientos
de las doscientas mejillas.

Soldado de Artillería,
cañón contra la Judería.

PALOMAS

Sobrebujar el aire
y conquistar la torre.
Posesión de la durmiente cúspide
colocada sobre los hombros.

Pues el pico está en viaje
con la ronda de mirada amarillenta,
encogida hacia atrás la pata coralina.

Bien abajo, pararrayos agudos,
telarañas, balconillos, historias.
El mundo...

¡Magnífico olvido!
Soledad de las viseras de la lluvia,
de las mismas fuentes lluviosas,
tejados de la vida celeste.
La veleta remedando brumas
y en espera de que se desprenda
y se ensarte la luna.

Arrulla, pichón, cuando el poniente
violento se retiña.
Ensayo saltos, visiones desmedidas.
Prueba la ancha curva de pelota.
De la mecedora madre
inmóvil, tonta,
secretos de altitud reciba.
Ciencia del ala suave
que hace sus fotografías.
(Venteo, desgranar agua,
reverbero de cúpulas.
Murciélagos escondidos



hasta empezar faenas brujas.
Rostro hacia el cielo
de ciudad boca arriba.)
Cuento navegatorio
susurrado en atardeceres
para inflar cabecitas de nuez,
y estirar alas timoneras,
y regresar sabias, deslizadas
sobre el viento, después.

PASOS

Pisas la tierra, ¡quién sabe
lo que tu paso tritura!
Tanta cosa fue deshecha.
Rota tanta cosa muda.

Temer que manos de niño
se resientan, maltratadas.
Saber que no hay ningún trecho
libre, ni para una lágrima,
en millares de kilómetros
de tierra, la tierra hermana,
revuelta legión de frentes
preciosas pulverizadas.

Reptan, no hay duda, caminan
como boas pensamientos,
dolor, inactual, dolor
al fin, de los caros muertos.
Cada centímetro, un lago
de pasado y de recuerdo.

Visión, perfecta visión
afinada, hasta entender
la fiesta baja y callada
que bulle entre los dos pies.
Descifrar el turbio aire
que dicen límpido. (Tantas
avionetas de ilusiones
flotando inmortalizadas.)
Un hangar, un aeropuerto
para los pares de alas
que se abaten fatigadas.
Que no profane la suela
pupilas, labios y caras
que nuestras bocas besaran.

CHARCO

El gato celoso, pupilas locas,
tras de la chimenea, ante el viento.
Incendio, hoguera
en los postigos del lomo negro.
Lomo rizado, fuelle al fuego.
El agua, acordeón que sopla los celos.

Abajo, música de traspíes
haciendo el ángel lanzado del cielo
sin que se apaguen las luces frías
caídas al puerto.
Bahía de la calle en silencio.
Una nube profunda y una nube volada.
El Norte recose finamente el lienzo.

Plato de viandas nocturnas,
cascado espejo.
Una cara a los fondos terráneos
y otra cara para rayos y truenos.
Todo esto picará la chica
con su botina lanzada al colegio.
Pajarito del día,
que bebe y se va lejos.

COLUMPIO

Cúspide, arco, cima,
cerro, hondón, picacho.
La punta de la chinela
disparada hasta la luna.
Cabellera derramada,
partida de las palomas.
A los puntos cardinales,
suelta de los pensamientos.

Casi se trae al bajar
aquella cara risueña
una estrella entre los dientes.

¡Cómo está este espeso cielo
marchando, yendo y volviendo!
El alma, sin encontrarse.
¿Dónde está tu vida, niño?
¿No te has mirado a los pies
ni al pelo para buscarla?

Bello cantar para el mundo,
para la noche avivada,
si esta mano nos dejara.
Mano aplastada del viento
colmando todas las brechas
de puñados de silencios.

No hay que pensar. No se puede.
Todas las alas salieron
a pasear el firmamento.
Pronto, la pierna, el vestido,
la chalina y el cerebro
serán aviones mugiendo
cada uno un lanzamiento.

RUEDA

Acercaos un poco, los aventureros
de la imaginación,
los que buscaron alas y no saben andar
un solo paso sin mentor.

Venid, los aprendices
de discurrir,
niños de pierna al aire
que tienen alta gana de vivir.

Ella, quieta contra el muro.
Se le atreven las arañas
y el jaramago
y la llovizna cribada
toilette de agua.

Como una reliquia del camino.
Presente todo lo lejano,
lo pedregoso y erizado y brusco,
con la emoción del barquinazo.

Tomad la lupa y registradle sendas,
sonoridad de albas,
ápices de algún estío viejo,
los millones de mañanas aplastadas.
En la llanta.

Sacadla, que ahí está en alguna parte
la fosca cara polvorosa
de los juramentos y el cantar,
tralla de palabrotas
encendiendo trituradas horas.

No digan que no sigue el movimiento
y el recoser de tierras
No para nunca sus misiones camineras
porque huella y rueda día y noche
niños, lomos de vuestros corazones.

BALCON

Ni esbozo de los rostros
que a un tiempo fueron públicos y familiares.

Tampoco luz a la calle
de ellos despojada.

Muralla, madera y hierros.
solitarios cristales para que se finjan
todos los paisajes perpetuados
en fotografías fulminantes.

Así, el lugar quieto en la altura
quedó incompleto en horas y años
sin que se derrumbara el cielo
ni muriese la estrella viva.

El hilo de la estrella
sigue colgante, lacio,
sobre baldosines empolvados
sobre el montón azul de las noches caídas.

No digan nunca que hay balcones
abiertos en el mundo. Mentira.

FAROL CAMINERO

Muere, agoniza la llama embalsamada.
Cuelga
de una fina hebra
nocturna de tinieblas.
Del carromato en marcha
roban cargamento
lechuzas
brujas.
El pico del cielo negro,
aguilucho inmenso,
arrebató hasta el carretero.
¿Qué dejaron los torvos ladrones?
La llama,
cuatro pezuñas herradas.
Por tierra, llorar
mortecino, lumbre en protesta
del despojo.
(Mañana, al clarear será el asombro.)
Dejadme lamentar, ramajes húmedos,
vientos salvajes,
hondo agor.
Os dejo mi reguero
de sangre y canción.
No toquéis mi dolor.

CENIZA

Nada. Los batallones de espadas
acabaron la guerra,
la iracunda carga.
Nada.

La brizna es cosa señalada,
la gota es globulillo.
Pero este gris es lo que acaba.
Nada.

Cabía forma perfumada
y retazo de selva
y palpar oscuro del alma.
Nada.

Creedme. Se le sentaba la alborada,
se le dormían los vencejos
el viento le colgaba su sábana.
Nada.

Cuanto había en substancia
se fue en el exprimido intenso.
Hasta las líneas trenzadas.
Hasta la imagen árida.

Cierto, bien cierto. La llama
también anduvo en mi cerebro
y me quemó la idea aposentada.
Negación, fábula rasa,
vacío entero, nada.

ALMA DE MIS ESTROFAS

ALGUIEN LLEGA...

Mientras abajo, sobre un punto umbrío
del caos reverbera el sufrimiento,
el Padre, desde su inminente asiento,
los ojos vuelve hacia el sitial vacío...

Calla la Corte innumerable. Un frío
desusado recorre el pensamiento.
¡Gravita el no enmendado rompimiento
de la armonía del Augusto Trío!

En medio del silencio, la impasible
Divinidad aguarda incommovible...
Y cuando el «Consumatum» libertario

a las tinieblas con la luz suplanta
el Eterno, solemne, se levanta:
Alguien llega, maltrecho, del Calvario.

JUEVES SOLEMNE

Corpus. Sobre la curva
septentrional del sol,
todo el día cantando
un azul ruiseñor.

Todo el día. El enfermo
bebe del ventanal
la nueva droga incógnita
diluida en la paz.

Y el pescador recoge
desde el amanecer
melodías y peces
mezclados en su red.

Cántico impenitente.
Otro aroma a la flor.
Una ternura nueva
sobre la tierna voz.

Cuando el ocaso venga
dejará de cantar,
pero el campo se queda
vibración de cristal.

CALVARIO DE TACORONTE

¡Calvario de Tacoronte frente a la luna en huida!
Aquellarre de las sombras en los pinos verticales...
El silencio de las tumbas descrifiando las señales
trasmundanas, misteriosas, de la lámpara encendida.

Hondos estremecimientos que entre las copas arranca
tal vez el apasionado beso estrecho de la luna...
¡Calvario de Tacoronte! Nave negra en la laguna
de la noche adelantada, toda quieta, toda blanca...

Fantasmas encaramados en el ramaje imponente.
El pavor haciendo alfombra sobre los alrededores.
¡Cómo resuenan los pasos de los viejos labradores
que cruzan de vez en cuando frente al recinto durmiente!

Bajaron hilos de raso las estrellas culminantes
y enredáronse en los brazos superiores de los pinos...
Los sueños del firmamento, desde sus cuevas flotantes
también llegaron, Dios sabe, por qué azulados caminos.

Cosas extrañas dialogan en los rincones y huecos
con una voz que no suena sino para el corazón.
Se comenta en las tinieblas la noticia de los ecos.
Se dicen muchas palabras del tema desolación.

¡Calvario de Tacoronte, frente a la luna ambarina,
con tu montón de misterio, con tus ritos fantasmales,
junto al eterno sollozo de Magdalena divina
tras el cuadro de cristales!

AL CRISTO DORMIDO

Quiero, Señor, de tanto como ahí significas,
de tanto como ofreces y entregarás, el sueño.
Sobre la plata duermes, inacabablemente,
como el Arcángel máximo retenido y sin vuelo.

Pero el sueño es la toma de posesión del mundo.
Rembolsarse las alas de todos los jilgueros.
Ceñirse los azules y el sideral espanto,
y la mar quejumbrosa devolver el silencio.

Tu dormir ¡cómo pisa la astronómica escala,
los aurorales puentes, el gran río supremo!
Planta del Dios andante, cada vez más lejana,
vencidos los lenguajes y los truenos proféticos.
Remontándose sola, sencillamente linda,
la cometa soplada por los bíblicos vientos,
la cometa ascendente, más y más, a un arriba
de años-luz y posibles cráteres sempiternos.
Te marchaste, Hombre-Cristo, por tus ensoñaciones
de los ojos cerrados, ya totalmente vueltos
al relumbre imantado de la Bienaventura,
como el ave va al nido, como el barco a su puerto.
Y te fuiste sin venia ni nunciantes clarines,
un poder revolviendo su retina en lo extremo,
un nuevo continente que se lanza a la marcha
con propia vela virgen sobre ignorado océano...
un águila de formas todavía no dichas
abrumadora gravitando y subiendo,
victoriosa de incógnitas solfataras montadas
sobre la gigantesca medusa del misterio...

Tomo tu sueño, Cristo, porque es lo suspirado,
lo que no se conoce y dejaste en tu cuerpo.
Los párpados cayentes alzaron la muralla

descomunal que corta lo nimio de lo inmenso,
y es esa factoría de tus ángeles claros
lo que vehementemente apropiarnos quisiéramos.
Por doquier la simiente verbal ya nos germina
y en este mismo punto del que penden tus miembros
se eleva una cerrada sofocación orante
y un latido del tránsito que trazaste en el suelo.
Y hay el clavo en la mano y en el pie candoroso
con que el dolor prendiera su castillo de fuego.
El Dolor, una luna creciente sobre siglos
sin que jamás alcance su redondón completo.
Clavos de pies y manos, cuya punta, lo mismo
que el claror de la estrella más lejana en lo eterno,
su final horadante todavía no logra.
Y pasará en tal ansia todo el rigor del tiempo.

¡Pero el Cristo dormido sobre el campo de plata!
Tú, Señor, fantasía sin derrotas ni términos.
Estupefactos vamos imaginando apenas
que tu sueño es la toma de posesión del Cielo.

PARA DIOS

Aunque ya en los principios del tiempo le colgaste un cantar,
desenfunda otra vez, si Tú quieres, tu ritmo, Señor,
aquel ritmo mayor
de dulzura y caricia profundas con que te haces jugar.
Tus maneras de amor
yo te quiero escuchar,
y ¡oh, que pueda mi verso pequeño pasar
como, del tuyo, colaborador!

Ir derecho hacia tu alma, renunciando a combados
caminos retardantes..., me dice el corazón.
Voy derecho. ¿Mi andanza besaré tus estrados?
¿Y si la densa sombra me recata el rincón?

(Tu alma es como la mía
que muy frecuentemente se pierde en los parajes
de su predilección.
En una ola, un día.
Otro día en el cuento de unos príncipes pajes.
Otro, en la araña blanca de una infantil canción.)

Salir derecho... Caigo de improviso en la estancia
siguiéndole los pasos a un empolvado viento,
y hallo al sol hecho un cuadro brillante en la pared.
¡Una extraña fragancia!
¡Un mayor sentimiento!
¡Si estaré sobre el agua que pedía mi sed!

No hay nadie en el recinto. Nadie. Y no está el sosiego,
la dormida ceniza, la cuna mecedora?
No hay nadie de los míos. Se me ha matado el fuego
para resucitarte con el son de otra hora.

Ya sé que es corta ausencia la de la llama amiga,
que han de volver las manos donde mi paz consiga,

que moverán la cuna.
Ya sé que cuando caigan los pesos de la sombra
se tenderá en los cielos una alpacada alfombra
para rodar la luna, para venir la luna.

Pero la casa se echa pesadamente encima.
Tengo miedo al silencio y a la inmovilidad.
Lo que no veo y siento, siento que se me arrima
y me sopla en los ojos rachas de soledad.

¡Y si ahora el instante de la angustia trajera
diluidos el aroma pequeñín del Hogar!
¡Y si este miedo fuera
la sugestión primera
de ese espíritu enorme que he querido buscar!

¡Oh la rara fragancia, y el mayor sentimiento,
y la boca escondida de los soplos arcanos,
y este arrepentimiento
de estarme aquí, indefenso, tan cerca de unas manos

invisibles que pueden serme gratas o adversas!
¡Oh, los pasos que escucho rozando el pavimento
con un rumor de siglos en alejanamiento,
con ecos de las horas más viejas y dispersas!

Todo esto... ¡Y los perfumes recios del bajo antaño!
Y el eco de los llantos, y el paso de los muertos
y el paso de la vida!
¡Montón de ocultaciones alzado año tras año!
¡Reminiscencias, sueños y suspiros, despiertos
en una conmovida vigilia indefinida!

Alguien me quiere amar en este instante.
Alguien me va cargando de cariños
con su solicitud emocionante.
Colócanme el halago de los niños,
y el arrullo cantante
del dormir infantil que lento muere.

¡Momento singular!
Sin saber quién me quiere...
Sin saber a quién tengo que adorar...

Descansaré este extraño
querer sobre el escaño
familiar... ¡Oh, Dios mío!
¡Yo que no veo a nadie y él que no está vacío!
Un tropiezo. El asiento
no tiene espacio libre ni para un pensamiento...

Ojos pido que sepan mirar, llevar el tacto
hacia el lugar exacto
donde terminan todas las hebras diminutas
que toda el alma de algo dan comunicación.

Ojos que cuenten cuántas son las posibles rutas
seguidas por el carro real de la emoción.
Los últimos instantes.
La estrella de mi alma se va a llevar su luz.

De fuera llegan voces, ya cerca resonantes.
En un decir Jesús,
el sol movió su cuadro hacia el silencio hondo
y lo colgó en el fondo
metiendo en sus entrañas a una callada Cruz.

ISLA DE LA GOMERA

De mi mano, en la tuya morena enlazada,
diligente acudiste, Junonia pequeña.
Fue a tu casa de bosques la urgente llamada,
y aquí estás, de esta sombra sin término atada
blandamente, isla agraria, isla brusca y rondeña.

De esta sombra inmortal, que no es sombra, que es fuego
donde estuvo atizando sus leños la fama.
Donde al ritmo del diurno y nocturno trasiego,
llueven soles y azules sin fin ni sosiego,
transformando en un ascua el campestre diorama.

Y dirás que eres tú, exactamente, quien vino,
sin el gris antifaz que te prende la bruma.
Y estarás con tu bronco cantil convecino
refrenando «per secula» el choque marino,
disponiendo en dos alas la tropa de espuma.

Nada más que tu voz por la mía se eleva.
Es un aire muy tuyo el que ahora se entona.
Di con él a las gentes nivarias la nueva
del breñal y el abismo en que abrupta se encueva
la ternura incontable que tu alma amontona.

Te has traído una capa verdeante y movida.
Te acompaña el encaje del mar y su hondura.
Y esa falda en matices de bronce zurcida
no ha impedido que encuentres cordial bienvenida
ni que a todos sorprenda tu briosa figura.

Mas ¿no adviertes qué a punto se obró tu llegada?
¿No has mirado con qué clamorosa vehemencia
se le dice a esta ingente columna sagrada



que la tierra en que está se humilló enamorada
y a gargantas del cielo pidió su elocuencia?

¡Qué momento, Gomera, contemplas de efluvio,
de extasiado aplaudir a la alzada muralla,
firme mole aturdida de tiempo, el connubio
con la edad compañera del magno Diluvio,
pirotécnica rueda que en siglos estalla!

Es preciso, es forzoso, isla brava presente,
peñascal que he arrancado de su hosca tarima,
repetir a este Drago de sangre caliente:
«Nadie sabe hasta dónde te quedas vigente,
nadie sabe qué ocurre en tu asombro de sima...»

No, no es hora blandengue de fluída plástica
con un frío y banal desgranar de canciones.
Este día celebra su fiesta onomástica
un titán. Y al compás de esa talla fantástica
se requieren las salvas de ardidios cañones.

Que se escuche hasta el filo muriente del día
el rotundo y llameante bordón del disparo!
¡Que no calle hasta entonces la fiel batería
del espíritu en bloque que aquí se extasía
saludando a la gloria de su árbol preclaro!

Y regresa después, ¡oh, Junonia menor!,
al casal que escogiera tu paz de paloma.
Y te lleves vebrando en un vuelo el fragor
de esta atlántica, ardiente locura de amor
a tu alcázar de piedra en que el sol se desploma...

LA VIEJA CIUDAD

¡Dios mío, qué tensión impetuosa
me encendiste, de pronto, en esta magna
noche de plenitud, de luna entera,
noche de languidez más que colmada,
cuando le irrumpe al corazón el tiemblo
del cantar, y es un río de palabras
lo que surge, alborota y se despeña
buscando a Aguere en paz, hasta encontrarla!
¡Dios mío, Tú dijiste: «Indaga el grave
caserío, el archivo de unas páginas
solemnemente unidas a la Historia,
y que es jardín, y es fronda, y es plegaria»!
Y obedecí, portando el pensamiento
más allá del dulzor de la cañada,
por encima de tilos y eucaliptos
y de la oliente nube de la salvia.
Allí estabas, ciudad. Color de tierra,
color del monje y de la austera pátina,
puesta en la concha diluvial por donde
se tendiera a morir un día el agua.
Tú, la enraizada sucursal del tiempo
que sueña. Tú, sobre la insigne hamaca
del códice ejemplar —vejez y estirpe—,
por timbres y encomiendas acunada...

La hallé, Señor, y estaba bien despierta.
Mas yo sé que al unísono soñaba
su tea musical de viejos trinos,
su piedra en las canteras no tocadas,
y oyendo el primigenio verso virgen
del aire con rumores de batalla,
un aire respirado por pulmones
yacentes hoy en brazos de la nada.
Soñaba... Y era el pueblo inconstruído,
un hueco libre a las solares fraguas,

un ámbito capaz en los nocturnos
de dar un mar a las estrellas náuticas
—que las estrellas tórnanse veleros
cuando se cansan de saberse águilas—.
Soñaba Agüere... Y era sólo espectro
de sí misma, el vacío entre retamas,
entre taludes, vuelos, lluvias, bosques
y corpulenta orografía alzada.

Pero la vi asimismo con mis ojos
fuera de su ancho corro de nostalgias,
plena de humanidad y clamoreo,
copiosa en preces, rondas y campanas,
nítida, en fin, con ángulos domésticos
y en muros fuertes altamente clara,
tenida en vertical, sobre pontones
de cuatro siglos la arraigada fábrica.
¡Y oh, supreciado tedio sugerente
revoleando en los grises de su capa,
mientras las tardes tenuemente mueren
con adioses de sangre en las ventanas!

Habrá que hacer un día la visita
coloquial a la torre enterregada
que miró el transitar de las huídas
generaciones ya sin sol ni casa,
y pedirle la cuenta de los sonos
remitidos en vuelo a las montañas.
Y otra vez, adentrarse en la casona
rica de sombras bien configuradas,
por sentir el silente escalofrío
de estar codeando espaldas de fantasmas,
duendes queridos, sobrios, que descienden
sin osamenta, ruido ni mirada
del añoso retrato obscurecido
por hondas soledades funerarias.
Y habrá que hacerse un singular oído
para el murmurio de la añeja fama
y entender su engranada letanía
que habla de inviernos, charcos y tronadas.

Y alzar el aldabón del viejo inmueble
para resucitar las mudas cátedras
y saber que se yerguen voces, frentes
eternamente al tiempo encadenadas.
Y detenernos de improviso, viendo
combas hortenses por la alzada tapia
mientras sube en deliquio, emblandecida,
la femenina impetración monástica...

Esta Agüere, Señor, Tú me infundiste.
Su voz tomó retumbos de distancia,
como si el hondo recorrer los siglos
fuese el mejor pregón de su prosapia.
Así la entrego a tus sapientes manos,
hoy destellando como ayer brillaba,
sin olvidar que en el hondón del sueño
estaba en flor, aunque muriendo, un agua...

A LA REINA Y SU CORTE DE HONOR

(En una fiesta literaria)

Vosotras, juveniles damas,
y vos, la Reina encantadora,
que aquí portáis las oriflamas
anticipadas de la aurora...
Vosotras, el preclaro broche
de mil fulgores preciosistas,
que sois en esta augusta noche
las únicas protagonistas...
Una palabra inmaculada
que a vuestros pies dejar quería
como la ofrenda entusiasmada
de mi sencilla juglaría,
no me ha acudido, no aparece,
tal vez fundando su desvío
en que un vocablo desfallece
frente a tan prócer señorío.
¿Y no será, Dios soberano
que tal belleza construiste,
no será que en el idioma castellano
esta genial palabra aún no existe?

QUIETUDES

L A S O M B R A

Espíritu mayor. Más largo alcance.
Otro mundo alargado entre penumbras
donde es dulce el andar a ojos cerrados
para mirar mejor la forma oculta.
Las cosas son así. Se están muriendo
por la pupila que las apuñale.
Quieren sangrar su vida entre cuchillos
de la panoplia para agudos trances.
El libro amarillea, envejecido.
La pared toma gris. El fruto tumba
su sonrosado juvenil y monta
las galerías gusaneras curvas.
Hacia un morir despacio. Hacia lo triste.
Un decaer de sueño bien hilado
que toca incomprensión, nunca conciencia.
Y luego es un fantasma hacia el ocaso.
¿Sabéis mayor tragedia que la incógnita?
¿Dejar de ser eternamente, siendo?
¿Sin una huella que dejar hundida
en fibras, carnes, células o nervios?
Así ese libro, ese tintero. Así
la piedra y la madera circundantes.
Objetos compañeros, camaradas
de la hora bella o del minuto infame.
Y nos dicen: «Entrad a nuestro mundo».
Y nos lloran: «Estáis sordos y ciegos...
Queríamos desgarrar en la carne
y no nos cruza o besa ni un aliento...»

Entonces rememoran. Se revuelve
su sentir hacia dentro y van hojeando
poco a poco ese libro en que en renglones
de pasado dulzón se sientan años.
Y sueñan: «Una vez..., hubo una vez

aquella cosa fina, aguja eléctrica
que al penetrar dolía y complacía,
que invadiendo, al herir bálsamos era.
Era la sombra entre ceniza y oro,
niebla y poniente, frialdad y brasa.
Era una vez una chalina oscura,
un nombre, un tiempo, unas fogosas cartas...
Entre las grises piedras de un molino
quedó maltrecha la almoneda espesa.
Nosotras, pobres cosas, devoramos,
para tener un alma, esa molienda.
Arcón, breviario, candelabro, estampa,
el sofá, el clavicordio, el cañamazo:
Nos bebimos la sombra. El novecientos
nos dio su corazón desventurado».

DIA DE ANIMAS

Mis amigas, las ilusas palabras,
esta vez con sordina su cántico acercan,
veladas, sumisas,
ramilletes de humildes manguantes luneros
porque es la ocasión de a la espalda
dejar a la vida olvidada a su suerte.

La ocasión, ¡oh, mis gratas
sombras que alzáis la sonata solemne,
por si oís que escuchamos,
por si nombres y rostros y fuegos
cordiales, a la tempestad
del Tiempo humillaron definitivamente!

(El Tiempo es el ogro.
El Tiempo.
Ruge en el portal de la memoria
para que incomunicados los dos mundos queden.
Mundo de sangre, sol, los bosques,
la claridad, lo azul, el espejeo...
Y el otro, del reloj desmontado, expulsado,
navegando en una mar de distancia y quimera,
un buque fantasma fatalmente perdido
del que es timonel el silencio.)
¡Mis sombras ahogadas!
¡Mis nostálgicas sombras perpetuas
que cabalgan sin fin
en los conmovidos corceles del eco!

CANTO AL HOGAR

Esta canción es mía
que me la ha dado el fuego.

Soy el anciano espejo
ya olvidado del año en que nació.
Me trajeron un día
de aquellos en que había
más silencio en las calles empedradas.
Mi ojo nunca ha dormido ningún sueño.
¿Sabéis que he visto mucho
trajín frente por frente?
¿Sabéis que tengo un raro
corazón?
Lloro, como cualquiera llora
porque sabe del gozo enorme
que se supo encerrar entre paredes...
Lloro
cuando me falta alguna cosa
que se marchó en la nave de una tarde.

Hablo con quien me entiende
sea sombras, o brasas, o tiniebla de noches
o viento de tormenta.
¡Tormentas de allá afuera!
Aquí se amansan todos
los vientos revoltosos que aciertan a colar
su larga culebrina por la rendija estrecha.
No se viene a este sitio
sin antes despojarse de cascabelerías...

¿Por qué? Los santos rondan
por las habitaciones...
Los santos, son los viejos que ya no puedo ver.
Aquellos que besaron aquí, precisamente.
Aquellos que cambiaron arrugas por consejos.

¿Por qué no se permite
la zambra? Es que ella es loca.
No tiene en cuenta nada, no escucha tardos pasos
de rondas invisibles.
Se cree que es prudente
meterse en los asientos,
e ignora que no todos podrán estar vacíos...

Silencio, sí, que están en casa
continuamente en llanto algunas cosas.
Las cosas no se olvidan nunca
de que tuvieron compañeros,
manos, ojos, cabellos...

¡Ajá! ¿Y ahora el piano destemplado
aprovecha, en tocar, la media noche?
¿Es que han vuelto unas manos musicales
para la canción de Nochebuena?

Más pasos... Arriba
tuntunea la cuna mecida.
El chiquillo se duerme. ¡Caramba!
Por la oscura escalera, a saltitos
se le acerca al chiquillo aquel pájaro
que debía emplumarse de azul.

Entre la ceniza
se ha dormido el fuego.

PEQUEÑA ELEGIA

En la muerte de Armando Fariña.

La oscuridad, amigo,
no siempre es pavorosa y despreciable.
Hay perlas enterradas en las sombras
como hay pedruscos a la luz brillantes.
Propio de ti, con tu caudal guardado
fue en retaguardia penumbral quedarte,
contentándote sólo con la íntima
luciérnaga dorada que encerraste.

El sigiloso transitar sin ruido
por medio de la turba loquinaria
acaso es perfección de los espíritus,
la cierta aristocracia.
Y así pasó la vena
de tu corriente mansa.
Bien se sabe que todo movimiento,
real o espiritual deja unas huellas.
Bien se sabe que siempre existe alguna
mirada que nos sigue por la senda;
por silencioso que se tienda el paso,
por más que apague su rumor la hierba.

¡Te ha sorprendido, oh, noble
vate de la bondad resplandeciente!
En el camino vespéral y mudo
eran en ti dos dardos los ojos de la Muerte.
Ella entiende de gloria.
Ella tesoros de emoción pretende.
Y por guardar tu sonrisa triste
tuvo que apoderarse totalmente
del pobre cuerpo que marchaba solo
por la vereda que prosigue siempre...

TE MIRARA MI RECUERDO

No dejará de mirarte,
como fuiste, mi recuerdo
—que ya fue agriado con quietos
silencios y pensamientos—
aunque me digan locuras
desesperantes los tiempos.
Días, días, tantos días
que han de tirar por mi cuerpo
y por mi alma, te verán
dibujada en mi cerebro
con aquella faz nevada
de niña muy niña buena,
con besos en las pupilas
bellamente soñolientas,
con seriedad infinita,
con promesas.

Te mirará mi recuerdo.
Aunque te envuelva la noche
de lejanías trenzada.
Vivirán las devociones
que me supiste enseñar
en un pretexto de amores.
Si quisieras tarde, tarde,
saber cómo fuiste entonces,
cuando niña y cuando santa,
bien sabes tú para dónde
debe caminar la nave
que te acoja.
Si te acuerdas.
Si no hay sombras.
Si no echaste todo al vuelo
de las horas.

MONOLOGO

Sé que hemos caminado y caminado
muy juntos la tortuosa travesía,
frente de carne y óseas clausuras,
bandera individual, propia divisa.
Y sé además que el viento y que los soles
no fueron leve cosa fugitiva,
roce alado y sensual sin huella alguna
ni deseo de hallar hospedería.
Yo bien siento el surcado de la reja
que araba envuelta en plumas y sonrisas,
y tengo firme convicción de que eres
pedazo de tormenta y de canícula.
Virginidad había y nimbo infante
cuando echaron a andar a nuestra vida
las soberanas fuerzas impulsoras.
Un aura clara y limpia te envolvía.
¡Cuántos pasos trenzados, cuánta inquieta
conturbación de cascabelería,
cuánto elevar y decaer fantástico
sobre tu muro, tu ansia y tu vigilia!
Sí que hemos caminado, madurando
canciones precursoras de la dicha,
frutos de la esperanza vislumbrada,
manzanas de concordia presentida...
Y siempre, una ilusión, y otra ilusión,
y otra, y otra, y mil más, amiga mía.

Proseguiremos juntos. Y la marcha
continuará sin pausa ni fatiga,
y hemos de recoger más polvaredas,
más sinrazones, más acometidas.
¿Y luego? Está la meta, pronto o tarde,
presentando la línea de su orilla.
En ella nuestro paso detendremos
con la vacilación más confundida.
Yo... no podré elevar más nuevos cánticos.
Tú perderas el fiel que te equilibra,
y la alta vertical de esa muralla
caerá, arrastrando amor y maravillas.

EL PENSAMIENTO

Una brisa tardía, Juan, te ha hinchado
la camisola de labranza
con recuerdos enviados por el pino
que se quedó clavado en la distancia.

Sobre tus surcos va cayendo
tarde y más tarde, y tú no acabas
—tan largo es— el pensamiento
por la zagala...

¿Qué se te han hecho los donaires,
el movimiento y las palabras?
Juan, esta noche faltaremos
de la taberna. Iremos a tu casa

para robarte la escopeta
que ya se enamoró de la zagala.
Para que duermas, hombre,
hasta que el alba se deshaga.

ENFERMO

De dentro a fuera, una aurora nostálgica.
De fuera a dentro, un trabajador sigiloso.
Por el tejido horizontal
fiesta mayor del microbio.

Sí. Con banderolas y gallardetes, con danza y canto.
Ni se entera la oreja ni atisban los ojos lejanos.
Sueños, ansias, traslados
a paraderos de remansos.
También una faena permanente,
una fragua, una fiebre.
Y los ojos, como tomavistas, en los panoramas.
Y los pies, con la vereda deseada.
El corazón, con la muchacha serena.
Todo el cuerpo en instantes fuera de dolencias.
El sudario no alcanzó a la calle,
pero paciente se sentó en la próxima.
Un interrogante está trazado
de la guadaña hasta la alcoba...
y el niño salta charcos,
y se van a dormir los gusanos
y los pájaros.

LECHO VACIO

No hay más que un cuerpo adecuado
para estas sábanas de hilo,
para este molde hueco
bajo las tejas del invierno.

¿Cuál es el atajo
mejor del camino?
¿Cuál el camino utilizado
para ese cuerpo al pisar campo?

Sal con tus medidas tomadas.
Talla a todo el mundo,
metido entre surcos, gavillas,
viejas paredes y encinas.

Cuadrará a alguno que pase
tu ancho y tu largo.
No desmaye tu busca costurera.
Adelante, hasta hallarle
sea en las bonanzas o en las tempestades.

Fui. Sobre la tierra, el fracaso.
Me cansé midiendo
pantalones, fajas y refajos.
No me queda sino un triunfo subterráneo.

TENGO QUE REGALARTE

Para Ismael Domínguez (ya fallecido)

He encomendado al sol mis novedades
de amor para tu frente nueva.
Un día, el brazo culminante
las mandará aguardarte ante tu puerta,
con ese religioso
recogimiento de las cosas bellas.

Tú sabrás el origen del regalo.
Y yo, de un ala,
tomaré tu pensamiento amigo
que ha de venir cantando para mi alma.

Temo que mis envíos
no encuentren atención en muchas horas,
porque estarán girando infatigables
tus sólidas turbinas soñadoras.

Temo que se me pierda tu recuerdo
dirigido a mi blanco,
porque no sé, no sé, también podría
pasar tu flecha a un infinito rumbo
cuando mi corazón tenga soñando.

Empero, el sol, el viento y los paisajes rubios
no dejarán de ver lo que alto cruce.
¡Cuánto recuerdo y pensamiento andantes
pasarán ahora mismo
rozando carreteras de las nubes!

FRUSTRACION

No presenciar toda la vida
ni avizorar a un tiempo todas las ciudades,
y el pesar de un día oscuro
con sólo un pueblo abierto,
una candileja de conocimiento.

En las casas de huéspedes,
madrileñería e invierno.
La gaditana, frente al faro
de relámpagos.

El botonero del Lucus
engañando a los quintos y a la miseria.
Y al mismo tiempo, el Greco en su Toledo
y Zamora en Dublín de portero.

Las novias berlinesas
en el dancing revolviendo la cabellera.
París, eterna lamparería
despierta.

Tornos en turbamulta
y fila en la Plaza Roja.
La nieve con Lenín tendido.
Y el «Potemkim» lejanísimo.

La ciencia del panal mágico
y la sabiduría del hormiguero.
Y de la semilla del loto
el nacimiento.

¡Del mundo largo y ancho,
sólo este agujerito
pueblerino!



INCESANTE NOCTURNO

Esta noche, muy mía, se ha poblado
del sueño, que es decir yo sombra entera,
yo con espectros fuertes y en carrera
por un césped resuelto a flor de prado,
no sé si ya feliz, si enamorado.
Mi noche es ésta, encubridora en todo
cuanto a querer o aborrecer se diga,
a siempre amar o enternecerse, y siga
sin saberse en certeza, en ningún modo
si estamos sobre el cielo o bajo el lodo.

Esta noche, la fémina reidora
se desnuda, se tiende, en paz se duerme.
Queda, abrazando su lucero inerme,
profundizada al fin hora tras hora.
No es ella ya, ni es duelo, ni es aurora.
Y a la mañana vuelve. Quién sabría
de dónde, de qué vulgo o qué portento.
Recobra el ritmo de un sabido aliento,
pulsa la vida, en ella se confía,
deja en sosiego que la bese el día.

Y esa noche de todo vagabundo.
El sin casa ni lecho, abre su noche.
¿Será muy dentro, en su miseria, un broche
de libertad, un triunfador rotundo
o una piltrafa aparte sobre el mundo?
Qué oscuro, qué caverna, qué constante
cerrazón de bienquistos sentimientos,
las púas, los harapos, los violentos
maldecires... ¿O aflora su diamante
feliz bajo una niebla delirante?

Rubén, ¿cómo es tu noche ya tan larga?

Digamos algo. Dígase si vamos
torpemente olvidando tantos tramos
de tu escala, a la par dulce y amarga,
sibarita y gentil, u odiosa carga.
Nicaragüense torrencial, tu huida
por el nocturno ha rechazado el sueño.
Lejos, sí, con tu plectro marfileño.
Y en la sima, una exacta zambullida
por donde eterno tu motor trepida.

MI CODICIA

Yo soy un codicioso que atormenta
su propio corazón con la mentira
de soñar complacencias no alcanzadas,
de atraerse emociones no sentidas.

Envidio al nubarrón, que en marcha, deja
caer su negra sombra en la campiña,
mientras arriba, con su plomo, envuelve
por un instante a un ave fugitiva.

Envidio la grandeza de los cerros
más altos y arrogantes que perfilan
vagamente sus moles en la tarde,
tras el blanco cendal de la llovizna.

Al mar calmoso, que no estalla en olas,
quisiera arrebatarse la maravilla
del cielo azul, que en la pasiva lámina,
pone una inversa bóveda infinita.

Y a los ramajes de la fronda inmóvil
que allá, a distancia, sobre el alba, pinta
sinuosas curvas de un negror intenso,
postrer refugio de una noche altiva,

robar quisiera su misterio oculto,
por saber si es razón de su armonía
tal vez un sueño que posó en los troncos,
tal vez de un nido la morada tibia.

Mas por encima de todo ello, envidio
la limpidez de una mirada niña
donde, en coloquio espiritual se enlazan
la inocencia y la fe, siempre encendidas

como un reflejo de divina llama,
como un retazo de visión magnífica.
Dénme todos perdón... Lo necesito,
pues vivo encadenado a mi codicia.

CON EL SUEÑO DE DAVO

El remojado lienzo del Invierno
ya ves que pasa en su postrera danza
y no se sabe qué confusa alianza
con él se anuda en nuestro fuero interno.

Abril se acerca. Abril, con su gobierno
de flor, renuevo e íntima alegría.
Tal vez lleguemos... Sí, tal vez a ultranza
aún no hagamos sendas de lo eterno.

Pero los signos son de obstinaciones
en un pensar de oscuras proporciones.
Estamos tristes. Hierde la honda magia.

Abril y Mayo en puerta. Lo presagia
cierto desesperar inoportuno:
¡Ver que se van los nuestros, uno a uno!

ORACION POR UN POETA

Mi nubecilla, oh Inmenso, aún navega,
se arrastra, ya lo sabes, todavía,
tropieza con el viento día a día,
noche a noche su sueño la doblega.

Sigue conmigo entera esta refriega,
que tú sabrás por qué, dura o sombría,
me busca, arrolla o tumba en agonía.
Pero me vuelvo a alzar. Tu ayuda llega.

¿Qué me puedes decir hoy, del hermano,
la otra nubecilla que a tu mano
velozmente fue a dar, quedando quieta,

jamás vibrante ya, jamás sin voces?
Yo te ruego, Hacedor: no la destroces.
Salva sus credenciales de poeta.

LA JORNADA DEL MAESTRO

*(Versos a mi padre,
Don Guillermo Acosta)*

Padre, Maestro: Que ya es hora
de revivir. Es hoy tu día.

¿Te importa ser inanimado,
cuenco de nadas destruidas
o ese silencio entero, grave
o el ser mirada que no mira?

¿Te importa? Sí, lo prejuzgamos,
porque tu paz ya es larga. Linda
con insonoros impertérritos,
con friolencias instintivas,
y el polvo eterno, polvo pleno,
reduce toda brasa íntima.

Pena te tengo, padre. Ahora
tu honor profesional se inclina,
se duerme en absoluto sueño.

¡Y eras fornida maestría!
¡Cómo emborronas hoy el alto
fuego de ayer en tus retinas!

Tu día, hombre. Tu jornada
cumbreira. Y ya la olvidas...
¿Dónde la llama de tus gozos,
dónde tu perspicacia antigua?
Misterio, arcano. ¡Cómo duele
tanta mudez tras de la vida!

¿Será posible que una fecha
crucial, Maestro, que fue vívida,
nada remueva, nada sea?

Y eras fontana cristalina.
No me resigno... Sueño... Acaso
tiemblen de orgullo tus cenizas.

En el fallecimiento de Luis Alvarez Cruz, periodista y poeta.

LUIS, HACIA EL MILAGRO DE LO INMENSO

Tu hora solemne, hermano
de la palabra humanamente escrita,
que suene a inmensidad, que suene
muy poderosa sobre la batalla.
Tu hora de hoguera crepitante. Tuya
como el montón de leña
poco a poco elevando
la llama que ordenaste inextinguible.
Este Luis del otrora y del ahora.
Esta voz que jamás será insonante,
pues que no puede ni en su tramo de hoy
callar, bien pese a los eternos vientos.
Oh, quién midiera la ascensión jocunda,
con tino siempre y ejemplar sonrisa,
con pausa, de este hermano, este viajero.
Subes. Los siglos todos se disponen
a mirar el remonte extraordinario.
Ni tú mismo, andador de Sol y estrellas,
sabes si el viaje alguna vez acaba.

ESE HUECO EN EL MUNDO

¿Y si no existieras, y si una sombra más
no proyectara el sol, ni pintara «hombre» en las aceras?
Estímalo hasta el fondo de las no probabilidades.
El esqueleto es algo importante. Ninguno para ti alzaría
la verticalidad, ni aún el menor esguince,
ni sabrías hacer el decúbito prono ni el supino.
¡Ah, ni lo demás de una escultura llena,
carnada, ni unas compilaciones de organismo!
Escucha: no ser, y enteramente. Mientras otros
son el todo fluyente, andariego, despierto o con su capa de sueño.
¿Qué serían entonces palabras, coloquio, discurso comunicante,
el fuego animador, lo sumergido oscuro parecido
a cómo se entretienen éstos que yo contemplo
diciendo «amigo», «negocio», «broma», «torvedades»,
«insulto», «ruego», «la oración», «amor» y «ella»?
El vacío que tú no has cubierto y te esperaba
inútilmente. Ese hueco en el mundo
propuesto para todos y, para ti, jamás llenado.
Y si es que no existías, no vivías, el mismo mundo una noción inútil.
Tantas nociones. Arbol, buque, los estruendos guerreros por los campos
o su opuesto el silencio... Y el aire azul, lo azul de noche y en los mares.

Nada el ocaso ni los ortos múltiples. Enteramente nada
bosques, inviernos, entusiasmo, un cúmulo de nombres
horros de explicación. ¿Por qué, incluso explicarlos?

Pero sí, buen Guillermo, que estuviste barriendo con tu sombra la aldea.

Y entonces existir era correrse cuadros mundanales.
Entonces fuiste. La armazón completa de una máquina, hechura
de manos con espíritu, te cedieron la luz, lo bello, el arrebato.
Estuviste. Aún lloran los hijos fuerte, de cuando eras
viga central, la siempre mágica columna en casa.
También lágrimas bajó a sus mejillas la esposa,
mujer en pena. ¿Qué hacer? No pudo menos que seguirte, firme
siempre a su varón, por los senderos de la tierra profunda.

Casi estoy por decíroslo: pudisteis ahorrarnos el circuito
vuestro, recordador, perenne para estas mentes filiales
aún con corazones vivos funcionando.
Todavía por calles o moradas vuestro peso en ellos sigue enorme.
Pesáis bastante, padres. ¡Si no fuera este saber
de que os enredan sabiamente verdades tan eternas!

DE LOS CHICOS

ESTUDIO

Luisito ha pasado
la tarde en el libro.
El sol allá fuera
quemaba a los niños.

¿Qué hacían los pájaros?
¿Qué harían los brillos
de tantos cristales
heridos?

«Los tiempos del verbo
son cuatro... Han caído
tres hojas del árbol
que tiene el vecino».

«Los tiempos del verbo...
cuatro, infinitivo...»
Las dos suena el viejo
reloj del pasillo.

Afuera los hombres
trabajan sin ruido.
¿Qué estarán riendo
sus lejanos hijos?

El sueño le acoda
lento sobre el libro.
Papá en la antesala
tose. «Imperativo

es aquel que ordena
y exhorta... Los niños
estarán paseando
mañana domingo...»

Y SI DE IMPROVISO...

Esta pequeña mía
que yo he soñado anoche
no está, no está en el mundo
para tejerla amores.

El sueño es una nube.
La noche se la lleva.
Aquella niña mía
iba en la noche negra.

Ya es tarde. ¿Quién sabría
por qué parajes anda
la noche con la niña
de la carita blanca?

Cuando soñarla pude,
¿no es fácil que la encuentre
rondando por las calles
en otra noche ardiente?

¡Y no acordarme ahora
de cómo fue mi gozo,
qué haría con los labios,
qué haría con sus ojos!

El que lo sepa todo,
por mí no haya reparo
y diga si la espero
con otro sueño, o si hago

definitivamente
mi traje de nostalgia...
Es grave y algo triste

el no aguardar ya nada
de aquella pequeñuela
que entró y salió de mi alma.

Y si una vez... Y si
de improviso una tarde...
¡Las cosas del deseo!
Castillos en el aire.

LA ESPERA

Cuando cantas ahora, corazón de mi alma,
cuando cantas tan pronto careciendo de todo,
¡cómo lo harás después!

¿Después?...

¡Oh! Nada. Un rostro que se inclina a mirarte,
unas manos que tomen la fiebre de las tuyas,
otra alma con otro corazón
enlazando su blanca serpentina
a la columnita de gracia de tu cantar.

Nada. Les llega a todos. Todos lo alcanzan. Nada.
Pero cuando te otorguen ese ardiente «después»...
¿Has guardado el sonido más infantil del mundo,
más infantil del cielo? ¿No lo has pedido aún?

Cuando cantas ahora...

Cuando esperas y cantas sin motivo ninguno
viendo, sólo, distantes polvaredas viajeras
de esperanza...

NACIMIENTO

Antes, una difusa maravilla,
cintura larga para el mundo entero.
Prodigio entre prodigios. El primero.
Desconocida faz, lejana orilla.

Antes, labor de sueño que amartilla
rosas al corazón pensamentero.
Ojo en la lejanía. El ventisquero
frío. Temor. Aurora en la mejilla.

Pero la nave se avistó cercana.
Llegará. Gallardetes. La mañana,
para ayudar al cable ofrece el hombro.

Y nada más. Un corazón sonando
y el mismo Dios que baja caminando
para poner su ritmo en el asombro.

EL NIÑO ESTUDIANTE

Por el portón del Instituto,
calzón aún corto, ya se ha hundido.
Es primer día y día nuevo
para este mundo y estos libros.
Poco antes iba, libro al brazo,
con el cerebro muy ceñido,
por calles, piedras, dulce azul,
sonoridad y rostros vivos.
Mas él miraba al corazón,
un loco bueno y divertido.
No reparaba en luz sonriente
ni escaparates ni en los guiños
de la escapada mariposa
que le hizo centro de sus círculos.
No registró la reverencia
de la palmera y de sus nidos.
Nada a la vista, sino el gozo
de dialogar consigo mismo,
y oído pleno para el aula
donde dibujan su destino.
¡Curioso chico, enarbolando
mi propio nombre y mi apellido!

MUÑECA

¿1850?

Este sombrero de trapo
tiene una cinta, cintilla
de banderín colorado.

«Liberales, liberales...»

Tu sonrisa y unas balas.
¡Qué secretos y conjuras
desconoce la muchacha

que te alborota el cabello
rubio, de humo y batallas!
¡Márchate, niña, y a ver
qué ocurre en las barricadas!

Y no me vengas después
con desgarraduras largas,
goteando tanta sangre
de serrín y porcelana.
¡Que te entierren en las zanjas!

NOCTURNO AL HERMANILLO

Hermanillo, ¿tú sabes dónde estamos?
Estamos en el fondo de la noche
naufragados.
Nadie se defendió del cataclismo
y sólo en la celeste superficie
unas barcas, las estrellas, van al paio.
Nuestro cuarto ha encallado mudamente.
No sirven ya mis ojos. No hay mirada
que horade los tremendos espesores
de esta tiniebla oceánica.
Tú, junto a mí, dormido, como ahogado.
Yo, a punto de morir también en sueño.
Si Dios no nos salvara a la mañana,
hermanillo, ¡qué pronto acabaremos!
Y eres tú el de los proyectos formidables...
Ser Lindberg y Charlot, algo que asombre.
Tener un perro grande policía.
Disponer del azúcar a montones...
¿Dónde tu corazón? ¿Aquí? ¿Más lejos?
Mi mano por tu carne anda y repasa
buscándote esa cosa que, en el día,
acomete, dispone, adora y canta.
¿Qué empresa en este instante estás forjando?
¿Por qué montañas u hondonadas cruza?
¿Entre qué manos de gigante o de hada
se resuelve en el alba su fortuna?
Ritmo en tu pecho nuevo. Ritmo sordo.
Como el rumor de lo desconocido.
Como promesa de placer distante.
Como inminencia del mayor peligro.
¡Y esta inquietud por ti, mi almita hermana!
Y este temor de tu futuro incógnito.

Acaso un hombre, todo un hombre fuerte.
Acaso un nuevo esclavo entre los otros...
Hermanillo, el naufragio de la noche
te tiene a ti y a mí, y al mundo entero.
Ya no existen las tablas salvadoras.
¡Y naufragan también los pensamientos!

*En el album de la
Srta. Teresa Ojeda G.*

CUENTO

— I —

Esta noche nació un niño
en casa de Mariflor.

— II —

Mariflor llora en su lecho
cosas de celo y dolor
porque el niño es el amado
de papá, mamá y León.
(León, perrito de lanas,
¿no escuchas a Mariflor?)

— III —

¡Pobre perrito yacente
al alba, en el corredor!
Tijeritas de costura...
venganza de Mariflor.
La sangre... ¡Cuánta ha salido!
Derramado está el amor.

CASAS DE BARRO

El otro jueves, dejó,
cuando fue a ver a la abuela,
una casita de barro
junto a la casa de veras.

Por el camino, de mano
de mamá, en su casa piensa.
La abuela, ¡qué lejos vives!
Y mamá, qué paso lleva.

El pensamiento del niño
ha echado una gran carrera
y allá, en su casa de barro,
espera al niño en la puerta.

Mamá, mamá, ¿se ven ya
los perros en la cancela?

CANCION DE LA PEQUEÑA FIESTA

Tú, chiquillo, con pupilas
de sorprendida mirada,
tiernas manos de renuevo,
pura frente, en la que bailan
el tiovivo, los tambores,
las chorreantes bengalas.
Tú que acudes el primero
por las veredas del alba
para que la fiesta entera
cruce, mas no se deshaga,
y por ello está tu ciencia
tantas horas desvelada,
tantas noches recogiendo
clamores de las campanas,
el riac-riac de las ruletas
por rutas claveteadas,
la copla de los cantores
al paso de las parrandas.
Tú, que te vistes de nuevo,
traje corto por tu estatua,
traje de luces el pecho
y de sorpresas el alma.
Tú, amiguito, gran testigo,
notario de unas jornadas
que al anochecer encienden
rosarios de luminarias...
tienes la suerte más bella,
suerte que llega de cara
para que hagas el depósito
del cohete, la cascada,
de la cascabelería
suelta, alegre por la plaza,
de las músicas, los corros,
los gritos, las carcajadas.
Todo lo guarda tu río
burbujeándote de infancia
que mezcla cantigas nuevas
con viejísimas cantatas.

Tu río es Ebro estruendoso
de corriente despeñada,
un caudal que no termina
de acopiar ondas y aguas,
que en ningún mar desembocan
ni las tragan las distancias.

Te envidio, como si un oro
muy mío me arrebataran,
como si tras el tejer
mis hombrunas caminatas
y ver el polvo en montones
sobre anhelos y esperanzas,
un cataclismo imprevisto
mortalmente me cegara.

Sé que irás pronto hacia el mundo
Ya cumplirás la obligada
pena de ponerte años
donde hoy sólo hay fuente clara.
Serás hombre hecho y derecho,
niño de risueña traza.
Pero eso sí, te aseguro
que ni edades ni añagazas
revolcarán estas horas
bonitas, pintiparadas,
que San Sebastián te quiso
dar noche, tarde y mañana.

De tal modo está la fiesta
contigo, que se me marchan
hasta aquellas que yo tuve,
¡ay, tiempo!, coleccionadas.

Una canción a esta fiesta,
dijimos... Como una página
musical que suene en lo hondo
de unas épocas lejanas...
¡Tan sugestiva y ardiente,
se encuentra, tan inmediata!
Eres tú la canción misma,
tú la canción anhelada.

CUENTO INFANTIL

En un reino distante,
del lugar donde estás, lector pequeño,
y al cual nunca ha llegado un caminante,
había un gran palacio de diamante
precioso como un sueño.
Figúrate cuán bello no sería,
que al levantarse el sol de cada día
sobre las cumbres, era
el palacio al brillar como una hoguera
que de todos lugares se veía.
Ya no la puedes ver porque no existe.
No la quieras hallar. Cuando naciste
ya hacía muchos siglos del suceso
que te voy a contar. Atiende. Empiezo
por decir que aquel reino ya está triste
y ha perdido su fama y su aderezo.
En el misterio de su gran recinto
que alguien dice encerraba un laberinto,
jamás había nadie penetrado
porque estaba vedado
su interior por leyendas ancestrales
hasta para los mismos ojos reales.
Sucedió que un infante
curioso ante la enorme maravilla
se adelantó una noche hasta la orilla
del lago circundante
e impulsada por remos su barquilla
llegó al pie del palacio de diamante.
Pero vio que escalarlo era imposible
pues toda su armoniosa arquitectura
se alzaba allá en la altura
de un agudo peñasco inaccesible.
Tenaz era el infante, apeló a todo.
Y al sentirse impotente

para hacer suyo el triunfo, de repente furioso, llamó al diablo de este modo: «Satanás el maldito: ¿harás que huya devorando mi enojo y mi fracaso? Franquéame tú el paso. Si me ayudas y entro, mi alma es tuya». Apenas la promesa terminada, horrisona sonó una carcajada al tiempo que desde alta celosía una escala de seda descendía. Subió el infante presuroso y luego de desaparecer por una arcada, la luna ya asomada hizo brillar la mole con tal fuego que el temerario infante con la luz despedida del diamante desde el primer momento quedó ciego, y en seguida los genios infernales de sus simas hirvientes una explosión lanzaron, obedientes a un mandato de Dios. Y aquel palacio destrozado ascendió por el espacio en partículas bellas... y el firmamente se llenó de estrellas.

.....

El infante murió en la sacudida y de su adversa suerte más no te hablo porque es cosa sabida que estando un alma al diablo prometida tarde o temprano la recoge el diablo.

EL NIÑO DE LA ESCUELA PLAYERA

A mi hija Amaranta

Una vez, cuando casi todavía la infancia
retenía en mis ojos su clara banderola,
cuando el gorrión cantaba más en mí y en mi oído
que en su percha de varas en la higuera coposa,
una vez, ya te digo, prorrumpí en la alabanza
del chico de la escuela, de su estatuilla heroica,
del círculo alumbrado con la linterna mágica
que la ilusión sin freno perpuntaba en sus ropas.

Hoy reencuentro a este nimio protagonista. Vuelvo
con él, iluminado y uncido a la memoria,
y me parece alhaja quebradiza perpetua,
frágil brizna en que el viento puede ensayar sus ondas.

El chico de la escuela... Y no es aquél, rellenos
sus mofletes de campo, o el de la voz de alondra,
ni el que en granja o plazuela de modestias rurales
lleva en los ojos todas las cumbres montañosas,
todo el césped de mayo, todo el trigo agosteoño,
todo el agua del cielo que en los diciembres ronca.

Eres tú, el de la playa con la arena costera,
tú que altivo desprecias los brincos de las olas,
tú, chiquillo, que cantas con el lápiz plomizo
y entre mapas y tizas navegantes historias.
¡Ah, la frente, la frente compañera del ancla,
del marisco pobrete, de las lancheras bordas,
la frente ensimismada con la pequeña ciencia
sobre el mudo pupitre y con su Dios a solas!

Que afuera, en lo liberto de firmamento y agua
griten invitaciones las rondeantes gaviotas,
Que las guitarras duras de la pleamar hirviente

rasgúen sus baladas de amor para las rocas.
No estás tú para nada que a los juegos convida.
Con mil lazos sedosos el deber te aprisiona,
y es prisión tanto nombre de las islas lejanas,
y el número y la terca lectura sustanciosa.

Bien que sí, que las sales, los musgos y callaos
con su esencia te calan el vivir en que afloras
y no sabes hurtarte al brebaje marino
cotidiano, que eleva por tu salud su copa.
Bien que estés orillando ciertos días el drama,
ciertas noches la oceana locura tormentosa,
tan pequeño y tan débil, de cara al enemigo,
hasta tocar el centro del color y su escoria.
Pero así de inocente, de mísero olvidado,
como estoico cachorro de titán tú te amoldas
y repulsas un mundo de piedad desprovisto,
y rechazas la garra del rebozo que ahoga.
Y entretanto... Entretanto el cerebro regalas
como cede la lluvia su cántico de gloria,
y en el aula sumerges amor y fantasía
y el decidido impulso que otros velos descorra.

¡Chiquillo! El de las manos tan pronto castigadas,
el del brisote hurgando tu cándida persona:
te he traído conmigo para cantar tus ternuras,
tu decisión hombruna de enemistadas horas,
y te traigo, soñado, con el libro delante
donde dan las palabras sus rutas prodigiosas.
Y el maestro, el maestro vigilante y amigo
de tu paz y tu alma camino de la aurora,
aún hoy que es su día, su onomástica austera,
al timón de la nave, perfilado en la sombra...

INOCENCIA DE NIÑO

A mi hijo Arcadio

Deja que el sol, mi amor, tu frente encienda,
tu frente en donde todavía el alba
no acabó de vaciar la abierta valva
y al oro vespertino se encomienda.

Esta es por hoy nuestra más rica hacienda:
tú, el de los sueños de color de malva,
tú, iluminado, un mirto en que se salva
mi alma con sus propósitos de enmienda.

Pronto, mi amor, la noche estará encima,
pues que su vuelo mudo se aproxima
con la celeridad de un meteoro.

Yo podré sumergirme sin regreso,
mas tú, chiquillo, quedarás ileso,
salvo y fulgente en tu fanal de oro.

ACCIDENTE

A mi hijo Julio

En la mejilla izquierda, tus dos puntos
regalo de la Casa de Socorro
y ahora cicatriz que hará bonito
cuando te ganes la peluquería
del mil novecientos ochenta y seis.
Tu cicatriz. Como una antorcha rosa
pregonando un puñado de Años Nuevos,

Recoges tierra en las rodillas, oro
de un Genil discurriendo por la casa.
Pero eres rey de puertas y escaleras,
el cetro una escopeta sin cañones
que dejó Baltasar el treinta y cinco.

Todo el rumor de dentro te enardece
para escalar las mesas y butacas
y conquistar al fin el molinillo
del café remontado en la despensa.

Lucha lo rubio de tu pelo corto
con el azul que tragan las palomas
cuando sales al reino complicado
del adoquín, los autos, las esquinas,
la huerta con el árbol imposible
para tus dedos, más merecederos
que los que peinan ramas bajo el viento.

Te pasman las estampas de aquel libro
tan poderoso, tanto, porque es mío,
pero te suena el grillo de rasgarlo
para saber qué hay dentro en los dibujos.

Y duermes como un Dios. La turbamulta

de tu misterio niño detenida.
Leve respiración, hebra de plata
que colgará en canciones venideras.

Así no sabes del alzado vórtice,
tu espada de Damocles, recayente
con maravilla de futuro— encima.

No sé, no sé qué haremos ambos
cuando el barbero armado te destrone
y la casa sin rey tal vez prosiga
vibrando, pero no posiblemente
para ninguno de los dos que ahora
entrelazamos las dispares manos...

A VISTA DE NUBE

La calma está tendida
flotando con sus velos
como un loto, en los aires
temblantes de olor jardinero.
La cabellera, al Este.
Los ojos, al eterno
y sordo azul tranquilo,
gran vía de ángeles y cuervos.

Abajo, muy abajo,
el dibujo del pueblo,
donde se mueven puntos
negros de espaldas y sombreros.

Por milagro ha subido
la campana diciendo:
«Buitres, azores, águilas:
el chiquillo del sastre ha muerto».

En el dibujo ahondado
los techados muy prietos,
los mogotes ariscos
y suspensos molinos de viento.

Ahora el campanario
todo escala los cielos:
«El chiquillo del sastre...
ya marchan por el predio...
los amigos lo llevan
a jugar el último juego...»

EL REGRESO DE LOS NIÑOS

La noche, disparada hacia las tierras,
caerá vencida en el tejado rojo.
Y la visita de la sombra nueva
vendrá a sentarse en el rincón más hondo.
Allá fuera, en los cielos remontados,
las palomas dejaron sus redondos
anillos puestos a la tarde turbia
y se marcharon hacia el sol agónico.
Regresan ya los niños.
En mi casa penetra el alboroto.
¡Qué cansancio traerán de la jornada
los maltratados trompos!
Este es el ruido grato
que me levanta el corazón en sueños
y lo llama a un jugar estrepitoso...
Porque hay la risa larga
desovillada entre los muebles sobrios,
hasta dar en la cara al caballero
blandiendo espada del colgado cromo.
Porque ha entrado con ellos
mi recuerdo bañado por el polvo
de un camino de días largo, largo,
para darme un abrazo silencioso.
¿Y ahora, pensamiento preocupado?
¿Qué haremos de tu anhelo melancólico,
y qué de tanta reflexión tejida
para suplicio de momentos solos?
¡Qué cosa el pensamiento!
¡Y qué majadería el verme otro,
sin poder hacer bien el camarada
de estos amos de todo,
de la cuadrilla que llegó a la cena
con las blusillas y calzones rotos!
Mis hermanos pequeños han traído

restos del sol poniente entre los hombros...
La atención de los pájaros del parque
cayó al cabello y lo dejó sonoro...
Pronto, cuando las manos de juguete
se purifiquen con el agua; pronto,
cuando se rece al Ángel de la altura
y la noche se meta con sus ojos,
habrá un espejo en que mirarme triste
y ver cómo perdí mi gran tesoro.
¡Oh, mis horas de chico
revoltoso!
Ya no tengo mi príncipe y mi cuento...
ya no sé del gigante ni del gnomo...
Me borraron los tiempos el palacio
inexpugnable para el lobo...
Aunque incline y ponga abierta la mirada
sobre las cuatro frentes tejedoras
de sueños fabulosos,
¡oh, no, no podré verle la silueta
de la princesa de cabellos de oro,
ni al castillo encantado
residencia del ogro!
¡Quién lo hubiera sabido,
Señor de los destinos milagrosos!
¡Quién lo hubiera sabido, para entonces
pedirte una niñez tan grande como
la de los angelotes
de los alrededores de tu trono...!
Ahora, ¡ya es muy tarde! Te he burlado.
Tu Ley debe guardar mi rastro indómito.
En vano para mí cantará el pájaro.
En vano he de mirar niños en corro.
¡Para nada que a ellos enterezca
se han de abrir los portones de mi asombro!

LLUVIA

El niño de mirar azul
trajo cabellera de agua.

¡Cuántos hilos en el cielo
le han salido a la mañana!

Arbol grande, tengo hambre
y tú tienes tu paraguas.
Arbol, mi mamá me llora.
¿Quién me da una mano ancha?

Nube, yo no te hice daño.
Préstame un poco tu capa
para que mamá se ría
de lejos en la ventana.

Ay, las cuerdas de agua fina.
Ay, el niño por las charcas.
No quiere el árbol ser árbol
ni la nube estar anclada.

¡Niño de mirar azul
sin capita ni paraguas!

EN UN CUMPLEAÑOS

Para Olga Darias, hoy

Esto es vivir un día más. Viviente
con sueño alegre de otro sol distinto,
con otra flor al pecho, ese jacinto,
esas orquídeas, el geranio ardiente.

Será un mirar benévolo a la gente
desde la intimidad, desde el recinto
donde ternura y gracia y laberinto
pulsen al corazón, hoy más batiente.

Señoreo, además, de lo que tocas
con pupilas y manos, y ansias locas
de eternizar la plenitud de un día.

Que así sea, vehemente compañera,
y desde dentro sientas que el afuera
todo es joyante cascabelería.



ONOMASTICA Y CUMPLEAÑOS

Años por ti y por mí. Los tuyos, pocos
pero sin duda mágicos, brillantes,
y en cada uno júbilos bastantes
con isas, seguidillas, sirinocos...

Edad y Santo entrégante hoy sus focos
a la par. Te remiran abundantes,
y yo, en silencio cruzo estos instantes
hinchéndome de amor, de gozos locos.

Miro mi rostro impuesto sobre el tuyo,
y en esta identidad nada rehuyo:
la juventud que fue, su luz fantástica.

Te envidio un poco. Mas, con ello, entrego
la recóndita brasa de aquel fuego
mío, para encenderte tu onomástica.

LA PAREJITA

Sus nombres son Javier y Estefanía.
Entre los dos, un lustro solidario.
Ellos del Parque han hecho su escenario,
su propiedad de patos y de umbría.

El columpio. Ese viaje cada día
del tan celeste azul extraordinario
y que viene y se va, como incensario
de un templo sin campana o celosía.

Dueños de las palomas y los monos,
dueños de tantos encantados tronos
donde soñar mil glorias complicadas.

¡Mas ya se irán! En el avión corriendo
sobre la mar, la nube y el estruendo,
va el Parque empaquetado en sus miradas...

MI CARTA A UNOS
PRIMEROS 20 AÑOS

A Angel Miguel

Hijo: De una manera irresoluta,
sin comparar tus años tan iguales,
íntimamente canto a los modales
tuyos, que un ser muy íntimo ejecuta.

Bien me sé que revientan de una gruta
colmada por la luz, esos vitrales
donde el color de bienes y de males
fúndense en una plástica absoluta.

Hijo: me da alegría tu optimismo
sin distinguir si es cumbre o si es abismo,
sin separar el sonreír del llanto.

Bendiga el Cielo amor, genio y terneza
que, cuando casi tu vivir empieza,
sobre mis hombros me ennoblecen tanto.

PRIMAVERALIA

A mi hija M.^a de los Angeles

Las alas rayadoras consumen curvas, guiños
solemnes. Son, tan altas, totalmente el silencio.
Tanta circunferencia para elegir las rutas
del enorme remonte. La mudez, su misterio.
Con oro o con mil lluvias (los plateados chubascos)
van las alas atando celestialía o predios.
No sabe nadie cuando todas desaparecen,
si es de azul, de inocencia, de amor, su cargamento.
En el volar distancias con gula de infinito
mirámoslas. Acaso, perdidas las creemos,
embarradas del aire, del clamor, de neblinas,
quién sabe... Tan arriba, que desaparecieron.
Y luego, luego, luego, es decir, aguardadas
en las reapariciones, volviendo como sueños.

Dejo todas las otras notas de abril viviente
—porciones del ramaje, los encendidos huertos,
el estallar de brotes o acuarelas en montaña—.
Las olvido. Me ganan los dioses de los vuelos.
Y atento, y hondamente me pongo a penetrarlos,
a inquirirles la magia del culminante ondeo,
del no cansancio, del silente galanearse
contra la incalculable cúspide del cielo.
Abril, propicias alas
ganando firmamentos.

NARRATIVA

CUENTOS

TRES JOYAS DEL AGUA

I

Acabaron los saltos de altura y el tronar y ulular bajo las cenizas estelares. El agua marina pregonaba mansedumbre al amanecer, y precisamente entonces, cuando la invasión vesánica se retiraba, dejando mojadura extensa por sobre los malecones y superficies playales, apareció la mujer triste.

Iba a suicidarse, lejos de toda frecuentación humana, al hacer su entrada por el espigón pesquero. María había perdido a sus tres hijos, pequeñines, en el incendio de días atrás que arrebatara su casa, su ajuar y sus enseres, dejándola virtualmente desnuda de apoyos materiales. Y, por si era poco, el huracán del fuego le carbonizó sus retoños. ¿Vivir? No hacía falta. Le habían roto despiadadamente todas sus ataduras, y ella quería abandonarse a la corriente del naufragio entero.

Pensó en despojarse del vestido, pero pensó también inmediatamente que su pudor no debieran profanarlo ni siquiera las brisas del alba o los besos salobres. Entraría al mar con su completa vestimenta, tal como entre los vecinos era mujer considerada y hembra pudorosa. No soltaría el cabello ni descubriría su juventud corporal que sabía plena de riquezas esculturales. Pero sentía el temor profundo a su carne débil que, si se recorría abundantemente de enérgico espíritu, en último término podría desobedecer el superior dominio y tratar de salvarse. Sabía nadar, y ahora maldecía este saber que databa de su primera juventud plagada de ilusiones. Y conocía su fortaleza para sobrellevar una inmersión prolongada durante la cual indefectiblemente llegarían los salvadores, sean quienes fuesen.

Sin embargo, hizo el lanzamiento. El agua se abrió sin apenas salpicar, y esta blanda boca inmediatamente cerró sus labios. María fue hacia la hondura, mientras el rosa del amanecer se iba más enérgicamente pintando en las puertas del horizonte.

II

Primero fue María Estrella, la más chiquitina. Llegaba entre las ondas, por ellas cubierta y orlada, con sus rosadas carnes de angelote. Sonreía con labios de dibujo maestro y con azules ojos de divinidad.

—Te busqué y te he encontrado, mamaíta. Ya estoy tranquila y vengo a alegrarme contigo, después de hallarme tan sola y sin tu compañía. ¿Sabes que grité de espanto, que lloré de desesperación ante el fuego terrible? ¿Sabes cómo me sentí devorada y cómo alcanzaba hasta los cielos mi voz de niña sin amparo? Pero eso pasó. Yo sólo quería después saber en qué lugar estabas, y continuar aquella manera de hallarme siempre en contacto con tus ojos y tus brazos. ¿Por qué las llamas habían de quemar tan magnífica costumbre? Bien; ahora seguiremos la interrumpida unión: tú, descargando sobre mí el inagotable raudal de miradas milagrosas, y yo, atán dome fuertemente a las raíces de esos ojos incomparables. Aunque yo juegue —porque tengo también que jugar, como siempre— permaneceré dentro de la órbita protectora de tu frente bella, y al alcance de la cuna de esos brazos...

La carita quedó extasiada, onduladora con el vaivén submarino. Y enmudeció brevemente como para hacer mejor la adoración filial. Luego dijo con la idéntica vocecita gloriosa de canción y mimo:

—Fíjate bien ahora. Por allí, detrás de mi espalda. Verás cómo aparecen. Ya salen. Un poquito oscuros, como lejanos todavía. Pero vienen, vienen, y se iluminarán plenamente.

Eran como dos corales torneados subiendo la inmensa sima. El nácar, aún difuso, aunque sin pérdida entera de su agudo resplandor.

—Llegamos, llegamos, llegamos...

Y los menudos peces que llevan plata en el vientre y luz de cumbre en el dorso se les apartaban del camino para verles pasar.

—Buenos días, mamá. Soy Felicín, ya sabes: el único Felicín del mundo. Con su calzón blanco y su dorado pelo.

—Hola, queridita, mi buena mamá. ¿Te habrás olvidado de tu Armandita, esta «buena moza» que siempre decías? No me olvidaste, porque veo que sabes, como antes, sonreirme.

El alba continuaba pisando su alta vereda, devolviendo la

nieve a la espuma cantante por las playas. El alba construía desde lejos torres, montañas y promontorios; casas, veletas y pinares; y hacía nacer completamente la redondez del firmamento.

—¿Qué creiste? Contra mi calzón de fiesta no valen poderes. Contra el oro de mi pelo nada pueden siniestros ni pavores. Aquí los tienes con la misma eternidad que tú les diste.

—Y aquí puedes mirar mis abundantes trenzas, igualmente triunfantes, señora mamá. ¿Te las tengo que devolver? ¿O las sigo llevando, como anoche, cuando tan gentilmente dormía y soñaba con un tibio y prolongado beso tuyo? Soñaba que no acababas de besar...

—Tonta, ¿no recuerdas qué pasó?

Felícín ponía entre las aguas temblantes una suficiente sonrisa de hombre sabedor.

Y sonreidores, tremulados por el cristal silente, así se quedaron los tres, adorando.

III

¡Oh, todavía había motivo fuerte para vivir! Si ella muriera, sus tres niños no tendrían ya a quien venir a reverenciar tan dulcemente. Ya esto sólo basta para que los brazos se devaneen y apuren en busca de la salvación, en nueva demanda del amanecer que estaría ya abierto y pleno. Horas nuevas deben venir, tan dichosas como ésta, en que se repita el reencuentro con sus tres joyitas familiares.

Por eso, ¡qué potente afán de subir, ganar la superficie, respirar!

Pero lo que las olas trajeron, al mediodía, para entretener la soledad iluminada de la arena, era sólo una escultura quieta, fría, tendida, una magnífica modelación capaz, eso sí, de rivalizar con la diosa que también subiera del embrujo de las espumas.

VIAJE NUPCIAL

I

Adelantada la tarde, escapándose ya por el único fonil luminoso del poniente, entrevimos en la sombra gruesa de La Bocaina la soledad ascética del islote de Lobos, como a media distancia de la lanzaroteña Playa Blanca (sal, costeros, molinetes de los salinares, estampidos de la pleamar creciente) y del lejano coto de caza de Corralejos, en Fuerteventura.

El islote traza su sombrío perfil de monumento entre dos aguas, y viene casi siempre a quedar solo, hermético, húmedo de aguas turbadas que le quisieran desgajar y barrer, para dejar llana, sin este tropiezo, sin este diente de honda raíz, la lengua azul que lame y chasca los dos enfrentados litorales. Al cruzar, nuestro barco sigue martilleando sordamente en sí mismo, como si la única vida posible y auténtica, sus horas serias de viajar, hubiera de ser extraída a costa del propio tormento. Y ha parecido que el menguado navío, ganando trabajosamente el salario de unas pocas millas, se sintió hermanado con aquel otro buque negruzco, el islote, que se ha negado definitivamente a navegar y echó en lueños días un sólido anclaje irresistible, descomunal hasta para el abismo submarino. Más sordos y augurales se repiten ahora los latidos del vapor en marcha, y tendrán que ser, no lo pongamos en duda, mensajes especiales para el bloque granítico y abandonado que ya olvidó su antiguo y entrañable ritmo interior y su ciencia de bogar.

A punto estuve un momento de decir a la linda pasajera:

—¿No parece una mujer tendida, ahogada y flotante, con azulenco color de cadáver corrompido?

Pero guardé para mí esta extraña influencia vespertina, cosa de melancolía ingrata, con que el vencido sol se nos despedía, cayendo entre el cielo del oeste y la torva silueta de Fuerteventura. La gentil viajera, a mi derecha, inmovilizaba su busto juvenil sobre los brazos acodados en la borda. La sentía lejana, como si en el atardecer marino sus ojos anchos, celestes, estuvieran atándose al férreo permanecer de los promontorios; como si en pacto incommovible con la distancia hubiese pasado ya hasta tierra todo el volumen soberano de

su espíritu, por el puente rígido de una única mirada permanente. La suelta cabellera, deliciosa inquietud de oro viejo en nubecita atada, prestaba alas de ilusión visible a esta alma fuera de sí misma.

Para novia (¡recóndito secreto mío!) la deseaba. Pero no tan deshumanizada como ahora, falta de voz, de movimiento. Novia a la cual, dentro de poco, vendrían las otras gracias escultóricas de un cuerpo en acción, a la que descubriríamos un musical acento, nuevas miradas emotivas y, como flor ornamental y concreción de gracia, la inevitable sonrisa presentida.

Hube de bajar a mi cabina, un rato después, cuando ya agobiaba la techumbre nocturna nuestras cabezas pensativas. Quedó allí, obscura, invisible de rostro, enigmática y quieta, la muchacha gentil. Junto a ella, en muelle asiento, hundido en el gabán ampuloso, se perpetuaba también el anciano acompañante (un austero y enflaquecido perfil saliendo por el ángulo de sombrero y solapa levantada). Ni una palabra entre ambos. Ni un ademán comunicativo que los uniera.

II

Antes de Gran Tarajal, última escala, desperté. Aún soñoliento, me hería crudamente la lámpara del camarote, dura, sin pantalla ni amortiguador alguno. La cerré apresurado, y quedó la estrecha estancia a tono con la vagarosa madrugada. Por la lucera abierta penetraban los cercanos siseos del agua, el gris extenso de la marea plena, sin espumas, la retintada sombra de la tierra que desfilaba enfrente. No estaríamos tan lejos de la costa, pues como fugitivas alucinaciones aparecían en una blancura atenuada surtidores de rompientes. La crestería isleña imperaba sobre un firmamento dormido en la estelar penumbra.

Espectáculo de fantasía y de entrecortadas líneas tenebrosas, ofrecido por la noche de mar, contagiando a todo cuanto no fuese la soberanía del agua en las altas horas de travesía. En el camarote era la obscuridad. Y era también un augusto silencio, mientras mi rostro en el círculo del tragaluz aún tenía toques de sueño e inquietudes de irrealidad.

Pronto, apenas un cuarto de hora más, se juntaría el barco al mezquino malecón. Unas sombras de grupos que aguarda-

ban, irían poco a poco sobresaliendo por el resplandor de los fanales de a bordo, que marchan a juntárseles. Y enseguida se encenderían vibrantes y cegadores, para alumbrar la descarga de agua dulce, los focos del muellecillo. Aparecerían las gentes de trajín, con toses de tarazada, los modestos familiares que vienen a despedir al soldado que embarca aquí, las muchachas con manteleta que despiden a la amiguita estudiante, la pareja de la guardia civil conduciendo a un prófugo, gentes de la casa consignataria con rollecitos de documentos. Y saludos aislados, con voces cantantes de juventud o voces apacibles y graves de personas de experiencia.

Pero antes de todo ello, la gravedad de estas últimas rotaciones de una sumergida hélice, cantinela incansable, oración acaso a los cercanos monstruos oceánicos que pudieran levantar para el navío sus poderes de naufragio. La soledad circundante oleosamente movible y bien despierta dibujaba en la semioscuridad marina cosas de tragedia y de tormento. Puesto a mirar fijamente las ondas más lejanas, sobre ellas aparecían torvos bajeles abandonados, siluetas borrosas de delfines, masas con semejanza a ballenas inmóviles y durmientes, paletadas de tinta nocturna trazando cuerpos muertos y dejándolos o hundiéndolos a capricho, inquietas bandadas de petreles como si a ras de mar hiciesen una misteriosa cena de madrugada. Y es que estábamos doblando una menguada punta baja con avanzadas de rompientes y sarta de escollera. Ya avizoramos las bajas luces mortecinas del próximo fondeadero. Alguna baliza adelantada, con lámpara de misterio y ateridos campanazos. Mañana, nuestros cuerpos fatigados por el continuo vaivén y el alucinante cabeceo, dormirán en tierra firme.

III

Cierto. Ya nos sentimos en el propio lecho deseado, el que por unos días tuvo que estar vacío de nosotros, que andábamos rumbeando por parajes marítimos del Archipiélago. Esta es otra noche, pero no de alucinaciones y misterios, aunque sí de dulce fatiga que esperamos pronto reparar. Truenan aún cercanos, por Triana, los últimos tranvías, haciéndonos vibrar con las familiares trepidaciones que alcanzan a todos los pisos y muros de la extensa barriada. El periódico de la noche acer-

cará a nuestro cerebro el sopor ya presentido por la laxitud de los músculos hace poco viajeros. De pronto, leemos ávidamente:

«...pues se trata de un verdadero drama en alta mar. Lo cierto es que el camarote apareció vacío al llegar el buque a nuestro puerto, y las búsquedas e investigaciones no dieron resultado alguno. Sólo a media tarde se pudo descifrar el misterio, aunque en parte, merced a un telegrama urgente recibido de nuestro corresponsal en Lanzarote, diciendo: «Vean ahí si esposos Joaquín Lozano Marta Escudero llegaron ese correo hoy stop Marta remitió carta a sus padres poco antes embarcar, declarando suicidariase en viaje stop Trátase matrimonio desigual edad que emprendía viaje novios stop Informen rápidamente si precisan detalles stop Asunto héchose público ésta, causando sensacionaza.»

EL PAISAJE ILUMINADO

I

EL VIATICO

Tengo entre mis manos las cuerdas de esparto que hacen vibrar a «María» y «Rosario», las dos campanas que al fin logré alcanzar y dominar. Hace un viento atroz, mortificante, y por los huecos del campanario puse los ojos en las polvaredas que se han levantado lejos. Están detrás de las higueras de doña Amalia, están en la Montañeta... Son unos remolinos delgados que parecen bailar toda la extensión, cubriendo a veces en la parte alta la marcha de algún cuervo cogido de improviso.

No estoy muy alegre, no. ¿El motivo? No me lo sé explicar, pero juraría que me apretuñan el corazón al pensar en ese hombre que vive para mí en ignorada parte y a quien darán el Viático enseguida. Unicamente sé que lo llaman Epifanio Ruiz, y el Cura salió hace cerca de una hora con rumbo a Tefía. Va con él Antonio el sacristán y un par de hombres venidos de allá. ¡Y este pícaro viento que estará cegándolos, como si fuera poco la molestia del mal camino, vereda que sube repechos, ahonda barranquillos y se asoma a las simas de peligro!

¿A ver? ¿Aquello de blanco? Pues son ellos, son ellos. Acaban de salir por encima de los árboles y de las últimas casas. Lo que luce es el roquete.

Ya tengo frío. Mis pantorrillas se han vuelto azules. Todo el cuerpo lo siento lleno de puntitos blancos, salientes, carne de gallina. ¿Por qué no me marché de una vez? ¿Por qué sigo repicando en esta altura, ahora que ningún pájaro salta por las tejas rotas, todos a cubierto del relente bajo los aleros? La orden fue de tocar hasta que ellos desaparecieran detrás de la carretera de Ampuyenta... Pero yo creo que mientras se vea Dios debo estar aquí, con frío, con viento, con lo que sea. No quiero remordimientos después por haber faltado. Y aún, cuando nada se vislumbre ya, bien por la noche avvicinada, bien porque hayan traspuesto la loma, yo proseguiré

mi repique de honor por unos momentos más para que Dios esté contento de mí.

Sigo pensando en el enfermo desconocido. Habrá una pena grande en aquella casa de lejos donde se estrellará el polvo levantado. Detrás, la yunta vieja acaso vuelva el cuello hacia la puerta, esperando la paja y la ración que se han olvidado de traer desde esta mañana. Las andoriñas rasarán el techo y los cercados. Y por el tragaluz en forma de agujero de cerradura se echará fuera, sobre el establo en silencio, racha a racha, la fiebre del hombre moribundo...

¿Cuándo he de subir cuesta arriba el cajón negro donde vaya inmóvil el señor Epifanio?

II

LOS AMIGOS

Cuando los vi entrar esta mañana, todos colorados y sudorosos, remolcando con desgana la carpeta de los libros o el bulto de tela bien relleno, me dije: ¡Dichosos! Han jugado al chivivín y a la pelota (esas pelotas que saltan mucho, hechas de lana y cordobán), lo mismo detrás de la capilla que en la plaza y su arena de delante.

¡Dichosos ellos! Saben lo que es eso de entrar y salir de la escuela, lo agradable de venir desde un lugar lejano a este otro empapelado de carteles y repleto de bancos. Y el regreso, teniendo por fuerza que hacer un camino más o menos prolongado. Yo, no. La pedrada en busca del pájaro o del nido, la pedrada a ras de tierra para oír cómo suena a cada tropiezo, el subir una cresta empinada para tropezar al otro lado con un pueblo nuevo a la caída de la tarde, como Macario Marichal, el de la Rosa Ucala, y el poder despejar varas de mimos después de chupar la flor con cosa dulce, no son para mí. ¿Por qué? Sépanlo. Porque soy el hijo del Maestro. Porque mi casa es la misma escuela. ¡Siempre estoy en la escuela!

Macario es, éste que se sienta en mi banco. Su padre y el mío se llaman compadres. Viene todos los días con su hermana, muy temprano, desde su pago, con la compañía de un tratante en bueyes de su casa. A la tardecita se vuelven. Está en el «Deberes» y lee peor que yo. Pero me gusta andar con él, sobre todo a mediodía, después de almorzar, en que corremos juntos por el patio empedrado o hacemos arados, yugos y cangos. La comida la trae en el zurrón, junto con las plumas, los libros y la pizarra, y en la misma escuela, cuando no queda ni un alma, se ponen a comer. ¡Traen más golosinas! Claro. Siempre me toca algo. Si me las da cuando Anita ya se ha ido con mis hermanas, las cojo enseguida. Delante de ella me pongo ofendido, furioso, porque siento vergüenza.

Mírenlo. Aprovecha un instante de poca vigilancia y susurra junto a mi oreja:

—Cesáreo...

—¿Qué?

—Hoy, uvas.

—¿Muchas?

—Cuatro racimos. Dos, para ti.

—Gracias.

—No traje más porque se me iban a escachar todas.

—Bueno.

El olor de la tiza se mete por la nariz de todos los niños. Junto a la mesa, los de «Catón» deletrean a un tiempo. Eulogio Nolasco, el que pela su madre, dejándole la cabeza llena de escaleras, está en la pizarra grande, atascado con una división de tres cifras. Y hay volando un runrún hecho de sonsonetes, conversaciones y riñas a media voz.

Otra vez, los labios de mi compañero bisbiseando:

—Oye. ¿Cuándo es tu día?

—Yo no sé, no me acuerdo. Mamá lo podrá decir.

—¿Se lo preguntas después?

—Bueno. ¿Para qué?

—Para una cosa...

Me callo. Antes me estaba acordando de Anita, su hermana, y él me distrajo. ¿En dónde quedé? ¡Ah, sí! «Tiene unas manos chiquititas... Menos que las mías. Claro. Ella no trae agua ni andará con el burro. Y más limpias. Pero digo yo, ¿es que las niñas no juegan con el barro y la hierba? Dentro de un rato habrá salido de su escuela y vendrá a comer. Uvas, uvas... Trayendo su traje azul y los zapatos abrochados a un lado. Me gustan los zapatos... Me gusta el vestido... Me gusta Anita...»

III

VIAJANDO

Mi hermana Aurelia no está en casa, porque la madrina se la llevó a Ampuyenta, donde vive siempre. Pocas veces he ido allá y de casi nada me acuerdo: del hospital que empezaron a hacer, de un Santo que dicen nació en la comarca y que murió en Chile, de la iglesia de San Pedro, con torre ceniza, paradero de alguna que otra misión.

Hoy me fijaré mejor. Tengo que llevar a Aurelia la ropa que se dejó y la cual mi madre puso en un belillo. ¿Estoy contento? Sí. Mucho. Se quedan los libros solos y dejaré muy atrás, por hoy, las lecciones de memoria, que son mi dolor.

¡Ea! Ya estamos montados. Mi burro es un animalito pequeño, morisco, que junta bastante las patas delanteras, algo zambo. Hay que verlo correr cuando en un par de días no lo sacan de su pesebre o cuando divisa algo cercanos otros burros, sean o no conocidos. ¡Cuántos disgustos por su culpa! El que no se me olvidará nunca es aquel de una tarde, regresando del molino. Obscurecía. Como veníamos cuesta abajo y con prisa, pues sin fijarme se fue corriendo el costal hacia el cogote, y de aquí, ¡plum!, al suelo. El burro, que sigue andando, y, notándose libre de peso, que echa a correr con toda su alma y desaparece. Yo, que grito, me desespero y rompo a llorar sobre el costal caído. ¿Qué hacer, Señor? No pasaba bicho viviente. El camino es desierto, y más, de noche. Arriba negreaban las aspas detenidas, vueltas hacia acá. Parecían atentas a mi infortunio. Así me estuve hasta no sé cuánto tiempo. Alguien había tocado la oración por mí. Y al cabo, mi padre que en vista de la tardanza había salido a buscarme, me encuentra hecho un mar de lágrimas a la luz de un fósforo, al mismo tiempo que de lo alto venían pasos. Era el señor Pedro, el molinero, que iba a cenar. ¡Lo que se rieron juntos! ¡Lo que se burlaron! Pero aunque el costal durmió en la despensa aquella noche, el animal no apareció en tres días. Lo encontramos en la raya de Tesguates, rebuznando de hambre en medio de un barranco solitario. Este, éste que ven aquí, tan tranquilito, fue el de la hazaña.

¡Hombre! Con traer a cuento estas cosas no reparé en la distancia que llevo recorrida. Higueras, higueras... Higos también, madurando. Esto debe ser lo del señor Mendoza, el que tiene un hijo bobo. Lo llaman Güito y sabe hacer casitas de piedra, barro y torta como cualquier albañil. Casitas para los grillos y cigarrones. Son tan fuertes que el techo aguanta encima el cuerpo de Güito. ¡Pero estos higos morados! De buena gana me comería media docena. ¿Robar? Quite, quite. La guardia civil me llevaría amarrado como a aquel hombre de Tetir que me cuenta mi madre. Y, además, no debe estar lejos el dichoso perro del señor Mendoza, un perrazo de ganado que sólo con ladrar mete miedo.

Más vale seguir. Por encima de aquellos gajos veo la puerta abierta de mi tía Julia. ¡Cualquiera diría que está a un paso! ¿A un paso? ¡Pues no es nada! Hay que pasar el barranco de Tao y atravesar las tierras coloradas de la Solana... ¿Para qué? Ella se alegraría. Me acosaría a preguntas. A tiempo de levantarme los tiros de los calzones y meterme la camisa, exclamaría:

—¡Vaya con mi sobrino!

Pero con todo, y a pesar de que no había de marcharme sin un bolsillado de almendras o cosa así, tengo que seguir carretera adelante sin detenerme, para poder estar de vuelta antes del sol puesto. ¡La casa de mi tía! ¡Cuántas tardes me asomé a aquel pozo ancho y descubierto, bordeado de geranios rosados, sin atreverme a meter el balde en su misterio, que es para mí la muerte, el ahogarse uno!

—¡Arre, Juan!

Ahora me encuentro con un rancho de gente que está almorzando en una cuneta, bajo la sombra de los tarajales. Son los que están arreglando el piso de la carretera y los que antes han traído estos montones de china.

—¿Quieres acompañarnos?

—No, señor. Muchas gracias.

—Anda, hombre. ¿Ya almorzaste?

—Sí, señor.

Sacar la comida de cazos de lata, de calderitas azules, de zurrónes de cabra, de palanganas. Miré bien por saber si era

verdad lo que decían: que algunos, por ahorrar para su pobre familia lejana, comen el gofio con pimienta picona. Puño de gofio, mordida a la pimienta... Pues ninguno lo hace aquí.

Se levanta una mujer con sobretodo negro. ¿Qué va a hacer que se me acerca? Ya ven. Me ha dejado entre el lomo de Juan y de mis piernas un puñado de porretas amarillas. Más allá, cuando hube dicho adiós, los oí conversando asunto de mí:

—Cesarito, el hijo del maestro.

IV

LOS NOVIOS

¡Qué encarnada encuentro a Aurelia! Parece otra. Se ha vuelto viva y parlanchina, hasta el punto de casi no dejarme respirar, abrazada a mi cuello y hablando como una descosida, desde que entré al patio. Le resplandecen los ojos, tan brillantes, que cualquiera podría confundirlos con dos manchones redondos de tinta fresca. ¡Si la vieran en casa!

Doña María me ha besado y se deshace en preguntas con una voz suave, bonita, como cuando uno habla en sueños. Yo, ¿qué voy a hacer?, me apuro por contestar a todo, tratando de vencer la gran timidez de que se encare conmigo tanto rato, siempre alabándome y acariciándome la cabeza. Por sus labios y por los míos pasa toda mi familia, los libros que estudio, los amigos que tengo, las novedades que me hayan sucedido. Y al fin, me hallo con que hemos atravesado el patio de cemento, limpio por todas partes, menos por aquélla de debajo del naranjero, un árbol verdísimo que tira sus hojas una a una. (Huele bien este patio ancho y fresco, lleno de puertas, ventanas, balconcillos y enredaderas rampantes.) Y estamos ante una mesa, donde, bajo la mirada pícaro de Aurelia y la bonachona de doña María, me atraco de pan, queso, pasas, naranjas...

Tengo que decir que mi hermana apenas se acuerda de nadie. No ha preguntado por mi padre... Y noto que tendría pocas ganas de volver a nuestro pueblo de Casillas. ¡La muy orgullosa! Me entristece su manera de ser y hasta tengo un enfado pequeñito dentro de mí, que me obliga a la seriedad y a comer en silencio. Cuanto que vuelva, me planto ante mi madre y se lo digo:

—No cuente usted con Aurelia para nada. Se ha olvidado de nosotros...

Al volver a hallarme fuera, junto al naranjero que ya me pinchó con una espina, vislumbro en uno de los rincones a un hombre alto, vuelto de espaldas, que parece hablar con alguien en la ventana. El aire mueve allí despacio una cortina de encaje blanco.

—El novio de Faustinita —me explica Aurelia.

¡Faustinita! La hija única de la casa. ¿Cómo no había salido a recibirme? ¿Por qué no vino a besarme como tantas veces? Ella me quería... Y sin embargo, ahí está, a dos pasos, riendo divertida, sin acordarse de nadie. Muy bien pudo llamarme a su lado, si es que no quiso molestarse. Y ni eso. ¿De modo que son novios? ¿Ser novios consiste entonces en lo que estoy mirando? ¿Desentenderse de todo el mundo, mucha risa, mucho hablar y pasarse las horas muertas? A mí no debe importarme nada, pero tengo un coraje encima...

Decidido. No quiero volver por aquí. ¡Como si el fulano ese mereciera más atención que yo! ¿Más? ¿Por qué? Ahora mismito me monto en mi bestia. Y cuando tengan que mandar algo, otro que se encargue.

¿Y mi rabia? ¿Se va a quedar así? ¡Ah, ya está! ¡Pobre de ti, Juan, después que traspongamos la casa del Caminero!

ANITA

Hoy, jueves, no hay clase por la tarde.

Desde que abrí los ojos al día, ese fue mi gran pensamiento. La esperanza de hallarme libre hace que estudie más y mejor, y nadie, ni mi padre con ser tan exigente conmigo, pone peros al trabajo de la mañana. Yo estaba quieto en mi asiento y por la puerta de la calle veía el cielo, las suertes de la montaña, sus arbolitos en fila... Todo ello parecía llamarme, como diciendo:

—Qué, ¿no vienes? ¿No sales aún? ¡Con las cosas que te guardo!...

Y yo, a resignarme, a estar sujeto un rato más.

Pero ya se acerca el momento. El último que quedaba por dar la aritmética ya llegó a la mesa, ya comienza a borrar lo escrito en la pizarra. Todo el mundo ha preparado sus gorras, desentaja las plumas, abrocha los botones de los cartapacios. Veo a Eulogio, crecido ya el pelo, atando con una tira los libros de memoria y echando fuera el labio de abajo, desollado por comer fruta verde. Veo a Nicolás, el de doña Isolina Fleitas, que se está escondiendo una...

—Salgan —dice mi padre. Y allá vamos todos fuera, sin dejar de correr, gritar, pisotear y huir como locos. Llegó la hora.

* * *

Hemos almorzado todos en reunión. A ella, Anita, siempre con su trajecito azul, la pusieron entre mis hermanas, las cuales se regocijaron por tal novedad. Macario, junto a mí. ¿Qué hacía yo? Comía, sí, porque siempre tengo buena gana, pero no apartaba los ojos de aquella niña, nueva en este lugar, y para quien guardaba yo mis profundas intenciones. Mucha era mi complacencia. La miraba y era como si jamás la hubiese tenido delante. Además, estoy agradecido por su regalo. ¿No saben? El día de mi santo, que fue el mes pasado, Macario me entregó muy ufano, por encargo de Anita, un tarjetero muy lindo hecho de estambre de todos colores. O sea que por lo menos durante dos semanas, a través de las caminatas, del paso por el monte, de sus horas de asueto, de la distancia,

su pensamiento me traía y llevaba, preparando calladamente la sorpresa. ¿Quién se lo iba a pensar?

Ahora es cuando le descubro más cosas atrayentes. Aquí vemos, por lo pronto, su sombrero de paja con cinta negra cayéndole por detrás. ¡Qué graciosa! No tienen sus rodillas ni un raspón, ni un arañazo, ni la sombra de tierra. ¿Y voy a dejar su aire de mosquita muerta, la manera de hablar, parecida a un principio de llanto?

Bueno. Pues hemos llegado al «especiero», este árbol que da unos racimos de bolitas encarnadas. Macario, encaramado a lo más alto desde el primer instante, grita con todos sus pulmones:

—¡Eh! ¿A que nadie ve el molino? ¿A que no saben para dónde viraron las aspas? ¡Hola! ¡Tres guirres por la montaña de la «Pasadita»! ¡No, cuatro!

Nadie se cuida de él. Yo debí seguir su ejemplo en busca de rasgones en la ropa y de un observatorio para el contorno. ¿Ya me es lo mismo dejar de saborear el alcance de mi vista y de llevarla por un puente invisible y pando hasta los montes del Fraile, los mayores? (Sobre uno de ellos se hallará la cruz que plantaron unos misioneros, cruz solitaria donde la neblina se estropea al pasar de prisa, donde descansarán las palomas salvajes.) ¿Se acabó mi admiración por todo esto? Debe ser verdad. No me muevo del lado de Anita. Creo que estoy empezando a quererla mucho. Puedo tener la seguridad de que su marcha de hoy habré de sentirla como nunca.

En cuanto se presente ocasión buena, le largaré la pregunta, así, de sopetón:

—Anita, ¿quieres ser mi novia?

Y me supongo. Se volverá roja como una amapola, no acertará a levantar los ojos. ¿Y si se marcha corriendo, lejos de mí, a esconderse avergonzada?

Macario no puede estarse quieto. Ha bajado. Cuenta no sé qué noticias del campanario de piedra oscura. Habla de unas manchas como de ropa tendida en el pico del «Mojón», y que según me han dicho es el lugar donde anidan los cuervos. De repente, poniendo los ojos pícaros, me llama:

—Oye. Ven, que te voy a decir un secreto.

Nos separamos de ellas, bajando la pared hasta la otra gavia, y añade triunfalmente:

—¿No sabes una cosa? Mi hermana quiere ser tu novia. Me lo dijo anoche.

VI

EL VINO

He visto amanecer los buenos días.

Ahora que no tengo necesidad, me levanto con los gallos, desentumezco mis ojos y salgo a prisa por contemplar cómo nacen las mañanas de vacación. Además de considerar el levantamiento del sol de Julio, sol que dicen surge del mar, tal vez mojado, acaso chorreando los montes, mi intento al ma-drugar quiere alargar la duración de cada jornada y palpar con mayor detenimiento la libertad de la escuela.

¿Habrá quedado era sin visitar por mí? En todos los trillos que realizan viajes redondos sin fin sobre las parvas, allí puse yo mi ciencia, se me veía orondo, se me distinguía por el sombrero de palma que ayuda a hacer sudor.

Ayer... ¿Qué me sucedió ayer? Tras las tuneras donde el señor Justo Nolasco realiza la faena de trillar su cosecha estuve hasta no sé cuándo. Las mujeres y los hombres daban vuelta al trigo continuamente, se reían, se decían gracias, refrescaban con vino... Yo tuve también mi vaso. Y pronto se me fue evaporando la vergüenza que rara vez me abandona.

—¡Go... jo, Lucero! ¿Está cansado? ¡Go... jó! ¡Siempre a echarse fuera!

Y sin piedad hincaba en las ancas del pobre buey el aguijón de hierro. El olor de la paja y del polvillo se me hizo más intenso, más querido, hasta el punto de trabajar la mies como si fuera cosa propia. Ya no me molestaba el tamo que venía a parar quieras que no entre camisa y espalda. Se fueron alejando, obscureciendo, todos los que alrededor contribuían a que aquello saliera adelante, y una alegría nueva, estrepitosa, parecía zangolotearme sin piedad. Sin ser llamadas, se acercaron a la era del señor Justo todas las bellas cosas que constituían mi adoración. ¿Era posible? Vi al borde mismo, sobre los cardos resecos, aquel montón de geranios de mi tía Julia, como si hubiesen abandonado su pozo de allá y su amistad con las ranas. Geranios gigantescos, de flores anchas y redondas como mi sombrero. Noté de pronto la presencia del campanario con «María» y «Rosario» repicando so-

las en el centro de la parva, al alcance de mi mano. Y yo no podía moverme. Formaba como una pieza maciza con la madera del trillo. Sobre mi cabeza, sin yo tener que mirarlo, balanceábase la vara claveteada, apuntando a todos los lugares del cielo y de la tierra. Y en una ocasión, cuando más se inclinó, parecía señalar el camino de la Rosa Ucala... ¡Je! ¿Ven ustedes? Me bastó desearlo para enseguida tener sentados conmigo a Macario y Anita. El, detrás, hablando mucho como siempre. Decía:

—Voy corriendo, corriendo... ¿Adónde? A ver a mi amigo Cesáreo, el novio de mi hermana... ¿Adónde? A leer en mi «Deberes», subido en lo más alto del especiero.

Ella, sobre mis piernas, delante de mí, muy junto a mí, cantando canciones que hinchaban mi corazón. Pronto yo fui un corazón inmenso, vibrando entero al roce con su voz.

¡Hola! No cuento más. Mi padre se está acercando despacio y con ceño fruncido, como cuando acaba de levantarse de la cama. Algo va a decirme. Debe tratarse de cosa seria, pues lo conozco bien en tales casos. Aquí está.

—Oye. Como yo me entere de que vuelves a beber vino por ahí, te quito la cabeza.

Frase certera. En mi mente se ejecutaría así: un pescozón terrible..., mi cabeza que sale disparada como una bala de cañón, que pasa por sobre las cimas de enfrente, que no se vuelve a ver más por los siglos de los siglos.

¿Pero es que el vino tiene que ver algo malo conmigo?

VII

SANTA ANA

Pronto va a ser la fiesta de mi pueblo. Faltan siete días que se irán volando. Ayudado por Antonio, el sacristán, acabo de poner las cinco banderas de la torre que anuncian con sus colores la aproximación del buen suceso. Por lo menos, cuando desde lejos las estoy mirando volar con el viento, ya no me acuerdo de que yo mismo las coloqué, atadas con hilo y vergas a la piedra negra de los pilares.

Creo algo así como si la fiesta fuese a venir por las puntas de los pelos, atraída por ellos, y como si hubiera de llegar por caminos de aire, haciendo un viaje ya comenzado en la otra parte del horizonte. Cuando me venga a dar cuenta, ya estará aquí, sobre la plaza, sin que yo haya presenciado el acto solemne de la llegada. En la mañana del día veintiséis la tendremos con nosotros, tal vez deslizada la noche de Santiago desde las banderas altas hasta la plaza y su arena. Las cajas de turrón ya abiertas, las hojas de palma rodeando la puerta mayor, cubriendo las alfardas enterradas, sostenedoras de más banderas. Mucha gente desconocida, endomingada. Caravanas de burros y camellos que paran aquí, trayendo sombrillas abiertas para el sol, caras de mujeres y de niñas que gritan, caras de hombres vistas por primera vez. De Tefía, del Puerto, de Antigua, de Tuineje...

En mi casa debe presentarse también. El horno ya funciona guisando los bollos y el pan, haciendo perder el sueño a mi madre y a mis hermanillas. Las camas sobrantes de tía Julia se traerán acá para los forasteros. También, las sillas para el comedor, este lugar recién albeado que ha de convertirse en algo luminoso (el gran mantel, las flores, las bandejas, los frascos de licor).

Se espera este año gran concurrencia. Llovió a tiempo. Se pudo sembrar con la tierra harta de agua. A esta altura, en toda la isla habrán recogido el pan, y, quien más y quien menos, tiene motivo para estar contento y acudir a dar gracias a Santa Ana, la viejecita. Tan viejecita, que se está cayendo a pedazos. Cuando ayer me subí al retablo para quitar el polvo, bien que lo noté. Algunos bordes se ven carcomidos.

Por algunas partes ha aparecido el yeso blanco, descascari-llada la pintura.

¡Si se hubiera contemplado con qué respeto pasaba el trapo sucio por la imagen! Desde abajo, sin mucho miramiento y casi gritando, Antonio se hacía el impaciente:

—Vamos, tú. Date prisa, que parece que estás pintando.

Yo no podía. Para acabar pronto era necesario golpear, despreocuparse uno de lo que tenía delante. Pero el rostro surcado de arrugas, nobilísimo, las vestiduras sabiamente plegadas, la actitud protectora para la Virgen muy niña, todo el conjunto, era bastante para imponerme un religioso temor. En este punto recordé lo que cuenta mi Historia Sagrada. Mi alma, ayudada por el silencio, se volvió hacia la parte de las visiones, y surgió el nombre de Belén, de Palestina, parajes que seguramente se alzan detrás de esos cerros de oriente. Supuse a la abuela de Cristo en aquella época de desesperanza, sin hijo alguno, llorando junto a San Joaquín el esposo. Y luego, ¡mi risa al imaginar qué alegría no sintieran los dos Santos cuando nació la niña predestinada!

La tarde se había metido muy adentro con sus primeras obscuridades. Apenas se vislumbraba el coro. Todavía blanqueaban a la altura de mis ojos aquellos huevos de avestruz vacíos que caían sobre todas las lámparas colgadas, adorno puesto por el Cura anterior. Daban ganas de sentarse para proseguir la tarea con todo primor. Así lo hice, estremeciéndome con la idea de que por un buen milagro aquella mano, protectora de María, se posara en mis cabellos de un momento a otro, igualándome a su bienaventuranza sin final. Pero me dormí dulcemente. ¿Fui yo mismo o la propia Santa quien cerró mis párpados. ¿No se habría realizado el prodigio sin yo sentirlo?

Al despertar se oía abajo el rumor de la novena. Nadie podía verme, nadie era capaz de suponer que yo pudiera hallarme allí, tan alto, tan cerca de Dios, del techo oscuro, de las vigas, de las pelotas caídas sobre la capilla ..

VIII

LOS MOLINOS

Mi padre no ha regresado de Los Molinos, un sitio del otro lado de la isla de Fuerteventura donde hay playa, abundante pesca y muchísimo marisco. Hay que saber que mi padre es gran amigo del mar. Cuando más tranquilo lo creemos y cuando todo el mundo se ha olvidado de olas, riscos y arena, empieza él a la callandita sus preparativos para marchar de madrugada por esos caminos de Dios, rumbo a las lapas y almejillones que llenarán las rocas, para aprovechar las mareas... Puro gusto casi siempre. Esta vez, porque haya marisco en nuestra mesa el día de Santa Ana.

Los Molinos es su lugar de peregrinación. Todavía no me he podido enterar de la razón que explique el nombre de tal paraje. ¡Cualquiera se supondrá un lugar donde se encuentre en movimiento una multitud de aspas! Pues se equivocan. No se ve ni uno, ni para qué. Porque allá por el invierno, sería un milagro hallar allí un pescador todavía esperanzado en una noche de fortuna para su barquillo. Se pone el mar de una forma...

Pero en esta época ya se pueden contar como una docena de lanchas varadas. A un lado del barranco, las casuchas de la triste gente recién llegada para bregar. Al otro, tres casitas blancas. A ellas vienen a parar otras tantas familias que en agosto se pasan veinte días en darse los baños. Buen tiempo entonces. Doña María, nosotros y don Claudio, el del Puerto, con su gente, llegamos a esperar que no se acabe nunca esta temporada. La mesa se pone en común para todos sobre una camada de sable finísimo, delante de cualquiera de las puertas. Los chicos, después del baño de la mañana, subimos ladera arriba hasta por la otra banda poder mirar el agua del fondo que parece no sonar, sino hacer espuma. Otras veces volvemos cargados los bolsillos de conchas, o los hombros de aulagas y matos para el fuego. Hubo un día en que hasta nos atrevimos a poner el pie en el umbral de aquella cueva alta donde paran las gaviotas y donde cuentan que apareció muerta una mujer.

Ya iremos. Dejen que pase el ajeteo de la fiesta. Para en-

tonces, me tocará ir montado en la cruz de una silla camellera, con mi almohada debajo, despidiéndome de todo esto: torre, viviendas, cementerio, gavias, montañetas. A la izquierda, mi madre. A la derecha, señor Luis, el amo de nuestra cabalgadura, ocupando ambos las andillas. Y delante y detrás de nosotros, más camellos con la carga, con el resto de mi familia. Pasaremos cerca de Güito con su perro. Pasaremos frente a los manantiales del corazón de las vertientes. Y llegará un momento en que al echar un vistazo atrás no quede ni rastro de mi pueblo de Casillas del Angel.

Pero bueno, ¿y mi padre? ¿Habrà pasado algo? ¿No se habrá metido en algún sitio peligroso? ¡Qué cosas se me ocurren! Mi madre es igual. Siempre le da por pensar lo malo... ¡También él tiene unas cosas!... ¿Qué necesidad tenemos, gracias a Dios, de ese serón de lapas que es seguro traerá a casa? Los forasteros quedarán satisfechos sin eso, cosa en que no pensarán siquiera. Algunos (lo he oído contar) no son ni conocidos. Llegan al pueblo. Como ven entrar tanta gente a la hora del almuerzo, se mezclan con ellos, pasan, se sientan a la mesa y se dan el gran hartazgo. Mis padres los creen amigos de sus amigos. Estos, que piensan a su vez en que tales entrometidos sean convidados de la casa. Y así transcurre el tiempo, se come, se habla, se discute, se terminan las viandas, hasta que comienza el desfile donde forman lindamente los huéspedes por fuerza, acaso bendiciendo a la Divina Providencia por fonda tan barata. Entonces mi padre suele preguntar:

—Dígame, compadre Alonso, ¿quién era ése que estaba a su derecha?

Y la respuesta del interrogado:

—Eso mismo digo yo. ¿Quién era?

IX

NOSTALGIA

A pesar de todos los propósitos, volví esta mañana a Ampuyenta .

Quise encomendar a Aurelia, ya que no hace nada, un asunto importantísimo para mí. ¿O es que ha de portarse uno como cualquier desagradecido? No. Yo le debo a Anita Marichal un regalo, y como precisamente va aproximándose su día, mi hermana se encargará de hacer una gran muñeca con tela de colorines, destinada a aquélla.

¡Cuánto me acuerdo de Anita! ¡Mire usted que no poder verla desde hace tanto tiempo, siendo su novio! Su novio... Cuando pronuncio esta palabra o cuando sólo la pienso, me vuelvo serio, serio, y siento un no sé qué rebullir repentino, como de sorpresa. ¿No podría ser que me determinara a cruzar esa vereda tendida hasta su cortijo lejano? ¡Que alegrón le daría, cómo iba a recibirme Macario! No han sido pocas las ocasiones en que me invitó de parte de su madre, esa señora que no conozco, pero que debe ser tan buena y cariñosa como sus hijos.

¿Qué hará ahora esa niña? ¿Seguirá vistiendo de azul? ¿Hablará todavía como antes, de aquel modo lloroso y dulce que tanto me agrada? Estoy enternecido. Su imagen supo buscarse un buen lugar interior para hacer un juego armonioso con mi corazón... ¿Y qué es mi corazón pensando en ella? Un pájaro. Un pájaro saltarín a quien oigo cantar muy bajito, para que nadie oiga fuera mis dulzuras de enamorado.

Ahora es la hora en que más pesa todo esto sobre mi pecho de chiquillo. Cae el sol amarillento, pareciendo romper en pedazos todos los cristales que alcanza. Un sol que se derrama por los pelados lomos de Tefía y que a más de poner tristes las cosas de mi pueblo, y de hacer nacer a cualquier pared sombras prolongadas muy lejos, también se empeña en darme un rato de melancolía. En vano respiro fuerte. Este anochecer callado no me deja tranquilo, me obliga a olvidar mis vacas de madera, mis angarillas de juguete, las estampas, los boliches... Debe haber por ahí, en el aire, en el poniente

enrojecido, alguna cosa que tira de mi ánimo. Acaso sean estas mismas sombras largas, las que quieren arrastrar las cosas hasta el confín del mundo. ¿Largas dije? Véase la de mi casa. Nació al pie del muro, fue andando, pasó al cercado donde el paciente burro Juan está atado largo, saltó las gavias del señor Rafael Araya, brincó al callejón. ¿Creen que se detuvo? Mentira. Tapó la vivienda de los Morales, las higueras blancas, las tierras sembradas de detrás, y acaba por verse subiendo como un lagarto berrendo por el frente de la casa de doña Isolina Fleitas, aquella morada de donde no podrían oirme un silbido.

En la Rosa pasará igual. Mi Anita, la buena, la de manos chiquitas y como de seda, también ha de sentir estas cosas del sol marchándose y del anuncio nocturno. Sus palomas (un montón, según me ha contado), ya deben tener hechos sus vuelos y arrullarán recogidas. ¿Dónde pone ella su pensamiento? Se ríe, ¿no es que se acuerda de mí? ¡Oh, Señor, que sea verdad, que lo que yo imagine se cumpla allá al pie de la letra, de acuerdo con mis ansias!

¡Qué hoguera voy a hacer mañana, la víspera tan aguardada! Una hoguera tal, que su humo y su resplandor admire a todos los pagos en diez leguas a la redonda. Y allá... ¡que piensen en la mano que la encendió!

X

LA FORASTERA

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hice? ¿Tanto esperar la solemnidad para venir a contemplarme en esta situación? ¿Qué tengo? Sin alegría, sin mis juegos, en la actitud traidoramente adormecida que me domina, ¿qué va a ser de mí, Señor?

Pasó la fiesta mayor de Casillas. Muchos sucesos, muchas cosas nuevas. El trajín de la casa, la muchedumbre en la plaza adornada, la función solemne, la salida de la Santa, los cohetes, el bullicio, los bailes, las parrandas... Como recuerdo feo y pisoteado yacen aquí y allá las secas hojas de palma, los aritos del turrón. Pasó todo. Pero para mí quedó esta congoja que tan pronto me dice: «ríe» como dice: «llora»... Y si voy a pensar, nada ha sucedido, nada. Que vino a mi casa don Claudio, el del Puerto. Que trajo a sus dos hijas. Que todavía los tenemos aquí. ¡Pero aquélla, Luisita, la más alta, veinte años primorosos!... ¿Se ha visto algo tan lleno de ternura como su rostro pálido? ¿Qué mirada puedo recordar que se compare a la de sus ojos, fuentes de misteriosa sombra?

Y me he enamorado...

¿Quién me mandó hacer eso? ¿Quién me arrastró tan poderosamente hasta ella, sin pensarlo, sin temerlo? ¿Por qué este deseo, este raro desenfreno que me lleva a querer fundirme en su figura para ir siempre en su corazón, despreciando al mío, para sentirme ángel, cielo, sonrisa, felicidad? ¡Oh, señores! Yo rocé su vestido y creí tocar el Paraíso... Yo la conduje a todos los lugares de mi pueblo, donde ella señaló, pero siempre llevando mi menguada mano en la suya, delicada, blanquísima... ¡Ella me ha hablado con una suavidad transportadora! ¡Y acarició mis mejillas! ¡Y besó mi turbada frente!

Tú, Anita, niña de la Rosa Ucala, ¿qué vas a decir de mí? ¿Cómo volveré a presentarme ante tu voz en llanto el día en que de nuevo aparezca la sonrisa y vuele dulcemente el tra-

jecito azul? ¿Sabes, oye, sabes que no te puedo querer más, nunca más?

¡Ay de la pobre muñeca de trapo arrinconada en la despena! ¡Pobre regalo que no salió a su destino, y a quien desgarrarán mis hermanas cualquier día! No quiero verte. No quiero sentir en mi rostro avergonzado esa mirada que me preparas para cuando yo entre, mirada de tus ojos fríos, única que tienes, y en la que por fuerza estarás poniendo el menosprecio más profundo...

XI

EL OBSEQUIO

Vengo a refugiarme en la gañanía. Debo traer la cara ardiendo y noto que mi respiración se ha vuelto rápida y amedrentada desde allá a aquí, con ser tan poco trecho. ¿Qué pensará de este chico atrevido? ¿Qué habrá dicho?

Porque como ayer hubo un bautizo y el padrino me dio unas perras, las empleé en una postal. La quería para regalarla a Luisita, después de poner una dedicatoria que había visto:

«Por ser la primera postal
que de mi mano recibes,
guárdala en tu corazón
para que nunca me olvides.»

Y acabo de entregársela, aprovechando la ocasión en que veníamos juntos y solos, después de la misa. Lo había pensado mucho, no me decidía. Cuando estaba revestido ayudando al Cura, ya no podía sentir el orgullo de hallarme allí, en tan alta función como la mía, ni aún pude pensar en que ella también me contemplaba. Atendí únicamente a mi congoja interna, la que me ataba el atrevimiento para lo que acabé de hacer. No olvidaba las burlas de quien pudiera enterarse, ni el bochorno que experimentaría ante mi padre cuando estuviese ya noticioso del asunto... Cruzado de brazos, fingiendo atender al Santo Sacrificio, mi mano derecha no se apartaba del lugar dentro de la marinera donde descansaba el sobre con mi pretendido obsequio. Y me distraía. Y no me dejaba estar la inquietud.

Pero se acabó. A lo hecho... Sólo me conturba esta reflexión desconsolada: ¿Cuándo sonará en la sala el alboroto de las risas encendidas a mi costa?

XII

LA AMARGURA

Diez días tristes, tristes. «Ellos» se fueron. La fiebre me ha consumido mucho y tarde podré abandonar la cama. Me llega el rumor de mi escuela, como llamando. «Ellos» se fueron... Sí. Estoy enfermo, muy enfermo...

F I N

CUCHARA DE PALO

El patio del Reformatorio se llena con el gris de noviembre. Las losas del pavimento verdean su musgo en las juntas, y hasta las pequeñas matas en sus barriletes parecen cargadas de ceniza y melancolía. Por eso, el juego en esta hora de asueto, una hora del Santa Cruz vespertino, se acompaña con la sordina que parecen exigir los cielos ennuarrados y el tapado sol. Corros jugando sin mucho entusiasmo. En el inmediato campo, retumbos hondos de balón golpeado. Acá y allá, pequeños grupos murmuradores. Hablan de la novedad. Y no es otra que Ernestillo, el campesino, traído ayer desde los altos de Araya por la guardia civil.

Ese que está apoyado en la puerta única del patio, todavía con su chaqueta oliendo a jinojo y a hierba cortada, y que posee un erizado pelo negro de puercoespín.

—Un «maguito» de cuidado. Intentó matar a su madre...

Todos los ojos de este corro infantil se vuelven súbitamente hacia el solitario, pasmados de sorpresa, tremolantes de asombro.

—¿Estás seguro?

—Y tanto... Lo oí decir en las cocinas.

—Nada menos que a su madre... Eso sí que entre nosotros no tiene semejante.

—Será cosa de rechazarle. A los malos bichos hay que dejarlos solos.

Y la reunión silencia cuánto en cada cerebro está considerándose, suelta la imaginación por los oscuros derroteros de la inaudita fechoría. Aún para estos pequeños delincuentes, la menuda figura del campesino, sin ni siquiera quince años, aparece con dimensiones de monstruosidad, repulsiva, violenta, temible.

—Además... Lo comprobé a la hora del almuerzo. ¿No os fijásteis vosotros? Tuvo que comer sólo con cuchara. Ni cubierto, ni cuchillo. Nada cortante.

—¡Ah! Fue un cuchillo...

—Sí. Dio unos tajos enormes en el rostro de la madre, de arriba a abajo. Un milagro que no la matara.

Sigue la tarde lloviendo muda tristeza desde su amplitud cogida por prematura penumbra crepuscular. Arriba, en uno

de los pisos, tras las amplias ventanas, rostros de vigilantes continúan acechando.

* * *

Era verdad. Cuando la cena humeante cernía un grato júbilo de fingido hogar en las mesas del refectorio, ya todos lo habían comprobado. En el reparto de utensilios para la comida, Ernestillo solamente tenía ante sí una pobre cuchara de madera. Con ella habría de componérselas en adelante, mientras aquí permanezca. Una cuchara de burda talla, con su mezquino cuenco: signo de máxima pobreza. Algo que no pueda ser arma para otro momento de arrebato.

No importa. Callado, mostrando una tranquila tristeza que acaso haya sobrevenido de un gran arrepentimiento, continúa ante la mesa e ingiere despacio el modesto condumio. A veces, la curiosidad de los chicos inmediatos le sorprende en una quietud plena, como si no estuviese en el recinto sino su morena y terrosa estatuilla de carne. Pensativo, francamente abortado en medio de un mundo que todavía es nuevo para él, aunque ya le manifestaba sin palabras su decidida hostilidad. De pronto, parece despertar, regresar de algún pesado viaje fuera de estas amplias paredes comunales... Cierto. Volvía de aquel pago candelariero tan metido en su cariño. Del caserío pobre que desde arriba atisbaba la majestad del valle sureño y, más abajo aún, adivinaba la lejana y sorda canción del mar sobre la tersa arena.

* * *

No había podido más.

—¡Oh, señor! Son demasiados ojos acusadores sobre mí, ojos de niños que me quieren mal!

Le había vencido el benévolo gesto de este hombre, el director, que poco antes posó una mano sobre el áspero cabello del chiquillo. Y empezó a narrar con necesitada y cálida palabra:

—Era todas las noches, todas. Malvados hombres a la puerta, golpeando, riendo insolentemente, hasta que ella tenía que abrir. Yo, en mi cuchitril cerca del fogón, sobre una esterilla y envuelto en una pobre manta. No entendía las cosas que allá decían, pero aquello era un suplicio a lo largo de días y más días, siendo ella la mal mirada de todas las gentes del contorno. ¡Cómo se entristecía en sus soledades, cuando

compartíamos en silencio nuestras modestas cenas, cuando las lágrimas rodaban por sus mejillas sin disimulo alguno! Una vez... Una vez tuve que cogerla fuertemente del vestido, al borde mismo de un barranco, para evitar que se arrojara contra las piedras del fondo. Y poco a poco, sufriendo mucho por lo que ella padecía, fui concibiendo la negra idea. Crecía como un grito de espanto en la soledad. ¡Tenía que ser! Se acabaría el tormento, la dejarían vivir esos hombres que por ser tantos y tan feroces yo no podría castigar uno a uno. Lo demás, ya se lo habrán dicho, señor. Una madrugada, cuando ya todo era silencio en nuestra humilde casa, cuando ya el alba iba a aparecer por los ventanucos, yo, sigiloso, con toda la angustia que es de suponer en un hijo que quiere a su madre por sobre todas las cosas, me acerqué hasta su lecho... ¡y tajé por dos veces su admirable rostro durmiente! Destrozar la belleza que era culpable de su infortunio! ¡Hacer desaparecer el motivo de una existencia miserable! Mi madre, señor, era muy bella... ¡Ah, pero mienten, mienten quienes digan que yo quise matarla! No saben nada. Es usted el primero que conoce toda la verdad, esta verdad desgarradora que, sin embargo, no me procura arrepentimiento, sino el tremendo orgullo de haber roto unas insoportables cadenas.

Calló unos instantes el «maguito» de los altos de Araya. Aún le fatigaba su reciente vehemencia al contar. Y añadió poco después:

—¿Querrá usted guardar este secreto de un triste chiquillo campesino? Yo aguantaré todos los desprecios, toda la condena que me impongan. Pero... eso sí, tendré el gran alivio de que alguien, usted, señor, comprenda qué tormenta ha pasado por mi corazón.

MEMORIAS DE UNA HUCHA

I

Desde que vi la luz me destinaron a ser señorita de ventana. Quedé instalada en el pequeño y semioculto escaparate de una tienda el mismo día que el Chico Hábil dio la última mano de pintura a mi redondo ser. Porque sépase que soy una granada. Grandota, ventruda, algo así como una bola de pasamanos, gran corona en estrella.

Como primera obra del muchacho, dijo el maestro en carpintería que podía pasar, y allá me vi entre butaquitas y mesillas de noche, expuesta al primer caprichoso que quisiera llevarme a su domicilio.

El Chico Hábil amaba tanto a su muda hija que nunca pasó mañana o tarde sin echarme un vistazo con sus cariñosos ojos azules. El me libraba del polvo, él elegía nuevos lugares visibles para que yo hiciera ostentación mayor frente al ruido de la calle, donde, como relámpagos, huían coches, luces y transeúntes.

Mucho tiempo así. Admiré pertinaces lluvias, paraguas incontables. Asistí al paso jocundo de las cestas desbordantes de primaverales flores. Un día, yo no había visto las lágrimas de aquellos ojos azules, me enternecí contemplándolas mientras unas manos me sacaban al aire oliente del taller. Es que había llegado el Viejo Campesino de torpísimos ademanes y barbudo rostro. Es que me había de marchar en seguida hacia un viaje desconocido. Por lo tanto, despedida a todo aquello fue hasta entonces sosegadora compañía. Luego, ¿qué voces habría de oír? ¿Qué lugares tenían que ser visitados? ¿Era esto el no volver jamás con mis amigos los muebles, el no escuchar nunca en adelante cómo cantaba el niño trabajando? Me marché por fin.

II

Ahora estoy algo inquieta. De mi vida anterior casi no recuerdo nada. Pero tardo en acostumbrarme a las soledades del bosque espeso. Bien que me defiendan estos muros con-

trahechos de las asechanzas exteriores. ¿Y quién me guardará del ladrón atrevido que penetre hasta mi refugio? Mi refugio... Por aquí, hachas y cuerdas. Más adelante, recios platos rameados y un fuego lento y algo hablador. En el otro rincón, un ancho lecho donde se hunden por la noche, felizmente tiritantes, el Viejo Campesino y la Vieja Mujer. Un techo de paja. Humo y tizne en él. Me encuentro en una tranquila cabaña de leñador.

Al tercer día de estancia, ya me hallé como en familia. Gustábame la anciana sin muchas palabras, rezandera murmulante, muy de su fogón y de su mesa. Tez oscura, arrugadas facciones. La mirada..., ¡oh!, por la mirada supe que era una niña por dentro, aunque el andar cauto y trabajoso de por fuera negara rotundo. El Viejo Campesino la quiere intensamente. No importa la ruda tarea en plena maleza y el hacer latir al hacha en el seno de los talleres como un corazón destructor. La fatiga se adora. Se bendice el descanso en los comienzos de la noche, junto a las piedras del lar, entre pipa y pipa y entre pensamiento y pensamiento. Cuando hay tal calma, pasa su ternura a aquella caduca compañera de incontables años y queda, con este depósito sencillo, completamente feliz.

El leñador sale unas mañanas y no regresa hasta que el sol se ha ido. Una vez a las aldeas y a los pueblos para enredarse en venta de sus haces. Otras, hacia donde se hallan los mercados del aceite, la harina y la sal. Trae lo necesario. Con sus añiados rostros picarescos, he sentido a ambos subir juntos a esta altura en que reposo (oquedad entre muro y techo) y noto cómo introducen en mi vientre lo que ha sobrado. ¿Mucho? El tiempo lo dirá. Sé que me siento pesada, dormilona, que ya no me estremezco cuando un golpe de aire llega de frente. Ellos pasan unos instantes contemplándome y hubo ocasión en que uno, no sé cuál, se atrevió a decir:

—No tenemos hijos... ¿Para qué este guardar sin fin?

Y el otro respondía pensativo, con la imaginación en viaje a las jornadas venideras:

—Ningún pecado hacemos. Cualquiera día... —Y no se terminaba la frase, en la espera de algo ignorado que echara a rodar por las pendientes del mundo mis monedas coleccionadas.

III

¡Qué susto aquella noche del incendio! Hubiérais sabido cómo son de asombrosas las llamas de diez metros cuando se lanzan en bandera sobre las copas indefensas. Congoja mía... Horas terribles... Despertamos todos ante la alarma de la viva luz. Espectáculo magnífico. Un horno anchuroso enfrente, caminando hacia acá y hacia la lejanía, y alumbrando el cielo. El vaho cálido del fuego en locura, amenazándolo todo en torno...

¿Qué quisieron hacer estos viejos míos? Allá se fueron, acaso para cortar el paso al gigante devorador. ¡Los vi trasponer los setos aun indemnes y desaparecer corriendo hacia el peligro! ¡Y no los pude ver regresar! Acaso no midieron la retirada pronta. Tal vez el miedo, cuando ya no era posible luchar, se colgó a las piernas vacilantes. Allá, en la vorágine inmensa, se quedaron, ¡oh, gran dolor!, para siempre...

Se salvó la cabaña por milagro. Había un espacio libre ante ella, y no pasó de allí la devoración. Por eso puedo contar lo que sucedió después.

Ya me véis ahora, a mí, a la hucha viajera, en este despacho suntuoso. Pulcritud extrema. Lujo en muebles y decorado. ¿Conocéis a este hombre que arrellanado en el sillón de cuero medio dormita en la penumbra? Sí, no puede ser menos. Debisteis escuchar su voz en los escenarios principales. Tuvisteis que aplaudirle calurosamente en sus numerosas interpretaciones musicales, en esas grandiosas escenas de Falstaff...

¡Pues quién dijera que es el mismo muchacho de aquella noche de fuego en el bosque, el que llegó alocado a la pobre cabaña! Alma de aventurero, alma de artista, también en sueño le sorprendió el siniestro cuando en el bosque hacía una parada de descanso. Iba hacia los lugares más amplios para inteligencias y gargantas privilegiadas. De pueblo en pueblo, reunía sus pobres cenas cantando canciones populares...

¡Figuraos nuestro encuentro, bajo aquel techo ahumado, donde nos quiso reunir la Fortuna! ¡Imaginadlo bien, porque váis a saber que este gran artista triunfador fue en cierta época el Chico Hábil que me puso en vida, el aprendiz de carpintero que trabajaba cantando!

LOS LADRONES

La campana en su altura de torre cánsase del mismo panorama a toda hora. Huertos, techados, colinas, nubarrones, mar sin fin.

Hay un espíritu en el grosor de su carne de bronce. El «la» infalible, pristino, inmutable bajo la regadera de las lluvias o entre el incendio solar. No se acaba esta pequeña alma musical, aunque, cuando se lanza en viaje al espacio por el seno de la distancia, parece no ir a volver jamás. ¿Cómo que no? Por ignorada vía, por desconocida entrada, regresa enseguida al verdoso cuerpo de su campaña. Y en él está para nuevas fugas y repetidos retornos.

La mueve, la echa a hablar, no el campanero viejo conocido, familiar desde una época olvidada, sino aquel otro viviente incansable, el que colgaron a la pared del comedor para ser mejor contemplado: el reloj. Un reloj anciano que se fija en todos los detalles de la estancia y que, cuando en su cara redonda se anota la señal de un tiempo consabido, ordena al renqueante campanero Claudio su obligación de tañedor. No tarda mucho. Pronto llega el «la» exterior y lejano, colocándose por el cristal cerrado, o a través de la madera, o traspasando la piedra mural que se creía fuerte.

—Las doce —refunfuña el amigo sastre Nicolás, mientras en la tabla brillante deja su «riac, riac» la tijera medio mellada.

Ya debiera estar de vuelta ese niño. Manolo salió hace dos horas a entregar la guerrera que el sargento Matos sacará a la primera formación. El sargento Matos, aunque lleno de talabardones la cara a causa de lo bien que sabe el vino, paga, sí señor, paga bastante regularmente. Claro que no deja de fingir su bronca, porque si este botón, porque si aquel ojal, porque si el cuello aprieta..., con la voz idéntica de cuando ordena «por pelotones derecha» a los mocetones de su batería. Y Manolo...

El amigo sastre sigue trabajando. El labio de abajo va mordido un buen rato por los ahumados dientes, donde una parte de su coraje comienza a concretarse. ¿Creen que él se halla aquí, en su tienda regada de recortes y pegada hojas de figu-

rín? El pensamiento encolerizado echó a andar calle abajo, cruza la plaza, se adelanta hasta el mismo muelle, sigue la ruta que debió trazar el aprendiz. ¿No tropieza a Manolo? Sin duda, habrá hecho un rodeo por la playa a mano izquierda, porque es bonito el mar con su ola, y su lancha, y su arenita como azúcar rubia.

¿Eh, Manolo? Colguemos la guerrera de este palitroque, donde no cabe peligro de que el aire la tire al agua, y a ver qué hacemos. Primero, a buscar un pedazo de aro, más allá, a unos cuantos pasos, en el sitio en que alguien tira todos los días la basura. Eso. Y luego, fuera las alpargatas y adelante con las lapitas de aquellas peñas bajas, con poca agua salada en torno. Muy bien. Crudas son buenas, bastante gustosas. Pero por aquí, lugar escarbado y rebuscado por toda la chiquillería, cualquiera encuentra algo decente! Todas pequeñas, recién nacidas, y debajo mismo de la piedra resbaladiza y goteante.

Vienen y se van olitas chiquitinas, como jugando, sin apenas ruido, subiendo un poco más la marca mojada en las pantorrillas desnudas. Abajo, fijarse, los pies del chico, claros, algo enterrados en arena. Pies como de nácar, cosas que sólo el mar sabe hacer. ¿Cuántas lleva, Manolo? Media docena se juntan ya en el bolsillo del calzón justo. Por algo se ha subido toda la sangre a los carrillos, animando a los ojillos buscadores.

Y pasa por encima la gaviota blanca. Bueno. Y cruza por el cielo profundo la mañana fresca, muy despacio. Bueno. El niño sólo les concede la espalda encorvada. De repente, el pensamiento, como una hormiguilla por la frente: «guerrera del sargento Matos». Enseguida, la campana diciendo «la, la, la».

A dejar esto, ¿no? A entregar la prenda y a regresar hasta los ojos del maestro Nicolás, como quien no quiere la cosa. ¿Quién adivina?

Pero sí, la guerrera, la guerrera... ¿Dónde está? ¡Dios, Dios! ¿Cómo se arregla esto? Yo la dejé aquí, bien enganchada... Algún ladrón.

Llora Manolo la ausencia de la tela de kaki, ya demasiado buscada por los alrededores. Vamos a ver, ¿quién se atreve ahora a presentarse en la tienda desordenada, llena de furor?

¿Y a casa? ¿A casa, tan cerca de la mano que maneja la correa odiosa?

La cabeza entre los brazos, el paso lento, las mangas mojadas de lágrimas. Así marcha Manolo, perdiéndose otra vez en las bocas de la ciudad. No irá a su trabajo. No irá a su casa. Quiere castigarse con el hambre y con la amarga desdicha que se le montó al hombro. En el camino, él, una cosita ínfima entre tantas otras ruidosas, alegres o gigantescas, se hace la pregunta de esperanza: ¿No habrá lugar del mundo donde ante la pérdida de una guerrera no zumbe la ira ni descargue el castigo?

(La prenda robada hace ya el viaje a una casa de arrabal. El sastre Nicolás, de tanto depositar coraje, tiene los ojos enormemente ardientes, estremecidas las manos, sangre en el labio. La campana y el reloj se preparan para una nueva cita inminente.)

EL MORIBUNDO

I

Como me alimentaron hasta la hartura por ocho días, seré yo el historiador de esta habitación durante la noche.

Todo lo demás, la dama Ventana, la vieja Alfombra, la Copa señorita, el Calmante milagrero, a dormir dijeron desde que planté en las once mis dos índices.

Lo de menos era el enfermo rezongante. Respiraba y respiraba. Se revolvía sobre la amiga Cama. Eso era cuánto me daba qué observar.

Lleno de tiempo, hinchado de minutos, ciego a lo que alrededor mío se extasiaba, hube de entretenerme en los comienzos de la velada escuchando voces de fuera. ¡Qué empeño, qué forcejeo inútil al otro lado del cristal! El Viento tentaba todos sus recursos para penetrar hasta nosotros. Imposible, caballero. Mientras no hubiera provisión de hielo en piedra, afilado, golpeador, y no llegara velocísimo contra el blanco resistente, fracasado. Traía del mar un alforjón de rumores. Por eso, en aquella hora inconmensurable que yo fabricaba, recordé los viejos retazos dibujadores del buque en rumbo, del borracho marinero que tumba y tumba por los muelles y cafetines, del agua sorda contra el imperturbable acantilado.

¿Sólo el Viento? Mucho, mucho más. Antes de emparejarse entre montaña y negro éter, la baja Estrella del oeste, verde, ojo inquieto, mandó una lívida hebra de conversación para este rostro de mi esfera.

—Cuenta, cuenta, amiguita.

—Primero, ¡qué frío en estas profundidades! Le tengo envidia a vuestro cuarto tibio. ¿Dicen que parpadeo? No, no saben nada. Es que estoy enormemente tiritante, indefensa por todos lados contra los dardos del firmamento.

—Aún es tiempo. Te guardaré en mi caja de roble, interiormente acolchada.

—Bien quisiera. Mas ya me acerco a mi hueco nocturno.

—¿Cuentas algo más?

—Acabo de ver nacer un corderillo. ¿Te interesa?

—¿En la montaña?

—En la arbolada montaña de aquí cerca. Ya hubieras escuchado tres balidos permanentes si tu oído alcanzara. Padre, madre, recién nacido. Una alegría de sonidos tejidos en el telar del aire.

—¿Blanco?

—Y chiquitín. Me enamoré del corderillo y quise hablarle. No me entendía. Ganas tuve de desplegar un cordel para que subiera conmigo. Pero cuando iba...

Hablando, la Estrella del oeste cayó en su afriolada inmensidad, cortado el cable comunicante por el filo de la sierra interpuesta.

Pero, ¡eh!, ya era el momento de las torvas cosas. Una sombra había penetrado en nuestra estancia. ¿Qué venía a hacer aquí, cuajándose en este rincón de la noche?

Llegó, anduvo sin derribar la silla ni rodar los libros, manipuló en la cabecera, retrocedió hacia los sonoros corredores. Acaso tomó vuelo desde un borde de mirador y se tendió por la aérea bruma de la ciudad.

II

La Copa señorita ha despertado. Notó que su sueño se hinchaba en pesadilla, como cuando el vientre se colmó demasiado, y volvió a subir amargamente a las realidades.

¿Todo igual? En efecto. El mismo callar casi profundo, igual obscuridad en prisión (esta obscuridad que borró con su esponja las figuras del tapiz). Idéntico envoltorio del cuerpo doliente entre las sábanas, como cosa sumamente abandonada.

Pero la Copa desconfía. Remotamente, con una desdibujada inquietud, siente cómo la anormalidad se hospedó entre estos cuatro rincones.

—Bueno. Tendré que explicarte mi presencia. No quiero saberte desorientada.

—¿Quién habla tan cerca?

—¿Tan cerca? Dirás dentro de ti misma. ¡Qué redondo y liso nido! Es verdad. Ahora percibe lleno su cucurucho de cristal fino.

—Yo estaba vacía...

—Claro. Pero se aprovecharon de tu descanso y aquí me tienes.

—No te conozco. Noto en ti desusados estremecimientos, una reconcentrada potencialidad. ¿Quién eres?

Calla el torvo Veneno. Sólo quiso dar cuenta de su presencia en el cuarto-alcoba. Nada más. El ha de atender a mejores asuntos, pues he aquí que no se puede resistir a la tendencia de todo ser: el fin, el destino. No es posible hacer parada en la carrera y se precisa alcanzar pronto, cuanto antes, la meta señalada. Más de la mitad del camino fue perfectamente logrado. Desde el frasco redondo y blanco de la farmacia a la mesilla de noche, siempre adormecida. ¿Cómo se pasó la ruta? ¡Oh, lindamente! Cuatro ojos torvos bajo una luz mortecina, y, sin embargo, espantada, se confabularon definitivamente. Sonaron las últimas palabras del arreglo y adelantó en perfección la fechoría:

«...De acuerdo. Tercera parte de la herencia... No hay cuidado de sorpresas. Mata y no deja huella. Un colapso lo explica todo...»

Y luego, yo, el agua corrosiva, con mi buena muerte en mi núcleo, saliendo a las calles de la noche, con un desesperante viento por envoltura. Alguien de faltriquera fría, más con húmeda mano agarrotada, subía, de modo cauto y derramando atroces miradas, peldaños y peldaños de esta nueva casa.»

La Alfombra, vejestorio tendido que no quiere complicarse en hechos graves, ha oído de cabo a rabo las reflexiones del intruso. Y comenta por lo bajo:

—Sé quién es el asesino. Tan acostumbrada estoy a sus pasos... Lodo cenagoso y aprisionante deseé ser en aquel momento en que las suelas adelantaban hasta el lecho con precaución de lobo carnicero. Gritar, gritar hasta el alboroto y descubrir a los hombres el rostro de la fiera que acaba de irse... ¡Por qué no poseer una potente voz, como la del trueno, en estos casos desesperados!

Pero en la Copa, frágil y cristalina niña despertada, el huésped va recto a su misión. ¿Cómo hacer? Desearía de un solo salto pasar a la garganta ronca, adelantar por el maloliente tubo del esófago, trajinar locamente en turbia orgía, haciendo funcionar su desbarajuste y su ensañamiento destructor. ¿Cómo

mover aquella mano trémula, escondida de modo hondo en las sábanas recalentadas?

—Voy a ayudarte, hermano. Entre los dos acabaremos de una vez con el vejete. Y que se entiendan después los hombres y las conciencias. Nada de sentimiento deteniéndonos, como buenos hijos de las tinieblas. Sí, te hablo desde esta misma carne yacente que se defiende terca de la perpetuo rigidez. Sí, la Fiebre ardorosa, la del infiernillo bien alimentado, con su brasero en ascuas para crear la loca sed, la sed terrible.

III

Mano tiritante, dedos casi en las falanges. Brazo inverosímil, como vara seca de melocotonero, moviéndose, saliendo en rotación de tornillo, agujereando el sólido prisma de la sombra.

El enfermo se abrasa en un ansia de aguas fontaneras como la de los bosques húmedos. Acaso está el bosque en su cerebro: pajarillos, troncos rezumantes, arroyuelos en hierbas, girando, enlazándose en vértigo.

Pero el movimiento de la vara seca fue imperfecto, desdibujado alrededor del tacto con la Copa cargada de angustia.

Fin. Mil pedazos de cristal sobre el encerado pavimento, al tiempo del estallido breve de la caída.

De la inmediata alcoba se asoma la dama Luz de cera en unas manos de Hermana religiosa, la mujer que oyó un sonido.
¡Asesinos de la señorita Copa de cristal!

NOCTURNOS DEL PUEBLECITO

Fuera comarca sin viviendas ni torrezuela parroquial, y sólo habría de contaros la cruzada de un caminante, la historia de flores perdidas o el relato de los vientos gastándose en terrones y maleza.

Pero vedlo. Dad un paso para dejar a la espalda este arbolillo de telonero, y ya está. Bájese la mirada para que salte lejos, de alero en alero, de tapia en tapia. Y que repase aquellas escaleras diminutas (tejadros contra tejados) por donde las palomas se atreven tranquilamente a subir para horadar el ojo de la espadaña. Humo, humo deshilachándose de chatillas chimeneas, rumbo a viajes invisibles cruzando montes y descubriendo cielos. ¡Este humo condenado a volar eternamente!

Una casetilla insignificante. Mancha de abajo, sobre el ahoyado valle neblinoso. Como ya vamos acercándonos, la casetilla es casita, casucha, casa de la viuda. La viuda tiene tres niños y amaneció riendo. ¿Riendo? ¿No es la que todos saben trabajadora en el día, fatigosamente trabajadora hasta el alba de Dios? Así podrá haber pan en la alacena, cerca de la lámpara y de la costura.

Pues sí, alegre. Al abrir su puerta para saludar al naranjo frontero y distraer por un instante la vista en el pájaro que pueda cruzar, he aquí el montoncito de plata, rodando, sonando al derrumbarlo el pie. ¿Qué, quién ha pasado anoche? Alguien, alguien rebosado en tiniebla y en piedades, haciendo un alto frente a la madera serenada. Huyó. Nada se sabe. Pero nacerán para la mujer rendida unas mañanas de quietud. Puede quedarse a obscuras la ventana de las noches siguientes...

Montoncito de plata para que la aguja duerma y la lámpara sueñe fríamente. Y los niños, dejarlos cantar todo el día, tumbados, mirando la estampa del libro maltrecho.

El doctor sigue el paso de la cosa que camina delante. Tose, refunfuña a las dos de la mañana por el sendero abajo. Llegan al portalillo, extremo de seis leguas bien medidas, después de soportar en los hombros un cargamento de sombra (toda la noche encima). La cosa negra dijo:

—Aquí es.

Y mientras descabalga el doctor, caballero a quien le han

roto un descanso (lecho mullido en la ciudad apagada), añade:
—Tome. Recoja esto —Una bolsita de mano a mano—. Por sus servicios al enfermo.

El enfermo yace en un rincón de cueva. Allí se celebra pronto, por un rato, ese áspero conliábulo de la vida con la muerte. La vida opina que triunfará. Se encoleriza la muerte por lo que va a perder. ¡Este intruso! El viejo enfermo, sí, tomará más soles de atardecida en compañía de la pipa ardiente.

¿Y el guía? No penetró en la cueva. Se ha desembarazado de este lugar.

Ciudad durmiente todavía cuando se han gastado tres horas lentas. Durmiendo completa, cabal. Sin faltarle su doctor de la vida. Llenos todos los lechos.

Pueblecito en el valle hondo. Con un enfermo apaciguado. Con una cosa obscura que no se sabe dónde está. ¡Como la noche tiene el mismo color...!

La cédula personal bien dobladita. Tanto, que se ha roto por gran parte del doblez: «Romualdo Díaz Alcalá, natural de Colina del Henar, provincia de... (en blanco), de 48 años de edad, estado casado y profesión vigilante municipal...»

La dejaron en una remendada faltriquera, sobre el mismo corazón, bajo un farol de llama moribunda. Papel que pueden leer de corrido las costuras de la guerrera si abrigasen duda de la identidad de un cierto hombre.

Por eso, por lo que se lee, el hombre clava en tierra de la plazoleta su par de alpargatas y redoble el fulgor inquisitivo de la mirada. Atención. Gran atención por las fachadas inmóviles, aunque no ocurra nada para el garfio de la justicia. ¿Eh? ¿Qué es eso? Menos llevar el pensamiento a la hija y a la esposa. Mientras tal hace, puede que cruce muy cerca la disfrazada garra del delito...

¡Ah! ¡Si te distraes en este instante, funcionario! ¿Ves? Aquello que salta la tapia... Que desaparece en el jardín... ¡Nada menos que en la mansión más opulenta! Al ladrón, despacio, despacito, para no ahuyentarlo, para atraparlo in fraganti.

Pero aquello se ha desvanecido. Pasa un rato. El perseguidor, descolgado quedamente en la arena, ya ha rebuscado a paso de lobo por todas partes. ¡Estos árboles tan frondosos, tan propicios para la fuga! Otra espera. Nada. Ni un crujido, ni un roce. Pues hay que avisar.

Y don Esteban, cuyo sueño ha sido de pesadilla, queda sentado en la cama de pronto. Ruido en el piso bajo. Voces. Más, cuando alimenta la luz y se dispone a inquirir, preso de alarma, chasquido de algo pesado cayendo a la alfombra. Un pliego cerrado. Su nombre escrito. Letra desconocida. Y descerraja febrilmente la envoltura. ¡Oh! ¿Qué pensar? Veinte mil pesetas, billetes azules, estupor... ¡Número veinte mil! Cifra de las torturas, cifra que rodaba trepidante, incansable, por el horizonte de su sueño. ¡Veinte mil! Cifra de ruina, pago de mañana en la ciudad...

Y ahora, cifra en la mano. Ojos para los rincones de la alcoba bien cerrada, para el ventanuco de la cabecera, entreabierto, misterioso en su sonrisa.

¡Colina del Henar! Escenario para que unas manos pródigas, que no se ven, que no se encuentran, que todo lo saben, caigan contra la desventura. Manos ciegas. Para el humillado, para el erguido.

Pero también, manos retorcidas. ¡Impotentes para aquella grave ocasión repetida a lo largo de los días! (Ataúd que se mira pasar con sus verdades irremediables.)

EL DESAMPARADO

A esta hora maciza en que ya es más noche que día, pues que los luceros están apareciendo, pues que a seis pasos cambian los hombres en bultos negros y no reconoce el hijo al padre ni la mujer al marido, yo me quiero olvidar de toda cosa que no tenga relación con este camino, estos sembrados, estas casuchas ateridas. Hoy es sábado. Mi pensamiento va al lado del señor Juan, que camina sin prisa y sin miedo a los secretos próximos de la noche. Sin prisa, porque siempre llegará a tiempo. Sin miedo, porque, como marcha entretenido en viejas reflexiones, no hay espacio para hacer caso al perro que salta a ladrar desahogado, ni al sospechoso bulto de alguno que cruza rozándole la manta.

El señor Juan... Nada más. Un labriego a quien quitaron hace años la parcela que labrara. Un hombre que gana el pan bastante lejos de sus cuatro paredes. Pero es el mismo que esta tarde, en Santa Cruz, estuve mirando trabajar atentamente, mientras él, con esa austeridad sagrada del rostro enérgico, con la expresión sacerdotal que imprimen ellos, los viejos cavadores, a su actitud en la labor, hacía saltar lascas de piedra a la roca de las calles descubiertas.

Y andando, andando, el jornal de la semana tintinea en su bolsillo. ¡Cuidado, señor Juan, cuidado! Haga callar a esas pesetas de sudor por estos lugares descampados, que eso puede traerle peligro, si algún malintencionado se da cuenta...

Pero no. Vale más lo que él lleva en el sentido que todos los jornales del mundo. Mejor dicho, valía. Porque nadie irá ahora, por mucho poder que tenga, a hacer resucitar los pobrísimos huesos de su vieja, la que fue su mujer, difunta desde el mes pasado. ¿Y es posible que sea usted tan egoísta para echar de menos las buenas cenas, la buena cama abrigada contra los fríos del Teide, señor Juan? ¿Es posible eso? Todos los menesteres de esa clase los hacían también los soldados de su tiempo, usted entre ellos... ¿O es que se ha vuelto comodón?

No le digan eso al jornalero. Si no fuera más que lo dicho, para tal se bastaba él solo. Pero no se ríen, no, si ahora salta con que la necesita por otra razón, porque la quería. ¡Pero

hombre, querer, a estas alturas!... Sí. Cariño de cuarenta años justos, todavía..., cuando las canas hace tantísimo que nacieron.

Esta es la gran cosa que amarga el camino de este viejo. Las resignaciones, las condolencias sin ninguna sinceridad, las falsas lástimas del contorno habitado, todo aquello que oyó por varios días cuando murió su Juana, no pudieron hacer otra cosa que darle rabia fuerte, pero callada. ¿Sabían, entendían algo ellos de su corazón? ¿Por qué Dios se la había llevado? ¿Para qué la necesitaba arriba, si él se quedaba en el mundo sin la bondad arisca, sin las apacibles conversaciones, sin el semblante arrugado, terroso, obscuro, pero lugar donde enterrados estarían sus besos?

Desde el momento en que ella se rindió a la muerte y él se hundía en lágrimas y en sollozos, mordidos, para que no se vieran, el Cielo contó con un nuevo enemigo. ¡Aquel Cristo de Tacoronte, el de labios entreabiertos, el de la mirada insostenible! Ya ha dejado de ser la veneración caliente, férvida, loca, del señor Juan. ¡Ya no podrá el cavador responder cuando saquen la imagen en procesión con el ¡viva! entusiasmado de otro tiempo, ni arrastrará por plaza, callejón y carretera sus rodillas ensangrentadas! Y con tanto que había rogado en las violentas noches de enero, mientras la enferma oía, acaso, cómo se rebelaba el viento contra el postigo trancado... Pues bueno. No quiso, no quiso Dios. Entonces, al fuego aquel retrato, aquella venerada efigie del Cristo milagroso. En adelante, los domingos, como mañana, sería inútil que le vengan a rezongar los repiques del convento, llamando, llamando... Perderían el tiempo haciéndole recordar su buena ropa negra, su sombrero nuevo, su camisa almidonada. No irá más, allá. No volverá a poner el pie en la morada donde no le escucharon.

La noche ya es entera. Por si faltaba algo, las ranas, cerca y lejos, a dos pasos, a distancia de leguas, machacan hace un rato su cantar porfiado. Y todavía está muy retirada la casucha donde tendremos que parar. ¿No acelera las piernas este hombre? No. ¿Para qué? ¿Quién va a estarlo esperando arriba? Antes..., antes, sí. En sábados como éste era un placer extraordinario el encontrarse ya, desde las seis, apretujado en la plataforma del tranvía, con la esperanza de llegar con sol ante su puerta. Entonces sí que valía la pena de apresurarse

para, en llegando, poder largar en la falda de su mujer los duros del jornal bien ganado, sin guardarse una perra, y, satisfecho, callado, con raro orgullo, recibir de las otras manos maltratadas las pesetas para el tabaco de unos días. ¿Pero ahora? En cualquier momento lo recibirán lo mismo la frialdad amontonada de una semana, el silencio de su catre desbaratado, las cosas quietas, llenas de polvo, olvidadas, casi, de su trato.

Y así, con este desaliento del que nada aguarda ni es aguardado, del que sabe que no le echarán en cara demoras o ausencias, el señor Juan continúa aquel sendero en la llanura, densa entre la noche. Sin parar de pensar, sin interrumpir sus cavilaciones. Señor Juan, procure distraerse, hombre. Usted ya es viejo. Su cabeza no va a poder resistir tanto darle vueltas a su asunto, como si no hubiera en el mundo más cosas que atender. ¿Va a sacar algo con amargarse la existencia y seguir metido en su manía? Ya le digo. Mire que no es un niño. Mire que yo sé muy bien que usted apenas come. Y es peligroso...

En el paisaje igualado de la noche, observo que las luces de las casas habitadas se entienden guiño a guiño con las estrellas. ¡Las casas habitadas! Son las que pueden contener mundos pequeños, y donde todo lo imaginable, esperanzas, tormentos, alegrías, desconsuelo, amores, miseria, puede estar a estas horas encerrado. Llorarán los chiquillos hambrientos, o hablarán gravemente de cosechas los labradores, o se lamentará una ausencia, o se habrá hecho el silencio de la cena sencilla... Pero esto, lo que sea, es vida, animación, motivo de afán, eje de existencia, estrechamiento con el porvenir.

Para el señor Juan, nada de eso. Ni siquiera el brillo de la luz que en tantas ocasiones le hiciera caminar ahincadamente. Ya, ni molestarse en levantar la vista, ni procu... ¿Pero qué es aquello, señor Juan? ¿No ve usted iluminado aquel postigo de su casa que debiera estar cerrado? ¿Quién puede andar allí sin su permiso? ¿Qué puede ser?

El jornalero cincuentón, riendo, colosalmente alegre, rompe a correr para llegar más pronto. ¡Cómo jadea sin perder su sonrisa!

Salvada ya la distancia, hecha la jornada, a ver, a ver... Su puño hace retemblar la puerta carcomida.

—¡Abre, abre! —está gritando ya, rebosado de contento infinito.

Pero, ¿qué es eso de «abre, abre»? Entonces, ¿es que él sabe quién está dentro? ¿Cómo se enteró de que le habrán de franquear la entrada?

Y se abrió la puerta. Una sombra, con la mudez más enorme, con la gravedad más imponente, puso al señor Juan una mano sobre el hombro, como hacía su Juana cuando él regresaba cansado. Era su escueto modo de dar la bienvenida. ¿Hay duda entonces en que sea ella misma ésta que apareció en el dintel? No, no hay duda, es la verdad. ¿Pero hemos de creer en fantasmas o en cualquier otra especie de aparecidos?

¡Oh, señores, no en vano he venido acompañando al labriego a toda la distancia del camino! Ahora que la puerta parece haberse cerrado de nuevo, yo le juro que la luz ha desaparecido, y que para nosotros, serenos, en plena verdad, el señor Juan estará dentro, pero tan solo, tan desprovisto de compañía como este mes transcurrido desde que falleció su Juana.

Yo, por mi parte, ya me libré de la influencia que irradiaba de aquella mente ansiosa. Y he creído ver... Y sentí la alucinación... Mas ahora me encuentro ya en mi cabal sentido. Tal vez la ilusión creó en su alma el milagro. O serán los poderes sobrenaturales que, de esta manera, quisieron hacer las paces con un hombre honrado.

De lo que estoy más seguro es de que el lunes, en Santa Cruz, lo echarán de menos en su brigada; de que no saldrá de este contorno; de que la gente mirará con pena al oírle decir palabras y más palabras sin venir a cuento.

MI VECINA PALMERA

Desde el arrullo porfiado de mis palomas, siete, dueñas de tanto ocaso amarillento entrado familiarmente tarde tras tarde, fui a parar con mis ojos a la palmera perpendicular, bien peinada, de allá enfrente.

El barrio vivía. Vivía el niño disputando, golpeando en las huertas con su palo destrozador, manejado demasiado bien para las indefensas matas de la lechuga y para las delgadas vainas del cebollino crecidity. Vivían las ventanas con sus mujeres. Vivía, supervivía el automóvil roncadory, verdadera serpiente de cabeza colérica y rabo de velocidad con polvo y humo. Y el otro humo de las chimeneas, el de tejas arriba, iba a contar algo de la cocina a la más próxima estrella.

La palmera, con sus tramos cortos, dejada crecer sin ningún impedimento, tuvo no sé qué ocurrencia o agradecimiento de entablar relación conmigo. La palmera tiene todos los contactos del mundo. ¿No está el de la atmósfera, espesamente azul? Las prolongadas hojas, caídas, reverentes, no han podido soportar más peso de aire y sol. Están a punto de ser desgajadas por tanta visión de cosas lejanas y próximas, como si cada una de ellas hubiese venido a poner un pie sobre estos abanicos verdes y zumbadores. ¿Dónde canta mejor la tormenta? ¿Desde qué sitio el viento derrama sus más auténticas medrosidades? Este árbol conoce también la tierra, la que se vuelve a sí misma, aquélla que no ha visto al sol cara a cara, la que se quedaría perpleja si se le preguntara qué cosa es una barba de labrador.

¿A quién pertenece? A nadie, señor, a nadie. Pues qué, hombre, ¿tú eres de alguien más que no seas tú mismo? Las cosas todas son independientes. Mi palmera gallarda, también. ¿Qué le vamos a hacer a la suerte que permitió su crecida aquí, junto a la casa pobre? ¿Hemos de increpar a la casualidad porque dijo aquí te planto?

Un señor (¿es hombre esta bola de carne de gruesas piernas y formidable vientre?) que no puede ser imaginado sin el gran tabaco negro con que hace lodo inmundo dentro de la bocaza hedionda, piensa muchas veces al día: «Soy propietario, soy propietario...» Y se da a respirar con resuellos so-

noros, satisfacción. «Aquella finca, mía»... «Aquella casa, mía, muy mía». En este instante, ¡qué mirada de desprecio al agobiado herrero que cruza con su herramienta, la que es de trabajar y de comer! «Soy propietario»...

Pero las cosas son irónicas además de independientes. «¡Qué se creerá este embustero! ¿Propiedad sobre mí?», dice la casa por la boca de su puerta. Y, segura de sí misma, lanza hacia dentro con estrépito su propio tejado. Se cayó el techo de la casa. Sin quererlo el hombre. A pesar del hombre gordo. Con la teja y la viga, con la cal y la arena, bajó asimismo el susto, disparado, llenándolo todo. Era hora de que algunos trozos del tablado, hasta ahora huérfanos de luz, pudieran ver con comodidad los altos panoramas de cielo descubierto. ¿Y ahora? ¡Mala suerte! Eso dice el propietario. No alcanzaría nunca a saber la verdad secreta de este efecto: el tejado al suelo.

«Así las cosas, señor (está hablando la palmera, mi simpática vecina), una vez me enojé. El del tabaco negro vino un día hasta mi pie, más orgulloso que nunca, más imposible de vanidad y ostentación. «Me han pedido unas hojas de palma para adornar un arco de triunfo. ¡Buen amigo, el alcalde! Voy a mandárselas, ya que a mí no me hacen falta, pues hay que ayudar a hacer la fiesta preparada. Pedro, ¡eh!, móntate arriba y ve tirándolas con el serrucho.»

«La indignación hacia el otro, disponiendo del abrigo para mis palmitos tiernos, como niños, precisamente en esta época invernal, madre del frío y de las aguas, comenzó a producirme temblor tremendo de rabia y odio. Ya el mozo Pedro me abrazaba, se me encaramaba penca a penca. No vi, no quise ver quién pagaría el atrevimiento. Cuando Pedro, ¡pobre cuerpo nuevo!, ya me había dado la primera dentellada del acero, yo le hablé bien claro, aconsejándole. «Márchate, déjame en paz». Y no. Seguía. ¿Por qué no aprenden los hombres nuestra lengua misteriosa? Pues bien, allá va. Un resbalón, un querer agarrarse a la misma hoja medio desprendida, ¡un volar hacia abajo, con ella, fugazmente! ¿Qué fue? ¡Cráneo roto, hombre muerto! Pagó él la ajena culpa. Però día vendrá que el vientre enorme quede paralizado por alguna venganza de las cosas sensibles, mis hermanas...

EL LUNES

I

Anduvieron de acá para allá, recogiendo del sol del verano y de las calles una capita más de sombra para los rostros ya morenos. Habían de entornarse los ojos hasta el límite, porque la luz, diluviada, triunfadora, sin enemigo fuerte, acometía tenaz y caliente a las pupilas.

Daniel tenía sudor sobre el pecho, a lo largo de la espalda. Rodaba alguna vez, tras la oreja, una gota demasiado henchida para quedarse en el lugar de su nacimiento. Pero él no dejaba de caminar. Iba con su madre, no sabía dónde, de la mano. Mientras cuidaba pisar dentro de las rayas de la acera, sin tocar ninguna (ése era el mérito), marchaba satisfecho, dejando para otras correrías las hojas grandes del suelo, las cajas vacías de cerillas, la flor tentadora desbordada de un tapial...

Todo este trajín de oficina en oficina, cerca de rostros barbudos, junto a raros instrumentos médicos, había de terminar en la satisfacción inaudita de su curiosidad dislocada: en la escuela. Para entrar en ella era preciso dar muchos pasos, responder preguntas, sufrir en silencio las dos heridas de la vacuna...

Pero ya está. El próximo lunes, ¡ea!, a ver qué pasa, y a colarse de lleno en el nuevo mundo. ¿Hay que alegrarse? Sí. ¿Y por qué? ¡Vaya usted a saber! Pero lo cierto es que Daniel se ríe como un tonto y va impaciente, camino de su barrio, donde campan los compañeros: Lucas, el hijo del ventero; Andresillo, el niño rubio de la viuda de enfrente. ¿Dónde andan ahora? Esperaba hallarlos aquí, de barriga contra la muralla, viendo cómo llegan y se marchan los barcos grandes, las falúas inquietas, las gabarras. ¿De modo que aún va a tener que aguantar un rato su noticia?

—¡Eh, tú y tú! El lunes, a la escuela.

¡Si todo el mundo lo sabe! La montaña, el sol, la jaula y los pájaros del zapatero Pedro, el mar mismo. ¿Qué otra cosa va a ser esta brillantez de las aguas, este cántico precipitado de los picos prisioneros, todo el regocijo que nota Daniel en lo que se le pone por delante?

Mira a una cigarrera que pasa, con una sonrisa enarbolada en los labios, y es que va pensando: «Daniel irá a la escuela». Alcanzan sus ojos de chiquillo el árbol que en el cuartel de Almeida no cesa de hacer reverencias, y esto no puede significar sino un: «¡Bien, bien, Daniel. A la escuela!»

II

¡Dios te salve, buen día radiante! ¡Salud, cielo, hilos del telégrafo, azoteas, macetas pintadas!

¡Qué inquieta fue la noche anterior! ¿Hubo tormenta, viento fuerte, granizo? ¿Escandalizaron la calle los borrachos domingueros? No, señor. La calma se durmió al aire libre, mientras las horas sordas desfilaban en cuerda, muy despacio. Pero el contraste, con tanta paz desencadenada, sólo estuvo, que yo sepa, en el mecanismo de Daniel por dentro. Saltaban de un modo nuevo acá, en el lado del corazón. A obscuras, sobre el jergoncillo con fiebre, era lo mismo cerrar o no los ojos inútilmente vigilantes. Alguien que se había encaramado en la parte de detrás de su frente, no sabía vocear otra palabra que aquella de «mañana, mañana»...

¿Mañana? ¡Ah! Ya entiendo. La cosa nueva. Saber de libros y pizarrines, de secciones y mapas. Tener que comenzar el asunto de los palilleros entre el papel y los garabatos. ¡Hum! Eso es grave. ¿Será valiente? Y hallarse dentro de la casa grande, en el misterio que anuncian las cristaleras cerradas de la calle. Y el sonido, como de mar picada, escapándose a volar por no se sabe qué resquicio de ellas...

—Mañana...

Es decir, la primera entrada triunfal a la vivienda de lo desconocido, con los ojos dispuestos a saberlo todo y a retener. Con el oído alerta para coger todo murmullo y toda voz. Disfrazadas cosas que allá dentro estarán esperando a Daniel, el último alumno, el que hará esfuerzos gigantescos para no ser arrollado por tanta fuerza obscura y tremenda almacenada en el recinto. Sí, señor. Dentro de poco, él presentará su corazón como un regalo llevado sobre las manos diciendo al entregarlo:

—Haga de él lo que quiera, señora Escuela.

Ya veremos. Ahora lo tenemos desnudo, en la puerta abier-

ta a oriente, saludando a todo lo visible con la voz de su contento:

—¡Hurra por ese pájaro, por la nube, por la palmera, por las alpargatas que voy a estrenar!

III

Mediodía del lunes. Del lunes que ustedes saben.

En la casa de Daniel chilla la sartén endemoniada donde se han muerto mil veces las sardinas del almuerzo. La madre tiene el vientre ardiendo, junto al brasero iluminado, y piensa un poco en lo que su hijo, que está al caer, le contará.

Dentro de la alcobilla sin resonancia, carraspea el hombre de la casa, padre y esposo a un tiempo. ¡Ahora se levanta este individuo! Ya lo habrán echado de menos en el muelle, al notar la falta de su carro. Esto es el resultado de no dormir mucho, por culpa del vino y de los compañeros. ¡Allá él! Y oigan, oigan la carrera que trae el chiquitín por el callejón adelante. Vedlo. Rojo, radiante. Lo trae de la mano la Hermosura misma.

¿Qué hace esa gente mayor que no sale a recibirlo? Su madre sólo ha vuelto un poco la cabeza. El carrero ni siquiera le ha mirado. ¿Pero es que no oyen ellos la armonía levantada por toda la tierra para celebrar el suceso de la primera visita a la escuela? Están cantando por todas partes. Las campanas, los carpinteros vecinos, la criada de la viuda, las sirenas. Las gaviotas, por verlo en este célebre momento, han llegado a rebasar la muralla y por poco se meten casa adentro. Entonces, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué no se hallan abiertos los brazos familiares que venía soñando?

El trae un montón de cosas que decir, lo que ha visto, ¡tanto!, lo que ha sentido. De memoria se aprendió las palabras que le regaló el maestro anciano. Guarda las sonrisas y la estampa que su compañero de banco, aquel niño de lunares, le cediera. ¿A quién, pues, referirlo todo? El esperaba... El creía... Pero sus padres callan demasiado.

¡Maldito silencio, tumba de ilusión! Daniel, Daniel, ¿te has olvidado ya de los bofetones paternos? Mira que, a pesar de tu entusiasmo, hay un golpe próximo a caer sobre tus mejillas inocentes. ¿No ves que no te entienden, hombre? Hoy, hijo, ¡pues un día de tantos!...

IDA Y VUELTA

I

Vosotros la visteis salir, campos de Taganana... Largo camino. Polvaredas sobre los ojos. Fatiga de tanto caminar. Hasta las piedras humilladas creyeron en la tristeza de la mujer que andaba. ¡Ay, alarma del corazón, hondo apuro por aquel chiquitín que trajo en brazos! Muy maldito. A ver si allá se lo salvan los hombres que lo saben todo, los que mirarán a través del cuerpecito atormentado como si fuese cristal. Sí, mucha esperanza, para que venga luego la realidad, nueva risa del pequeño, otra vez el trotar de sus piernezuelas vivas, alegría para todos en casa.

Y el camino se alonga a los barrancos, retuércese abrazando pedruscos, súmese en el mar del monte espeso, para salir refrescado y audaz hacia el blanco de la población lejana.

El sobretodo negro se pierde, tan solo, tan acongojado, allá en la comba de la vertiente baja. Madre y chiquillo. Una cosa que oscila apenas entre la abrupta distancia. Una gota de dolor moviéndose sobre una senda del mundo.

II

El padre, lejos de su vivienda, un peón más entre los cincuenta que levantan la caña del tomate. Las muchachas, enaguatadas las manos, se hartan de trabajo y de reír, dando la juvenil espalda a todo lo excelso de la altura. Labor. Las palabras, los secretos, los pensamientos, están cayendo, en mezcla con la hoja mala, sobre los surcos. Algo se lleva el aire, el viajero de cumbre a playa. Por paredones, carreteras y arbolillos, va esparciendo este mezquino polvo de humanidad.

El padre encoge su corazón. Una cuerda ciega, invisible, interrogadora, lo une con su puerta distante. ¿El hijo? ¿Mejora? Desde la madrugada en que dejó aquello para venir sobre esta huerta, acaso Dios haya asistido su pobre hogar. ¡Si no es El!

La mano del hombre aparta lentamente del fruto ya pin-

tando aquello que le robe el sol. El fruto coloreado, masa redonda, con formas diversas... Y sin querer, he aquí la representación de su afán, el dibujo de unos labios gordezuelos, la aparición de unos ojos brillantados por la fibre, una frenecita ardorosa. Se ve al niño, clavado en el rostro su mueca doliente. Todo es ahora para el alma del hombre.

III

La consulta está terminando. En esta tarde fatigadora el viejo doctor ha hecho conocimiento con una veintena de cuerpos maltrechos. Organismos desequilibrados que guardan un rincón sufriente. Hasta él fue preciso ir, buceando con la antorcha radiante de la ciencia.

En el zaguán, más silencio. Quedan dos personas en espera. Un herido del puerto con su brazo en cabestrillo, cortada la manga de la camisa, venido para la dolorosa cura diaria. Una mujer del campo, rostro triste, brazos llenos de amor. Ella no quisiera pensar. Son muchas cosas, mucho trabajito. El niño, el cansancio, el regreso, la noche encima...

—Pase otro.

Y el ordenanza entreabre la puerta que se traga al obrero. Dentro, inmediatamente, la venda que se desata, la desinfección minuciosa, el lavado implacable, creador de gritos desesperados que no llegan a sonar por valentía. Cuando sale, el sudor frío se mira cuajado sobre la empalidecida frente. Hasta mañana, otra vez. ¿Cuánto durará esto?

—Otro.

Pero es que en el zaguán (ya una boca de la noche) no queda nadie. En vano la requisita alborotando la sombra. Inútil adquirir a entrambos lados de la calle. Y había una mujer...

¡Ay, campos de Taganana! Vosotros la veréis llegar cuando Dios quiera. Lo que lleva en los brazos, ¡qué cosa!, ya no es vida, ni es niño, ni humanidad...

¡Mujer tremendamente sola por el camino, ojos ciegos de llanto, corazón inconsolable! ¡Frío entre los brazos!

PENITENCIA

I

Una tarde, el barrio entero se ahogaba en polvo. Derribaban. Los lienzos de pared, los bloques de techado, caían muriendo de una vez. Buitres de pico incansable se le montaban a la carne, hendían, desgarraban. El pobre edificio...

Otras manos que en un tiempo borrado elevaron el refugio, las que ahora nadie sabe dónde paran (aunque hay una pista a seguir por los camposantos), temblarán por las tierras del mundo ante el estrago que hoy se hace de su obra.

La iconoclastia sin sentimiento. Pasan los hombres y se quedan pensando todo el día. La escuela estuvo allí, rememoración de sus niños, metidos y apagados en sus hombros. Alguien recuerda cosas. Otros añoran rostros y objetos.

Pero el polvo volaba y se iba a las chimeneas y tejados circunvecinos, con el cuento de aquel día lejano, de aquella tarde lluviosa, de aquella noche formidablemente cuajada de constelaciones.

Y otra tarde, ya nacían los huesos nuevos y se entrecruzaban en el esqueleto, alzándose tejidos de cal, cemento y piedra. Sus ojos vacíos aparecieron. Se llenaron luego de pupilas. Quedaron terminadas puertas y ventanas. ¿Para qué? Para domiciliar la boda próxima, para olvidar con otros empeños la vieja historia del solar.

II

Este hablador que se ha parado enfrente lo dirá mejor que yo:

—Aquí, caballeros, trotábamos cien chicos mañana y noche. Aquél, aquél también, el hoy don Isidoro, que no suelta el bastón ni se quita la barba. ¿Lo véis caminar? Un viejo verdaderamente viejo. El contribuía al esplendor de la colmena. Nadie pasaba de los catorce y nunca se vio el atrevimiento de alargar prematuramente el pantalón. ¿Quién dijo que aquello era la escuela? Verdad que sí y más verdad que no. Todo

el día jugando, de salón en salón, de corredor a huerta. Todavía recuerdo las manzanas altas y el naranjo cuajado y las pelotillas de ciruelas. Mundo viejo, buenas horas. Aparecía el agua por mil sitios, construíamos radas y montañas, adelgazábamos los istmos y los promontorios. Barro para las manos y baño para los sucios. Pues el escenario ha cambiado. Ahí esta casa presuntuosa, con jardín trasero, árboles cortados, plantas alineadas. Todo se lo ha llevado la trampa y no queda ni el antiguo suelo. Mucho menos, la cara pálida de Leocadio, el maestro. Solía decir: «¿Qué es eso de don Leocadio, imbécil? Yo no soy enemigo de nadie ni quiero enemistades, que eso es fruto de ceremonias. Leocadio a secas. Compañero, camarada. Aquí se aprende a vivir.» ¡Cualquiera acierta ahora con el paradero de aquellos ojos fulgurantes!

III

Pasan los dos, acomodando a un único ritmo el movimiento de las piernas. Todos los días, a la misma hora, regresando o iniciando idéntica ruta. Uno es más anciano, el que tiende la vista al frente como una sonda de obstáculos. Pobre vestimenta parda. Sin barbas. Poco pelo. El otro, todavía entrecano, menos espaldas, menor tiempo cargado. Este es el niño grande que se deja llevar, presentando un rostro donde sobra algo. Sobran las pupilas y sus cavidades. Para nada sirven.

Uno conduce y otro va en tinieblas. Alguna vez hablan o refunfunian, pero muy por lo bajo, con esa cautela de medio tono que les libra de curiosidades al paso. ¿Sabéis cuándo el silencio no se interrumpe o cuándo el silencio se impone, cortando los coloquios pueriles? Aquí, al momento de deslizarse ambos a lo largo de esta fachada reciente, en donde el piano estalla como una ametralladora. Entonces, la mano torpe roza el muro a trechos, cae un tanto la cabeza sin luz, parece que se tocan los recuerdos de su cerebro y llega una extraña música de órgano, lejanamente arrinconada.

El rito se cumple diariamente. Pero un día dice el ciego:

—¿Han recompuesto el caserón? Noto pared lisa. No encuentro aquellos rotos de pared maltratada.

—Reparaciones. Estaba feo para la gente.

—Eso fue...

—Cuando estuviste enfermo.

—¿Me engañas? ¿No será otra cosa?

—¿Por qué engañarte? —y la voz del guía suena insegura, aunque acentuada en convicción. Sabe que hace una caridad, no destruyendo el fervoroso afecto de aquel corazón enclaustrado en su monasterio de recuerdos.

Acabada la casa en la esquina, se pierden limosneando en la alta ciudad. Nadie sabe, nadie recuerda esta ligazón que los hace inseparables. La población entera debería guardar celosamente el monumento vivo, traslaticio, vigoroso, que tiene erigido sin saberlo, un honor a las verdades que quieren ser inmutables. Ellos llevan dentro una, muy perfecta, muy límpida, que pudiera arrastrar tras sí todos los carromatos de filosofía. Y la llevan de una manera latente, practicada, lejos de las arideces teóricas, que son palabras, sonido, oquedad inerte. ¡Si supierais, hombres!

IV

Aquí es el punto de tutearte, amigo. Cuando imagines que el descuido te abandona y que las miradas caen despiadadas, heladamente incompasivas sobre tus trapos aventureros, recuérdame. Estaré contigo. Yo me eché a buscar almas claras tantas veces, que la obscuridad me dejó costras de su vacío. Erraba. La desorientación no se hacía patente sino al tiempo de regresar sin nada entre las manos.

Pero logré tropezarte. Tú, sometido a las negras influencias, noche en tus órbitas, has parado en casi oxidación de ser humano y quedó la escoria como única razón de tu pedazo ambulante. Así te veía. Pero una llama que translucía me hizo repasar tu sendero. Detrás del humus descompuesto, inservible, estaba la animación de un mundo que se me extravió cuando fui niño. Claridad. Sinceridad.

Permíteme pensarte. Cuando los aldabones resuenen en alguna parte, son dos, tú y yo, quienes aguardan la dádiva solicitada. Me voy contigo, porque no puedo sacudirme la soledad. Bien sabrás dulcificarme la lluvia, divinizarme las noches, transfigurarme los sueños.

Pues que eres el cabo suelto verdaderamente salvador que

mi puño ha apretado, nadie me desasirá. Seguiré tu silueta, por las auroras, por las tinieblas. Equidistante, como segunda sombra visible o presentida, para que la extiendas en tus santuarios de reposo, como jergón, como abrigo, según cuadre a tus mudas mansedumbres.

V

Y tú, escudo muscular (can o persona), ya justificas el existir al cumplimentar una misión de muralla y faro. Podrás decir al compás de la agonía que serviste al mundo contra el mundo mismo. Que la desgracia fue apartada. Que el tope no estuvo rebasado. Que las aguas nauseabundas se dividieron en dos colas al pie de tu conciencia, pasando sus rebalajes sin manchar.

Lazarillo, conductor de un convoy desalentado, lanudillo o harapiento. Dulce amarre de cadena. Suave mano dé amistad. Terroso, sin mucho ojo para el frívolo fragor.

Yo estoy viendo llegar los días en que tus cofrades hagan legión dominadora. Partido el orbe en dos mitades, para que los vagabundos todos desconozcan dagas, hambres, quicios y tempestades. Entonces, que sea el diluviar para los campos. El viento, sólo para molineras tareas y lienzos de velámenes. Sustraídos todos los corazones calientes, mientras cruce bramante cualquier aluvión. Todos los cobertizos y tendejones llenos.

VI

Para apoderarnos del pasado, claread un poco la mirada. Dad atrás a los relojes muchísimas horas, y así estaremos dentro de aquella época transcurrida. Hasta reconocerla por sus romanticismos, por sus faltas de avión, teléfono, radio y celeridades.

Eso es. Y las llamas de gas predominando azulencamente en las calles. Pleno dominio de los cocheros, dueños y señores del rodaje principal urbano.

Pues el edificio también cruzaba una edad amable, de oro. No pensar en gallardías de ventanales ni en airosas colum-

natas ni en pavimentos resplandecientes. Erase una vez un colegio... Centenar de niños, tan luminosos de rostro y espíritu como luminosas se anuncian las mañanas de abril. Se daba el milagro de una matrícula copiosa y el otro prodigio de retenerla, siempre en trances de entusiasmo.

Leocadio la formó. Quiso sentar vida verdadera, preparando la salida próxima a los caminos de la hombría. Iniciarla desde aquí, apartando de manera suave los espejismos ficticios. Un libro era cosa rara en el recinto y casi todo cabía en el ejercitar placentero de las manos, que es a un tiempo goce de ejercicio mental. Ellas se combinaron con trozos de madera, hojas verdes, pequeñas herramientas. Cuajaba el placer de rayar arena, de sentirla, de recordar los mares. La sepultura de semillas, los riegos cuidadosos, presenciar el apuntamiento florido, asomarse al misterio vegetal. Y se obtenía la virtud del número y la plasmación del mapa, creando correntinas y estancadas, calando tierras y remontándolas. Compañía del animalucho casero. Saber de alas y mansas camaraderías...

Sin cortar júbilos inefables, se adquiría el buen sentido de la sociabilidad. Parejas que se elegían libremente, uno de cuyos elementos hacía de protector. El grande, orientando al pequeño, erigiéndose en defensa, aquí, allí, hasta donde alcanzase la virtud escolar.

Las dudas, a Leocadio, hombre múltiple, regocijado siempre, derrochando inteligencia y energía, clave de sonrisas, de una atención, de un delicioso interés pequeñuelo. ¡Cuánto respeto infundido hacia las obras ajenas! ¡Cuánta estimulación, saliendo airosa y limpia de los barbechos envidiosos, desechados! Valerse de sí mismo, crear cosas, para ir llenando de certezas, el cerebro, sin saberse bien de esta faena de plenitud en marcha.

Solía la mañana de marzo abrir dramas dolorosos. Llegar de casa y enfrentarse la chiquillada con matas partidas, parcelas inundadas, helados pajaritos, obra triste de la violenta orgía de la noche, era tropezar con los primeros pedruscos de la vida. Las frentes se plagaban de sombra, las bocas destilaban gestos lastimosos. Aquí de Leocadio, su instante cumbre. La carcajada recia sonaría estrepitosa, al lado del cadáver alado y de la desolación de los plantíos. ¡Arriba los

ánimos! Vamos a llevarlos al comienzo, reedificando con nuevo denuedo para el éxito de otros días.

—¡Eh, muchachos, sursum corda!

VII

Os contaré que Luis y Adolfo rivalizaban con Antoñillo y Juan. Dos parejas agrícolas. Podían, si se cuadraba, dar lección a los restantes colegiales. Luis, con Adolfo, un rubicundo y pecosillo mequetrefe, adoraban su magnífico ciruelo. Antoñillo y Juan habían hecho crecer el suyo, también envarado y elegante, junto al otro. Una verdadera competencia en mulir, aporcar, riegos, podas y observaciones permanentes.

Una tarde, Luis tuvo un sobresalto. El arbolito ajeno ya echaba una flor. Despuntaba tímidamente, adelantándose, como una trompetilla de la cercana primavera. En cambio... El ciruelo de sus amores, por más que fiscalizó una a una las ramas, brotes y escondites, callaba en cuanto a anunciar siquiera el nacimiento de un cáliz prometedor. Mucho menos, la aparición de una corola pintada donde pudiera estrellarse la vanidad de la otra pareja feliz. La envidia, que estaba dormida en un rincón de su cerebro, despertó silenciosa, armada de maquiavelismo destructor. Luis no quiere dejarse vencer. Una ojeada alrededor. Nadie. Momento propicio para de un manotazo destruir el apunte florido. ¿Qué? ¿Está ya? Sí, señor. Hecho. Quedaba restablecida la igualdad.

Siguiente día. Luis oculta su trampa. Está escondida en el recelo de sus ojos, detrás de sus pupilas entintadas. Pero he aquí la nueva obsesión. Por otra parte, como saliendo a vengar una fraterna muerte, se asomaba a la mañana otra cabezuela blanquecina. En el arbolito vecino. En la casa del enemigo. Pues tampoco ésta vivirá. ¡Fuera con ella! Y en su puño apretado queda deshecha, como una mariposa cazada violentamente, la segunda provocadora.

—¡Envidioso! Espera, que ahora vas a saber...

Sonó la frase como un castigo del cielo. Una voz semejante a aquella que debió escuchar Caín, el primer asesino. Antoñillo llegaba corriendo, rojas las mejillas, llameantes los ojos, crispadas las manos. Y allí fue el duelo. Cuerpos que se enzarzan, ropillas desgarradas, arañazos, resoplar de odio, y,

tras un forcejeo final, Luis que va a caer de un violento empujón sobre su mismo frutal.

¡Oh, qué grito, más de bestia que de niño, más de hombre en tormento que de muchacho en riña! Un desgarrador lamento metiendo la tragedia en plena huerta escolar. Todos aquí, a este punto, anhelantes, despavoridos. ¿Qué fue?

El chico fue sacado de entre las varas, con crecientes gritos de tribulación que apuñalaban los corazones, que cortaban la paz de la mañana azul. Cuando esto ocurrió, Luis se vio entre brazos. Sus ojos aparecieron como dos fuentes sangrientas, su rostro era una máscara roja, impresionante. Antoñillo quedó plantado, centro de un mundo volteante, pálido, rostro de azucena...

VIII

Hoy, ya lo véis. Antoñillo, Antonio más exactamente, y su ciego compañero. Para toda la vida. El que tiene mirada pasa su existencia en perpetua redención. Cruzó por la juventud como un cometa, sin tiempo que perder, abillantado junto al antiguo enemigo. Entró en la madurez como a un templo, oficiando su sacerdocio de sacrificio íntegro, que no terminará sino cuando uno de los dos sucumba en la siega de la muerte. Lo que tiene al lado es cadena de dulzura en la que se ató aquel día memorable, cuando la tragedia le marcó sus alas puntiagudas.

Pasan serenos, dejando huellas suyas en las bocacalles, los quicios, las aceras destartaladas, para que se tengan en cuenta en la fecha sería señalada para que la ciudad posea su historia.

EL MAESTRO ABEL

I

—Pues sí, señorita. Me engañaba mi mujer. Por lo que ya he contado, debe saber que fue una verdadera desgracia el haberme muerto tan pronto. Porque si no, mi venganza...

—Y... ¿cómo le engañaba? ¿Qué hacía ella?

El maestro Abel se quedó mirando de hito en hito a su vecina de sepultura, con una insistencia asombrada.

—Pero entonces, joven, ¿qué es lo que usted sabe? ¿Hasta dónde llegan sus conocimientos? Hace unos instantes tuve necesidad de explicarle lo que era amor. Y ahora... Vamos, hija. Es preciso que me cuente lo que hizo usted en el mundo. Diga, diga algo, para yo enterarme hasta qué punto se le puede hablar. ¿Es que la tenían siempre encerrada?

—Yo era colegiala de Nuestra Señora de la Merced. Apenas salía. Desde el colegio me trajeron aquí.

Otra voz gruesa, anciana, se levantó a la izquierda del cadáver de la colegiala:

—Esta murió cuando yo viajaba por el extranjero. Me avisaron por cablegrama, pero llegué veinte días después de enterrada mi hija.

Silencio por parte del maestro carpintero. Renunciará a seguir sus doloridas confidencias con esta vecindad familiar que, de todos modos, no podrá hacerse cargo de la situación ridícula y última a que le redujeron en vida. Pero bajo tierra, reseco, terrible, retuerce palabrotas e inventa impropiedades contra los que le habían burlado. Es su manía. Su idea única. Es lo que trajo de la existencia antigua y que no han podido morderle los gusanos.

Su vida, es decir, su muerte en el camposanto es bastante monótona. Fuera de algunos rebeldes a la quietud indefinida, fuera de los que todavía les queda bullendo un recuerdo, una preocupación, algún deseo insatisfecho cuando fueron unidad humana, todos se encuentran a placer en su inmovilidad perfecta. Si no guardara aún la indignación de su resquemor perenne, el maestro Abel se aburriría infinitamente. ¿Qué importa que la tierra sea para él transparente y que a veces se

detenga en el panorama siempre igual de los féretros, en la contemplación de las actitudes que adoptaron los enterrados? No es bastante tampoco la efímera novedad de los que van llegando. Ya no les interesa calcular, como antes, en sus primeros días de sumergido, sobre la solidez o imperfección de los ataúdes, aplicando su experiencia del oficio. Todo, vulgaridad.

Hoy había querido franquearse con su joven amiga de al lado. Le había sido simpática su calaverita ingenua, le gustó su sonrisa dental, llena de gracia. Y, efectivamente, habló por un rato. Pero tropezó con la inexperiencia, con la candidez eterna de la niña que no supo amargas cosas. El papá era un desconocido para el carpintero, y éste, siguiendo su antigua costumbre, ley del gremio, no transigía en tratar con burgueses.

Además, ¡aquella idea de su afrenta! ¡Aquella impotencia para vengarse! Pronto, muy pronto, demasiado aprisa, le volvía a atormentar la visión de sí mismo, como hombre ofendido, como ultrajado esposo. Y era la desesperación...

¿De qué manera se alzó su colosal tormento?

II

He aquí que el taller de carpintero, a la cola de la tarde, lanza los últimos cepillazos, las postreras lluvias de serrín. Algunos oficiales, cigarrillos entre labios, cuelgan ya de un hombro la chaqueta de trabajo. Pronto se quedará el silencio solo, oliendo a madera cortada, entre obscuridad y obscuridad.

Pero hoy la prisa es del maestro. ¿Qué le pasará? Se ha colocado hace una hora la gorrilla azul, se ha puesto en la puerta de la calle, apoyado en una hoja, como suele hacer otros días, una vez bien sonadas las cinco campanadas libertadoras. No hay duda. Algo le impacienta.

Y es verdad. El asunto que trae entre manos con su compadre, lo merece.

—Como me descuide —había dicho—, no voy a tener ni quien me saque al sol cuando sea viejo.

—Pues hombre, a casarte —aconsejaba el compadre Benito—. Para soltero has tenido bastante con tus cuarenta años.

Y tantas veces había oído decir lo mismo, tanto se iba

cansando de correr tabernas y de sentirse solo, que determinó una boda en seguida. Y aquí estaba ya Benito, su colega, saludando a los que se marchan y preguntando por el maestro Abel.

Hubo conferencia, salpicada de vino, allá dentro, en el cuarto desordenado. De aquí salió el acuerdo. Se casaría con la muchacha de su compadre, una mocita santa, callada, humilde, la mujercita de la otra casa de carpintero. Ya, más de una vez, en los arrechuchos que padecía el solterón artesano, cosas del corazón, Benito y su chiquilla se portaron bien como enfermeros. Ella, sobre todo, que tenía unas adorables manos de caridad y unas palabras que, de dulces, hacían olvidar la enfermedad y el pesimismo del paciente. Nada. Decidido.

Y así sucedió. Ella no dijo nada, no presentó resistencia. Si acaso, allá en el fondo de su alma saltarina... Pero tan profunda tuvo que estar la voz, que nadie oyó. Sencillamente, fue trasplantada a la nueva casa, sin que el cambio la sorprendiese demasiado. Y de este modo, gozoso él, silenciosa ella, comenzaron a correr días, a afianzar costumbres, a realizarse menesteres. El taller, sonando siempre con las garlopas y las sierras. Hasta que...

Al oficial más joven, un muchacho flacucho, Pedro, con cara de tristeza y de poca salud, le fueron más soportables las jornadas laboriosas desde la aparición radiante de la reciente esposa. Sus ojos, hondamente oscuros, cobraron vivacidad terrible, se animaron, grandiosos, en silencio.

Y sucedió la cosa esperada. Consecuencia del desnivel de edades entre los hacía un año casados. Oficial y amita se quisieron. Una noche propicia huyeron juntos, cuando en el tabuco de siempre, el maestro Abel, medio curda, pregonaba lo siguiente:

—Nosotros, compañeros, somos la fuerza. Nosotros... ¡Abajo los burgueses!

Le dieron la noticia al día siguiente, pasada la borrachera. Había buscado por taller y casa a su mujer. Cuando lo supo todo, su corazón, cansado de andar y ahogado por la enorme sorpresa, llena de horizontes sangrientos, dijo que no más. Y el maestro cayó fulminado, redondo, entre sus maderas, tablas y herramientas. Cosas del corazón.

III

El anochecer está alogando sobre el cementerio quieto, y va descendiendo lento, seguro, hacia los sepulcros, como una prensa de tinieblas. Ráfagas de sol puesto, lanzadas hacia arriba, muy lejanas, allá entre sierra y firmamento. Se cerró la portalada de los muertos. Una comitiva breve, ocho o diez sombras en el camino, vase de nuevo a la ciudad ya iluminada. Después de abandonar en el depósito de cadáveres una miseria más expulsada de la vida, vuelven a encadenar afanes con intereses, júbilos con angustias...

Y se quedó el que mañana ha de ser enterrado. Esto ya no es importante ni para sepultureros ni para sepultados. Vienen, vienen muchos, con bastante frecuencia, sin faltar un día, a engrosar las osamentas. ¿Uno más? Bueno. Es indiferente esta llegada nueva.

¿Pero es verdad que a nadie importa? ¿Ninguna fibra familiar o amistosa se apercebe de este nuevo montón de casi polvo? Usted, maestro Abel, ¿no sabe nada? ¿No le avisó ninguna racha de misterio?

¡Eh! ¡Que el maestro Abel lo sabe todo! Desde que el ataúd penetró en el recinto del camposanto, conoció al que traían yerto. ¡Oh, contento! Pero él aguarda, aguarda sonriente, loco de esperanza. Cuando corra más la noche... Cuando nadie se dé cuenta...

Y corrió la noche, es decir, bajó, oprimiendo angustiosamente tierra, lápidas, cruces. Los grandes dormidores, bajo el suelo, siguen soñando, como antes lo hicieron en sus lechos y hogares. Pero algunas sombras, del brazo o solitarias, pasean despacio las avenidas, hablan en voz muda, desaparecen, se hunden, vuelven a surgir. El maestro Abel tira de su sombra como de un manto. Por las puntas de los yerbajos y los poros de la tierra, aparece a la noche, alzándose con lentitud. Era la hora esperada. La de los pavores.

Rozando aristas de mármol, pinchos de verjas y tallos de matas, hace derecho su camino hasta entrar en el depósito obscuro donde se enfría cada vez más el cadáver recientemente ingresado. Una triste carroña de hospital. Un tuberculoso esquelético enfundado en negro.

El ex-carpintero abre enormemente su sonrisa. Por fin, habían de caer implacables su brazo y su venganza. Porque era

éste el antiguo burlador, el raptor de esposas jóvenes... El que había colgado a su memoria el harapo de una afrenta... ¿A qué pensarlo más? Mucha espera fue la suya para alcanzar la delicia incomparable de este momento decisivo. La indignación nativa volvía ardiente, con igual ímpetu que en la otra vida, a infundirle la locura de matar. Y en un rincón, la pala de enterrador se le ofrece tentadora, como instrumento de justicia.

¿Cuántas veces, de filo, hundió el hierro entre ropas, carne y tinieblas? ¿Cuántas? ¿Se podrían contar las heridas abiertas furiosamente en el inanimado cuerpo?

Al cabo, todo llega. Quedaba satisfecha aquella sed que el maestro Abel creyera inextinguible.

¡Ay de ti, oficial de carpintero, Pedro conquistador! Esta ha sido tu verdadera muerte. Este es el castigo cierto, necesario. Ahora es cuando, realmente, te han matado... ¿Qué pensaste? La impunidad no se conoce entre los habitantes de sepulcros.

El maestro Abel regresa a su cuna de descanso. Es una sombra blanca, radiante, deslumbradora, porque la alegría la ha traspasado de iluminaciones. ¡Qué infinito reposo!

Y ahora, suponedlo, a hacer acopio de paciencia. A esperar lo que falta por llegar, lo que no dejará de presentarse también, como este otro, para... ¿Para qué? ¿Qué hará el maestro cuando los restos de la adúltera penetren por las puertas de este reino? Rien todavía las mandíbulas bajo la manta espesa de la tierra...

CUANDO DECAEN LAS CONSTELACIONES

Era loco. La noche entera le pasaba su trillo carbonero, hasta que Venus se iba tras el monte y llegaba la avioneta de la aurora. En el mirador, atisbar con anteojos poderosos, bajo la cerrazón de las tinieblas, todas las ventanas del contorno que aparecieran iluminadas. ¿Qué indagaba? La gracia femenina, dulce, desnuda, inocente, cuando en soledad absoluta ella juzga inútil el disfraz para el espíritu y el alerta para lo imprevisto.

Le divertían sus copiosas observaciones. Mucho y sabroso iba recolectando de todos los cuadros de luz ofrecidos a la voracidad de los cristales acercadores. Y aguardaba aún, cuando las horas se iban más y más remontando, y apenas quedaba nada que observar en el circuito circunvecino. Aguardaba. Su reloj le decía cada noche: «Todavía no. Falta una hora». Y volvía a aguardar, como un fantasma teñido de turbiedades estelares, embadurnados rostro y vestido con el tizne flotador del firmamento.

Por fin. Cuatro de la mañana. En la tiniebla total se abre un agujero luminoso, como una lágrima caída para llorar la soledad. Ahí está la muchacha. Ha llegado morena, rítmica, una espiga, una vela de mar. Sola y risueña a pesar suyo, a pesar del cansancio que sus párpados niños están mostrando como una lamentación. Ahora, despojada de su leve turbantillo, ya sabemos: va a comenzar el milagro de una escultura, y va a renovarse el placer de los hallazgos encantadores. «Porque una mujer vestida es su propia mitad», piensa el nocturno observador. «¡Qué distinto su valor al conocerse entera la bella cintura presentida, al ofrecerse la nieve de la espalda como jamás se supuso!» Y ahí aparece, gloriosa, joven, armonía de aliviado ébano bajo la ducha luminosa, grácil volumen cada porción turgente, radiosa línea serpentina de la frente al pie, del cabello al talón... De pronto, se secó la lágrima de la soledad, y el otro ébano nocturno la recoge inundador entre sus ávidos brazos. Unos breves minutos luminosos, nada más. Pero son para el vesánico vigía los mejores de un secretísimo amor. Y una noche tras otra. Y el ansia de aguardar esa hora alta, cuando ya el viento se atreve a hinchar sus mofletes,

cuando se han reclinado en sus almohadas de ocaso muchas constelaciones, cuando la montaña es más nube y el mar más desierto, cuando la gravitación aprieta sin cuidado y fuerza un arco en los humanos hombros, cuando mueren definitivamente laderas, tajos, parques y barrancos... Es entonces cuando anteojos y dueño, calladamente siempre, bajan a dormir.

Pasan días y nuevas noches. El observador ocupa cada vez su puesto. Y sigue amando dichosamente así, sin más enlace estrecho, sin rebasar un centímetro siquiera su límite de distancia —cincuenta metros— con la ventana vecinal del milagro nocturno.

Un sábado, ya hacia el pleno domingo. Sabed, dormidos guardianes de la ciudad, soñolientos enfermos, vigilantes de cárceles, abandonada golfería: un disparo ha matado ahora mismo, en estas cuatro desventuradas horas de la noche, a la escultura morena dentro de la rezagada lágrima de luz. ¿Qué? Nada más que esto: ¡ella había aparecido acompañada! ¡Ella entró a su refugio madrugadero trayendo anillado a la cintura un brazo varonil! ¡Ella ha traicionado un amor secretísimo, quedando brutalmente roto el compás de un enamorado corazón vigilante!

¿Por qué no desafiar a los detectives del mundo en la próxima mañana? Buscarían inútilmente al misterioso vengador.

INDICE

INTRODUCCION.....	7
-------------------	---

RESTO DE SOL

Semilla	23
Estrella.....	24
Arbol	25
Campana entre la lluvia	26
La ciudad	27
Vereda	28
Agua.....	29
Plenilunio	30
Al crepúsculo	31
Nocturno	32
Luna	33
Nido empezado.....	35
Amor distinto	36
Noche	37
Ventanal	38
La pitera dentro de la noche	39
La espera del buen tiempo	41
Invocación	42
Soledad	43
Sombra	44
Viento.....	45
Arrastre	46
Este es el mar	47
Neblina.....	48
Isla.....	49
Aria del nuevo mundo	50
Junio sin primavera	52
Canción de siempre	53

ROMPIENTE

Hebras de soledad	57
Díctame tú el amor	58
Visión fugaz.....	59
Huerto cerrado.....	60
Rogativa al mar	61

Aquella mano	63
Primer beso	64
Ella	65
Punto hondo.....	66
A distancia	67
Trozos de meditación	68
Muñeco de ilusión	69
Infiel.....	71
Dicen	72
Desencanto	73
Mujer de nuestras islas	75

COSAS, COSAS

La nueva colegiala.....	79
Cantaleta	80
Noche de San Juan	81
Parejas: Barberán - Collar	82
Parejas: Galán - García Hernández	83
Crepúsculo.....	84
Reloj	85
Vuelve	86
Turista	87
Gallinita	88
Romancillo.....	89
Fotografía	90
Hoja mecida	91
El arriero	92
Los gatos enamorados.....	93
Fuelle.....	94
Viaje	95
Vaso de agua	96
Cigarrillo	97
Llanto.....	98
De contemplación.....	99
Barco anclado	100
Octava agraria.....	101
Lejanía.....	102
Africa, Quinina.....	103
Africa, Sábado.....	104
Palomas.....	105
Pasos	107
Charco.....	108
Columpio	109
Rueda	110
Balcón	111

Farol caminero	112
Ceniza	113

ALMAS DE MIS ESTROFAS

Alguien llega	117
Jueves solemne	118
Calvario de Tacoronte	119
Al Cristo dormido.....	120
Pasa Dios	122
Isla de la Gomera	125
La vieja ciudad	127
A la reina y su corte de honor	130

QUIETUDES

La sombra	133
Días de ánimas.....	135
Canto al hogar	136
Pequeña elegía.....	138
Te mirará mi recuerdo	139
Monólogo	140
El pensamiento	141
Enfermo	142
Lecho vacío.....	143
Tengo que regalarte	144
Frustración	145
Incesante nocturno	146
Mi codicia.....	148
Con el sueño de Davo	149
Oración por un poeta.....	150
La jornada del maestro	151
En el fallecimiento de Luls Alvarez Cruz	152
Ese hueco en el mundo.....	153

DE LOS CHICOS

Estudio	157
Y si de improviso	158
La espera	160
Nacimiento	161
El niño estudiante	162
Muñeca	163
Nocturno al hermanillo.....	164
Cuento	166
Casas de barro.....	167
Canción de la pequeña fiesta.....	168

Cuento infantil... ..	170
El niño de la escuela playera... ..	172
Inocencia de niño... ..	174
Accidente... ..	175
A vista de nube... ..	177
El regreso de los niños	178
Lluvia	180
En un cumpleaños	181
Onomástica y cumpleaños... ..	182
La parejita	183
Mi carta a unos primeros 20 años	184
Primaveralia	185

NARRATIVA

Cuentos: Tres joyas del agua	189
Viaje nupcial	192
El paisaje iluminado	196
Cuchara de palo	219
Memorias de una hucha	222
Los ladrones	225
El moribundo	228
Nocturnos del pueblecito	232
El desamparado	235
Mi vecina palmera... ..	239
El lunes	241
Ida y vuelta	244
Penitencia... ..	246
El maestro Abel... ..	253
Cuando decaen las constelaciones	258

EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO
INSULAR DE GRAN CANARIA
Casa-Museo de Colón
Colón, 1 - Las Palmas

4. Sebastián Sosa Barroso: *Calas en el Romancero de Lanzarote*. (Publicado).
5. Juan Marrero Bosch: *Germán o sábado de fiesta*. (Publicado).
6. Agustín Espinosa: *D. José Clavijo y Fajardo*. (En prensa).
7. José Pérez Vidal: *Poesía Tradicional Canaria*. (Publicado).
8. Manuel Alvar: *Estudios Canarios*. (Publicado).
9. José Batlló: *Una Historia de Amor*. (Publicado).
10. Rafael Guillén: *Amor, acaso nada*. (Publicado).
11. Ruth Schmidt: *Cartas entre dos amigos del Teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós*. (Publicado).
12. Saulo Torón: *Poesías*. (Publicado).
13. Pedro Perdomo Acedo: *Elegía del Capitán Mercante*. (Publicado).
14. Jesús María Godoy: *Sobre el Camino*. (Publicado).
15. Lázaro Santana: *Recordatorio USA*. (Publicado).
16. M. Alvar L.: *Niveles Socio-Culturales en el habla de Las Palmas de G. Canaria*.
17. Chona Madera: *Los contados instantes*.
18. Enrique Ruiz de la Serna y Sebastián Cruz Quintana: *Prehistoria y protohistoria de Benito Pérez Galdós*.
19. Julio Alfredo Egea: *Cartas y Noticias*.
20. Pedro Perdomo Acedo: *Luz de Agua*.
21. Angel Acosta: *Antología*.

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: *Felo Monzón*. (Publicado).
2. J. Hernández Perera: *Juan de Miranda*. (En preparación).

III.—GEOGRAFIA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria*. (Publicado).
2. Marcos Guimerá Peraza: *Maura y Galdós*. (Publicado).
3. M. Luezas: *Geografía de Gran Canaria*. (En preparación).
4. Dr. Juan Bosch Millares: *Historia de la Medicina en Gran Canaria*. (Publicado).
5. F. Morales Padrón: *Sevilla, Canarias y América*. (Publicado).
6. Dr. Juan Bosch Millares: *Don Gregorio Chil y Naranjo, su vida y su obra*. (Publicado).
7. Manuel Velázquez Cabrera: *Resumen Histórico Documentado de la Autonomía de Canarias*.

IV.—CIENCIAS.

1. Dres. Bosch Millares y Bosch Hernández: *El síndrome de Gardner-Bosch*. (Publicado).
2. José Murphy: *Breves Reflexiones sobre los Nuevos Aranceles de Aduanas*. (Publicado).
3. Günther Kunkel: *Helechos cultivados*. (Publicado).
4. F. Estévez: *Flora canaria*. (En preparación).
5. Günther Kunkel: *Arboles exóticos*. (Publicado).

BIE

V.—LIBROS DE ANTANO.

1. D. J. Navarro: *Recuerdos de un noventón*. Estudio preliminar de Simón Benítez. Notas de Eduardo Benítez. (En prensa).

VI.—VARIA.

1. Luis Doreste Silva: *Romance de la isla al paso de Cristóbal Colón*. (Publicado).
2. Luis Doreste Silva, Juan Jiménez, A. G. Ysábal: *Poemas*. (Publicado).
3. Joaquín Artilles, Luis Doreste Silva y Pedro Perdomo Acedo: *Rubén Darío*. (Publicado).